

# Cómo hacer la revolución

Instrucciones para cambiar el mundo

## Srdja Popović

«Srdja recurrió a la imaginación, la astucia y el humor para crear un movimiento que derribó a una dictadura brutal y se convirtió en el modelo para las insurgencias pacíficas de todo el mundo. ¡Srdja es increíble!»

Peter Gabriel

Traducción  
Ana Nuño y Pilar García-Romeu



# **Cómo hacer la revolución**

**Instrucciones para cambiar el mundo**

**Srdja Popović**

con la colaboración de *Matthew Miller*

Traducción de Ana Nuño y Pilar García-Romeu

**MALPASO**

# ÍNDICE

CUBIERTA

PORTADA

DEDICATORIA

PRÓLOGO

1. ESO NO PUEDE PASAR AQUÍ

2. PEQUEÑOS PASOS PARA SOÑAR A LO GRANDE

3. VISIÓN DE FUTURO

4. LOS TODOPODEROSOS PILARES DEL PODER

5. VICTORIA A CARCAJADA LIMPIA

6. INSTRUCCIONES PARA DESACTIVAR LA OPRESIÓN

7. ¡ES LA UNIDAD, ESTÚPIDO!

8. PLANIFICA EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

9. LOS DEMONIOS DE LA VIOLENCIA

10. TERMINAD LO QUE EMPECÉIS

11. ES COSA VUESTRA

ANTES DE DECIR ADIÓS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

COLOFÓN

Dedico este libro a los amigos que me han apoyado y han hecho suya mi causa, participando en esta insólita misión con agitadores de muchos países, y a mi hijito, Moma, a quien (por puro egoísmo) espero que sepamos dejarle un mundo mejor.

# PRÓLOGO

Éste es un libro sobre revoluciones.

Pero no sobre revoluciones violentas, ésas que suelen acabar empapadas con la sangre de personas inocentes, tampoco sobre las impulsadas por pequeñas bandas de fanáticos: si quieren saber cómo funcionan las primeras basta con sentarse a leer una buena biografía de Lenin. No, éste es un libro sobre el tipo de revueltas que han estallado últimamente en buena parte del globo, desde la plaza Tahrir de El Cairo hasta el movimiento Ocupa Wall Street. Un libro sobre revoluciones protagonizadas por personas normales y corrientes, grupos que piensan de manera creativa porque creen que uniéndose y operando de esta manera serán capaces de derrocar dictaduras y corregir injusticias.

Me considero afortunado por contarme entre estos rebeldes ordinarios. Gracias a ello he podido emprender un viaje personal insólito, que me llevó de ser el bajista más bien pasota de un grupo de Belgrado a convertirme en uno de los líderes de Otpor!, el movimiento pacífico que derrocó al dictador Slobodan Milošević. Tras una breve temporada como diputado del Parlamento serbio, ahora trabajo como amigo y consultor para toda clase de movimientos, grandes y pequeños, en cualquier parte del mundo, que quieran aplicar los principios de la acción no violenta para oponerse a la opresión y alcanzar la libertad, la democracia y la felicidad. Pero no temáis, este libro no es una crónica de mis andanzas, sino una suerte de inventario de las muchas cosas que he aprendido trabajando con activistas de Siria a Ucrania, de las grandes ideas y pequeñas tácticas que hacen que lo que me gusta llamar «el poder de la gente» sea una fuerza tan arrolladora. Y como no soy un gran intelectual, prefiero comunicar toda esa información no a través de datos fríos y complejas teorías, sino contando las experiencias de individuos y movimientos notables, los retos que tuvieron que afrontar y las lecciones que aprendieron.

En este libro pueden distinguirse dos partes. En la primera hallaréis numerosos ejemplos que muestran el verdadero rostro del activismo no violento que se despliega actualmente en todo el mundo, así como los principales rasgos que contribuyen al éxito de los movimientos que pretenden alcanzar un cambio social. En la segunda parte doy algunos consejos prácticos para hacer buen uso de dichas técnicas no violentas. Espero que estas evocaciones y estos ejemplos sean de interés para vuestros propios propósitos

y estimulen vuestra imaginación. Por la propia naturaleza de lo aquí contado, algunas de las anécdotas referidas están protagonizadas por personas que aún hoy podrían correr peligro si llegaran a conocerse las verdaderas funciones que ejercieron en sus respectivos movimientos, razón por la cual he procurado ser muy cuidadoso al consignar dichas acciones; esto explica por qué, en esos casos, nombres y otros datos personales que pudieran facilitar la identificación de esas personas han sido alterados. En algunas historias me he tomado la libertad de sintetizar situaciones muy complejas reduciéndolas a lo esencial, razón por la cual ofrezco desde ahora mis más sentidas disculpas a expertos y pedantes.

Las ideas y vivencias que componen este libro no sólo aspiran a ser comprendidas, sino también sentidas. Como con un buen disco de rock, su objetivo es hacer que os pongáis en pie y os animéis a moveros. Con ellas, lo que pretendo sobre todo es convenceros de que por más que los tiranos de todo pelaje y condición, desde los uniformados gorilas hasta las troikas en pleno, puedan pareceros invencibles, a veces basta con un poco de humor para acabar con sus abusos.

## ESO NO PUEDE PASAR AQUÍ



El símbolo de Otpor! en un muro de Belgrado durante el otoño de 1998.

Dudo que Belgrado, mi bella ciudad natal, figure en vuestra lista de los diez lugares que hay que visitar antes de morir. Más allá de la violencia de algunos barrios concretos, lo cierto es que los serbios no tenemos precisamente fama de pacíficos angelitos. Buena prueba de ello es que, no contentos con ponerle a una importante calle de la ciudad el nombre de Gavrilo Princip, aquel tipo acusado de desatar la Primera Guerra Mundial, también hemos bautizado otra calle con el de su pandilla de revolucionarios. Por no mentar a nuestro ínclito dictador, Slobodan Milošević, un maniaco que obsequió al mundo con esa infamia llamada «limpieza étnica», genocidio que desató nada menos que cuatro desastrosas guerras con sus vecinos en los años noventa, y que no descansó hasta conseguir que la OTAN rociara de bombas la ciudad y la devastara. Pero, aunque parezca extraño, nada de esto pareció importarle a un grupo de quince egipcios que en

junio de 2009 viajaron a Belgrado, probablemente porque lo último que andaban buscando era un tranquilo balneario donde veranear. De hecho, viajaron a Belgrado porque querían planear una revolución.

Con tan peculiar agenda, se comprenderá que el primer lugar que los llevé a visitar fuera precisamente el último que enseñaría a cualquier otro visitante: la Plaza de la República. Para haceros una idea del aspecto que ofrece este rincón cochambroso y sin gracia de la ciudad, imaginemos que alguien tuviera la brillante de idea de hacer un Times Square pero mucho más pequeño, sin un ápice de la energía del original, sin un solo neón a la vista, pero, eso sí, con el mismo tráfico y la misma mugre. Los egipcios, por descontado, ni se inmutaron. Como lo único que les importaba era derrocar a su propio dictador, Hosni Mubarak, aquella Plaza de la República, a sus ojos, más que una trampa para turistas incautos representaba la zona cero de un movimiento iniciado por un grupito de jóvenes normales y corrientes que fue creciendo hasta convertirse en una arrolladora fuerza política capaz de hacer realidad lo impensable: derrocar a Milošević. Como yo había sido uno de los líderes de aquel grupúsculo, mis amigos egipcios esperaban aprender algo de la experiencia serbia.

Llevé al grupo a una esquina tranquila, lejos de los cafés bulliciosos y sus exhaustos camareros, y empecé a darles mi pequeña charla. «Érase una vez —dije mientras señalaba todas aquellas tiendas de bienes suntuarios (Armani, Burberry, Max Mara) que ahora rodean la Plaza de la República— un país donde la inflación era tan terrible que en sólo un año el precio de dos libras de patatas pasó de cuatro mil dinares a diecisiete mil millones. Para colmo, en ese país llamado Serbia resulta que estábamos en guerra con la vecina Croacia, y quien se atrevía a denunciar la desastrosa política responsable del colapso económico del país y la inseguridad reinante tenía garantizada su detención y una paliza o algo peor. En 1992, yo estudiaba primer año de Biología y el futuro se nos presentaba a los serbios muy pero que muy negro.»

—Conocemos muy bien esa sensación... —dijo riendo uno de los chicos egipcios

A medida que avanzaba en mi relato, los egipcios asentían con la cabeza.

—Ante el terror desatado por Milošević —seguí—, la respuesta natural, al menos inicialmente, era la apatía. La verdad es que mis amigos y yo no éramos la clase de gente capaz de imaginarnos a la cabeza de un movimiento o de hacer política. Éramos jóvenes universitarios con las mismas aficiones que otros jóvenes como nosotros en todo el mundo: acostarnos lo más tarde posible, beber todo lo que el cuerpo aguantara y ligar sin cortapisas. Si entonces me hubiesen preguntado qué tenía que pasar para que yo saliera de casa y viniera aquí, a la Plaza de la República, nunca habría dicho que una manifestación de protesta. El motivo más razonable habría sido un concierto de rock.

Desde aquel rincón apartado de la plaza trataba de explicarles a mis amigos egipcios por qué me encantaba Rimtutituki (una banda cuyo nombre, que parece un estribillo musical, significa, en traducción libre, «te meto la polla») mientras me decía que ojalá las tres o cuatro mujeres del grupo cubiertas con el hiyab, el tradicional velo de las

musulmanas creyentes, no se sintieran ofendidas. En 1992, aquella banda era lo que más molaba en la ciudad: una panda de bravucones tocando la guitarra a un ritmo vertiginoso que se habían hecho famosos por sus letras provocadoras. Casi nunca daban conciertos gratuitos; pero, cuando lo hacían, mis amigos y yo nos saltábamos la clase e íbamos a la Plaza de la República a ver a nuestros ídolos en acción.

Hasta que un buen día hicieron algo que nos impactó. Esa vez, los miembros de Rimtutituki entraron en la plaza subidos a un camión plataforma. Parecían generales en campaña, no músicos punkis. Sin bajarse del camión, dieron vueltas a la plaza tocando una selección de sus canciones más populares, con letras que decían cosas como «cuando disparo no puedo follar» o «bajo el casco no hay sesera». No había que ser un genio para comprender la alusión: estábamos en plena guerra y la ciudad era un hervidero de soldados y tanques de camino al frente. El caso es que ahí estaban esos punkis burlándose del militarismo desatado, clamando contra la guerra, defendiendo un modo de vida normal y corriente y la felicidad. Y todo ello en plena dictadura, cuando por largar en público ese tipo de consignas podías meterte en un lío tremendo.

Mientras corría detrás del camión, animando a mis músicos favoritos, me sobrevino una serie de revelaciones. Comprendí, para empezar, que el activismo no tenía por qué ser un coñazo, que quizá si adoptara la forma de un concierto punk sería mucho más efectivo que las latosas manifestaciones de toda la vida. También comprendí que aun en las circunstancias más adversas, siempre es posible atraer la atención de la gente. Y, por último, comprendí que si movilizas a un número importante de personas y consigues que muchas de ellas se sientan capaces de hacer algo, inevitablemente se producirá algún cambio. Por descontado, todas estas cosas no las comprendí al instante, me costó años llegar hasta el fondo de lo que sentí aquella tarde en la Plaza de la República, ver la lógica que había detrás de mis intuiciones y transformarlas en acciones, pero lo cierto era que había vislumbrado la posibilidad de una acción no violenta que, a la par que atractiva, fuera productiva. Después de aquella constatación me fue imposible volver a mi estado natural de apatía. Mis amigos y yo comprendimos que debíamos hacer algo para derrocar a Milošević.

Hay que reconocer que este individuo se empeñaba en darnos todo tipo de razones para alimentar nuestra rabia. En 1996 se negó a aceptar los resultados de unas elecciones parlamentarias en las que muchos de los matones de su partido habían perdido sus escaños a favor de miembros de la oposición, y, cuando los activistas salieron a la calle a protestar, había dado órdenes a la policía de machacarlos. En 1998 había dado otro paso más en el establecimiento de la dictadura total, al anunciar que su Gobierno se hacía con el control absoluto de todas las competencias, desde las académicas hasta las administrativas, en las seis universidades del país. Aquello era más de lo que mis amigos y yo estábamos dispuestos a tolerar. Reunidos en nuestros pisitos de Belgrado, entre nubes de tabaco, decidimos que había llegado la hora de fundar un movimiento.

Lo llamamos *Otpor!*, que significa «resistencia». El logo era un simpático puño negro, variación de un potente símbolo de cambio social que ha sido utilizado en todo el mundo, desde los partisanos que lucharon contra los nazis en Yugoslavia en la Segunda Guerra Mundial hasta los Panteras Negras en los años sesenta. El nuestro estaba basado en un diseño que mi mejor amigo, Duda Petrović, garabateó un día en un pedazo de papel para impresionar a una chica de nuestro movimiento. Y era perfecto, tenía la dosis justa de atrevimiento.

—Ya sé que esto de hablar de logos puede parecer frívolo —proseguí dirigiéndome al grupo de egipcios—, pero para nosotros era importante contar con una imagen de marca. Así como al ver la ola rojiblanca todo el mundo reconoce el símbolo de Coca-Cola, nosotros queríamos una imagen que los serbios asociaran automáticamente con nuestro movimiento. Además, por aquel entonces estábamos empezando y sabíamos que aun arrastrando a todos nuestros amigos y familiares a una marcha de apoyo, a duras penas conseguiríamos reunir a más de treinta personas. Sí podíamos, en cambio, pintar con spray trescientos puños en una sola noche. Así que una mañana de noviembre los habitantes de Belgrado descubrieron la Plaza de la República cubierta con nuestros grafitis. En aquel momento, cuando todos sentían pavor de Milošević, la gente comprendió que un movimiento potente y organizado comenzaba a tomar forma clandestinamente.

Y, en efecto, el movimiento cobró cuerpo.

Los jóvenes veían el puño y la palabra *resistencia* pintados en los muros y, lógicamente, sentían curiosidad por esa nueva moda. Hacían preguntas, querían afiliarse. Para filtrar a los farsantes, a los parásitos y, sobre todo, a potenciales chivatos a sueldo de la policía, hacíamos un test: para demostrar que iban en serio, debían ir personalmente a pintar puños en los lugares que les indicáramos. Al cabo de poco tiempo, toda la ciudad estuvo tapizada con nuestro símbolo. De paso, la experiencia nos sirvió para reclutar a un pequeño grupo muy motivado y firmemente convencido de que un cambio de régimen era posible.

Una vez reclutado ese núcleo de seguidores, nos planteamos muy en serio qué tipo de movimiento queríamos construir. Lo primero que tuvimos claro es que debía ser un movimiento no violento. Y no sólo porque creíamos a pies juntillas en las soluciones pacíficas, sino porque intuíamos que utilizar la violencia contra un tío que mandaba sobre decenas de miles de policías, cientos de miles de soldados y a saber cuántos matones a sueldo no parecía una idea especialmente brillante. No podíamos subir al cuadrilátero con Milošević, pero sí impulsar un movimiento tan fuerte y popular que al dictador no le quedase más remedio que reconocer su existencia, aceptar elecciones libres y abiertas y ser derrotado en las urnas.

También fue de suma importancia la decisión de que Otpor! no fuera un movimiento con líderes carismáticos. En parte, al menos, llegamos a ella por razones prácticas: sabíamos que en cuanto tuviésemos algo de fuerza, la policía vendría por nosotros y

sería más difícil arrancar de cuajo un movimiento sin cabecillas conocidos. Por cada uno que arrestaran, pensábamos, otros quince estarían dispuestos a ocupar su lugar. Pero como teníamos que ser muy astutos para que no nos pillaran, ideamos toda una gama de enfrentamientos con el régimen que eran a la vez puntuales y creativos. Nuestro modelo fue aquel concierto de Rimtutituki y el espíritu que lo animaba: transmitir la esperanza de que resistir no era algo inútil y de que la victoria estaba al alcance de la mano.

Apunté a la otra esquina de la plaza y les pedí a los egipcios que se fijaran, justo detrás de la parada de taxis forrada de cristal negro, en una galería comercial de los años ochenta, achaparrada y ahora desierta: en aquel lugar fui arrestado, el 15 de diciembre de 1998, por la policía política de Milošević. Era una mañana gélida. Otpor! existía desde hacía tres meses, pero ya teníamos suficiente empuje y simpatizantes para convocar una pequeña protesta a dos pasos de la Plaza de la República. El caso es que ese día no pude llegar al punto de encuentro: cuando me dirigía a él, los policías se me echaron encima. Me llevaron a rastras hasta una celda a pocos minutos de allí, que apestaba a orines, donde me dieron una paliza que me pareció durar una eternidad. Las muchas capas de ropa que llevaba encima, por suerte, amortiguaron los puntapiés que me dieron con sus pesadas botas. Acabaron por soltarme, claro, pero a uno de los polis le dio tiempo a meterme en la boca su pistola mientras me decía que era una lástima que no estuviéramos en Irak para volarme los sesos sin más.

Los egipcios parecieron animarse. El relato de las palizas y la pistola les recordó a su país y la conocida ferocidad de las fuerzas de seguridad de Mubarak, pero su consuelo era que los serbios también habíamos salido de experiencias similares... Entre los egipcios había un intelectual, un joven con aspecto poco atlético y gafas de montura metálica. La policía política de Mubarak tenía especial ojeriza a los estudiantes y, por la reacción de aquel joven egipcio, era fácil deducir que había tenido encontronazos semejantes con los polis. Dirigiéndome a él, retomé el relato de los inicios de Otpor! y del extraño fenómeno que se produjo a medida que nos hacíamos más populares: cuanto más se esforzaba la policía en alejarnos de la Plaza de la República, más empeño poníamos en reunirnos allí.

Una vez asentada y conocida la marca Otpor!, nuestras pequeñas manifestaciones se convirtieron en las fiestas más populares de la ciudad. Quien no había asistido a una de ellas era casi un apestado, un pobre tipo sin vida social. Y lo más *cool* de todo, desde luego, era acabar detenido y encerrado en una celda, toda una marca de valentía e intrepidez, lo cual revertía, claro, en tu atractivo sexual. En pocas semanas, hasta los más tímidos y empollones (los ratones de biblioteca que llevaban plásticos protectores en los bolsillos para no mancharse de tinta y exhibían con orgullo su calculadora gráfica en las aulas) entraban a empujones en los furgones de la policía por la noche, y al día siguiente ya estaban ligando con las jóvenes más atractivas de su clase.

Llegado a este punto, comprendí que mis palabras eran recibidas con cierto escepticismo. Me detuve y le pregunté al intelectual de las gafas si esas cosas también sucedían en su país. Sin dudarle, dijo que no. En El Cairo, añadió con autoridad, cuando se trata de la policía secreta de Mubarak nadie quiere verse en el lado equivocado. Tenía razón, desde luego. El más brutal esbirro de Milošević parecía un hada madrina, comparado con los carceleros de Mubarak. Pero en la Plaza de la República regía un principio universal que quería compartir con ellos y que tenía muy poco que ver con el grado de brutalidad de la policía política en nuestros respectivos países. Quería que mis amigos egipcios comprendieran algo mucho más simple, pero también más radical: la importancia del humor.

Los activistas no violentos suelen mencionar a Gandhi o a Martin Luther King Jr., por ejemplo, como modelos y guías, pero es innegable que estos personajes, pese a sus incontables virtudes, tenían poca gracia. Quien quiera lanzar un movimiento de masas en poco tiempo, y más en la era de Internet y otras distracciones, tiene que adoptar el humor como estrategia maestra. Así, avanzando lentamente por la Plaza de la República, fui contándoles a los egipcios que Otpor! hacía muchísimo teatro de calle, que nunca habíamos hecho nada que destacara por su alto contenido político porque la política es aburrida y queríamos que todo fuera divertido y, lo que nos parecía más importante, que tuviera gracia. En sus inicios, les dije, el arma más contundente de Otpor! contra el régimen fue la risa. La dictadura de Milošević se alimentaba sobre todo del miedo. Miedo del vecino, de la vigilancia, de la policía. Miedo de todo. Pero por haber vivido tanto tiempo con miedo, los serbios aprendimos que la mejor manera de luchar contra él es mediante el humor y la risa. Si esto parece absurdo, preguntaos qué haríais para tranquilizar a un amigo que estuviera a punto de entrar en el quirófano y someterse a una intervención de cirugía mayor. Si le habláis con toda gravedad y ponéis cara de preocupación, se sentirá más angustiado, pero si le contáis un chiste se relajará y hasta es posible que sonría. Pues exactamente el mismo principio funciona con los movimientos sociales.

Lo mejor de lanzar este tipo de movimientos es que te ves obligado a responder a la pregunta: ¿qué se puede hacer para que la espantosa vida bajo un régimen despótico sea divertida? Nuestros héroes eran los Monty Python, así que, como ellos, decidimos juntar nuestras cabecitas hasta que de ellas salieran ideas de activismo fáciles de llevar a la práctica y pegadizas, ideas que surtieran el efecto deseado. En un acto contra Milošević, por ejemplo, unos activistas de Otpor! del pueblo serbio de Kragujevac cogieron flores blancas (aquellas flores simbolizaban a la despreciable esposa del dictador, que tenía la costumbre de llevar siempre una flor de adorno en el pelo) y las fijaron sobre la cabeza de unos pavos. Hay que saber que la palabra que sirve para designar un pavo en nuestra lengua es también uno de los peores insultos machistas que puedan decirse contra una mujer. Y tan pronto lucieron bien emperifollados con sus florecitas blancas, se soltó a aquella bandada de pavos por las calles de Kragujevac,

cuyos habitantes asistieron al desternillante espectáculo de los feroces policías de Milošević chocando entre sí al correr detrás de aquellos animales que dando graznidos recorrieron todo el pueblo. Lo mejor de todo fue que los polis no podían hacer otra cosa, ya que dejar que los pavos corretearan a su antojo constituía una prueba de que la insubordinación de Otpor! podía ser tolerada. Ahora bien, quien alguna vez haya visto a un fornido policía persiguiendo a un pavo como si de un personaje de una vieja serie de dibujos animados se tratara, ¿podrá volver a sentir miedo de él? Éste es un ejemplo de lo que en Otpor! llamábamos «acción creativa». En este caso, una acción capaz de convertir a las fuerzas del orden en objeto de mofa ante un público compuesto por trabajadores que a esa hora tan temprana salen para tomar el tren de cercanías y de una alegre tropa de periodistas invitados a hacer fotografías de la escena. Y, para hacerla realidad, sólo hizo falta una granja avícola y un poco de imaginación.

Advertí entonces, después de haberles contado más historias de Otpor! todo aquel día, que los activistas egipcios seguían abrigando muchas dudas. Los más religiosos tomaban nota de todo aquello que, en su opinión, no encajaría en El Cairo. En esa ciudad, por ejemplo, un café es un lugar donde se sientan a beber té y fumar narguile hombres rollizos, no muchachas en *tops* y *shorts* para beber cerveza con su novio a la vista de todos. Para estos activistas religiosos, la Plaza de la República era un lugar muy extraño, y mi cháchara sobre bandas de música punk y pavos correteando y gente burlándose de la policía en su cara, un sueño inalcanzable.

Los llevé a pasear por las cercanías de la plaza, por la principal arteria comercial de la ciudad. Trazada entre hileras de bellos edificios del siglo XIX, cuya erección se remonta a la época en que Belgrado formaba parte del Imperio austrohúngaro. Las cúpulas y columnas, los balcones de hierro forjado con motivos ornamentales, todo aquello contribuía a remachar para los egipcios la idea de que aquello era Europa y nada de lo que aquí sucediera podría funcionar a orillas del Nilo. Su perplejidad no me sorprendía en absoluto. Había vivido situaciones parecidas con otros activistas que iban hasta Serbia en busca de consejo. Viajaban miles de kilómetros para reunirse con los veteranos de Otpor! y nosotros les dábamos animadas charlas sobre cómo gastar una broma colosal. Sentí que los egipcios comenzaban a sospechar que estaban siendo objeto de una de ellas.

Y, aun así, seguro que algún eco les había llegado de las protestas que tuvieron lugar en esa misma plaza. Quizá movido por la desesperación, pero en todo caso sin indicación alguna por parte de nadie, uno de los egipcios comenzó a lanzar consignas políticas, gritando a voz en cuello en medio de las terrazas atestadas de camareros y turistas.

—¡Egipto libre! ¡Egipto libre! ¡Abajo Mubarak!

Así, de pronto, con el rostro congestionado, gritando a todo pulmón. Segundos después, sus compañeros se sumaron a la improvisada protesta coreando cánticos. «Vaya, menos mal —pensé—, al menos ahora sé que están vivos.» Allí estaban,

disfrutando de la libertad, perfectamente inconcebible aún en El Cairo, de vocear su descontento en la calle. Nuestro ruidoso grupito fue recibido con alguna que otra cara de asombro, y unos policías se acercaron a preguntarnos educadamente si pasaba algo. Aquellos agentes parecían tan sorprendidos por el comportamiento de mis amigos como los egipcios se habían mostrado desconcertados por nuestras historias.

Como la visita acababa de empezar y quedaban muchos días por delante, traté de no preocuparme por la chocante actitud de aquel grupo. Necesitaban tiempo para aclimatarse, pensé, y Otpor! practicaba un tipo de *agit-prop* que estaba a años luz de la popular estampa de los revolucionarios al uso. Lo nuestro no era fruncir el ceño a lo Lenin o Marx, también rechazábamos tajantemente las prédicas sanguinarias al estilo de Mao o Arafat. Los egipcios estaban en terreno ignoto para ellos y tal vez necesitaran conocerlo un poco mejor. Para el resto de las actividades programadas, habíamos reservado unas habitaciones en un hotel a orillas del lago Palić, es decir, pasaríamos las semanas siguientes en la versión serbia de Suiza, en un paisaje espectacular salpicado de casitas de mazapán pintadas con colores pastel.

Al día siguiente, en el salón de actos del hotel, empezó el taller con los egipcios. Aquel espacio era un lugar sin pretensiones, más bien modesto, pero eso no tenía la menor importancia: no estábamos allí de vacaciones. Antes de empezar, compartimos un copioso desayuno serbio (pastelillos de queso y yogur), y los quince egipcios salieron a la terraza a fumar, en tiempo récord, varias cajetillas de cigarrillos. No pude evitar una sonrisa: en los tiempos de activismo de Otpor!, también yo fumaba como un descosido; para soportar el estrés de enfrentarnos a nuestro dictador, era capaz de cepillarme cincuenta cigarrillos o más al día. Cuando acabaron de encender y apagar cigarrillos, corrimos las pesadas cortinas y nos pusimos a trabajar. En el exterior, los clientes chapoteaban en la piscina, charlaban en la terraza del hotel y pedían cucuruchos con helado mientras nosotros, encerrados en aquel salón, hablábamos de la revolución.

Me puse de pie delante de los egipcios, sentados todos en semicírculo. Lo primero que hice fue preguntarles qué les había parecido la visita a la Plaza de la República y las historias sobre la revolución serbia que les habíamos contado. Quería saber qué opinaban realmente de la resistencia no violenta que habíamos utilizado contra Milošević, la misma que queríamos proponerles utilizar en Egipto.

Una mano se alzó casi inmediatamente. Se trataba de Mohammed Adel, un grandullón de mirada dulce con aspecto de oso de peluche. Adel era el líder del Movimiento 6 de Abril, el grupo no violento mejor organizado de El Cairo. Teníamos a un traductor para ayudarnos con el árabe, una lengua que ninguno de nosotros hablaba, pero era fácil adivinar lo que Mohammed se disponía a decir. De hecho, en cuanto abrió la boca vi que mi colega Sandra, que había tomado asiento algo alejada del grupo, esbozaba una sonrisa cómplice. Había pasado el día con los egipcios en Belgrado y tenía suficiente experiencia para saber lo que se avecinaba.

—Srdja —dijo Mohammed sin rodeos—, estamos muy impresionados con lo sucedido en Serbia, pero Egipto es muy diferente. Jamás pasará allí nada remotamente parecido.

Su pesimismo no sorprendió a nadie. «Eso no puede pasar aquí» era lo primero que todos decían. Le dije a Mohammed que comprendía sus dudas, que los activistas no violentos de Georgia, por ejemplo, tuvieron esa misma reacción cuando se reunieron en Tiflis con un grupito de jóvenes serbios, poco antes de que ellos mismos se mostraran capaces de derrocar la dictadura de su país, en la Revolución de las Rosas de 2003, sirviéndose de los métodos de Otpor! También había oído argumentos parecidos en boca de los ucranianos, antes de la Revolución Naranja que desalojó del poder a Leonid Kuchma en 2004, y, un año después, en el Líbano, en vísperas de la Revolución de los Cedros, y, tres años más tarde, en las Maldivas, donde el movimiento prodemocracia acabó destituyendo al autócrata local. Todas estas revoluciones exitosas fueron obra de personas que pensaban que lo sucedido en Serbia no era extrapolable a la situación de sus respectivos países.

—Pero si me permite —interrumpió una joven egipcia cuya expresión manifestaba a las claras que no creía una palabra de lo que acababa de decirles—, le hemos oído hablar de conciertos y manifestaciones. Si nosotros hiciéramos lo mismo, Mubarak nos haría desaparecer de inmediato. En Egipto, donde están prohibidas las concentraciones de más de tres personas, es imposible aplicar los métodos que preconiza su grupo. La situación allí es completamente distinta.

—Desde luego —le respondí—, la policía secreta de Mubarak, la *mujabarat*, es una de las más peligrosas del mundo; pero también en el Chile de Pinochet, en los años setenta, la gente era secuestrada en plena calle y arrojada a las mazmorras de la dictadura, como en Egipto. En el caso de Chile, en vez de inundar las calles con protestas colectivas, la oposición convenció a los taxistas de que circularan lentamente. Imagina que estás en Santiago de Chile —le dije a la joven egipcia— y una mañana sales a la calle a comprar unas empanadas y descubres que todos los taxis de la ciudad se mueven a paso de tortuga. Y ahora imagina que ese movimiento se extiende, trata de imaginar a los conductores de todo tipo de vehículos, coches, autobuses, camiones, circulando a quince kilómetros por hora y que lo hacen para manifestar su descontento con el régimen. En cuestión de días, también los peatones se ponen a caminar lentamente por las aceras, la ciudad parece semiparalizada... Antes de que esto sucediera —proseguí—, la gente tenía tanto miedo de abrir la boca para decir lo que opinaba de Pinochet que quienes odiaran al dictador podían creer que nadie más compartía sus ideas. Ahora bien, ver que todo el mundo, en coche o a pie, reduce la velocidad y comprender que eso es una sutil forma de protesta contra el régimen basta para convencer al más escéptico de que casi todos odian al tirano. Gracias a tácticas como ésta, decían los chilenos, la gente acabó comprendiendo que «nosotros somos mayoría y ellos son minoría». Y lo mejor de todo es que nadie corría peligro: ni siquiera en Corea del Norte está prohibido circular a poca velocidad...

La egipcia soltó una carcajada, pero me informó de que una protesta sirviéndose de vehículos circulando lentamente no tendría el mismo efecto en El Cairo, ciudad de incesantes atascos, pero al menos reconoció que podía intentarse algo parecido en su país.

—La mayoría de las veces —continué—, las personas dan una larga lista de razones por las que el suyo es un caso único y su movimiento está destinado a fracasar. Así es la naturaleza humana. En Serbia, por ejemplo, todos me decían que era imposible desafiar a Milošević porque en sus manos condensaba todo el poder: el ejército, la policía, los medios de comunicación públicos. He oído a birmanos decir que la tradicional cultura de obediencia de su país hacía que fuera imposible oponerse a la junta militar. Y cuando voy a Estados Unidos, siempre hay gente que se queja de que a sus conciudadanos sólo les preocupa llenar el carrito de la compra en un Walmart o cortar la extensión de césped con que cuentan sus McMansiones, pero... ¿sabéis qué? Que Martin Luther King Jr. era estadounidense, que hay monjes manifestándose en las calles de Rangún y que Serbia es hoy una democracia.

»Para que un movimiento social tenga éxito —les dije a los egipcios—, lo primero que hay que hacer es dejar de pensar en que lo sucedido en otros países nunca podrá pasar en el nuestro. Esa idea parte de dos hipótesis: una verdadera y la otra falsa. La primera, sin duda válida, es que los países son diferentes y que hacer un copia y pega de los movimientos sociales del país A al país B no funciona. Ni siquiera en uno de mis días más inspirados —confesé— sería capaz de convencer a medio centenar de serbios de que marcharan con Mohammed y su Movimiento 6 de Abril por las calles de El Cairo, como jamás podré convencer a una saudí de que adopte las exitosas tácticas de las chicas de Femen en Ucrania y, por ejemplo, reclame la igualdad de género paseándose por las calles de Riyād con las tetas al aire —los egipcios creyentes esbozaron sonrisas de satisfacción—. Pero —añadí— aunque sea correcta la primera idea implícita en una frase como «eso no puede suceder aquí», la segunda, eso otro de que un movimiento pacífico nunca tendrá éxito en vuestro país, es rigurosamente falsa. Los principios utilizados en todas las campañas no violentas, desde Gandhi hasta la revolución serbia y otras, son universales y pueden funcionar en cualquier país, ciudad, comunidad o incluso en cualquier universidad. La clave —les dije a los egipcios— es comenzar siempre con algo pequeño y significativo pero alcanzable, algo que no exponga a nadie a perder la vida o a recibir una paliza. —Les recordé que lo primero que hicimos en Otpor! fue adoptar el símbolo del puño. Cuando íbamos a casa de nuestros amigos aprovechábamos para poner pegatinas con el puño en los ascensores. Ésta, por ejemplo, es una táctica sencilla que los egipcios podrían imitar fácilmente. Un egipcio corpulento me interrumpió.

—No entiendo cómo unas pegatinas puedan lograr derrocar a Mubarak —dijo.

Por el modo de mirarme sus compañeros comprendí que la mayoría debía de estar pensando lo mismo, pero me fijé en las cajetillas de Marlboro medio vacías que yacían

en el suelo, a los pies del grupo, los restos de la pausa después del desayuno. Pregunté por qué fumaban precisamente esa marca de cigarrillos. No sabían adónde quería llegar con esa pregunta.



Logotipo de *Aló presidente*, el programa televisivo de Hugo Chávez.

—No lo sé —respondió uno de los intelectuales—. Quizá porque la imagen del paquete me gusta...

—Porque son los mejores cigarrillos —propuso el egipcio fornido—. Y, además, son americanos.

Muy bien, me dirigí a él, así que él fumaba Marlboro porque esta marca representa algo para él. Podía ser por el hombre de Marlboro, por el color rojo de la cajetilla, por el control de calidad o vete a saber porqué. Cada vez que iba al estanco a comprar tabaco tenía que escoger entre varias marcas y siempre confiaba en Marlboro. Pues lo mismo sucede con un dictador. Un dictador, expliqué, es una marca. Por lo general, esa marca viene envuelta en una bandera nacional y suele ofrecer un lema sobre la estabilidad: el favorito de Pinochet era «Yo o el caos». Muchas veces, la marca del dictador representa un desafío a Estados Unidos o a Israel, da igual. Y, como todas las marcas, los dictadores buscan desesperadamente cuota de mercado y visibilidad. Por esa razón, Hugo Chávez tenía su propio programa de televisión, *Aló presidente*. Las transmisiones duraban horas y, durante todo ese tiempo, Chávez soltaba discursos y representaba escenas burlescas. En una ocasión se vistió como un árbitro de béisbol y anunció que sus opositores políticos quedaban *out*.<sup>[1]</sup> Los dictadores, incluido el pintoresco Chávez, como cualquier marca comercial, son adictos a los índices de pantalla y siempre buscan aumentar su cuota de mercado, pero basta con mirar más allá de las técnicas publicitarias y los carteles de propaganda para ver que todos los dictadores están hechos con los mismos ingredientes: corrupción, nepotismo, mala gestión, injusticia social, violencia y miedo. ¿Por qué, entonces, hay gente dispuesta a seguirlos?

Silencio.

Porque en una dictadura, continué, no hay otras marcas. Pongamos que Mubarak representa un cigarrillo local de pésima calidad: lo que tenéis que hacer es convertirlos en un cartón de Marlboro. Necesitaréis, les dije, una marca mejor que la suya. Y las marcas necesitan anunciarse, y los anuncios están basados en símbolos. Por eso el puño, fue tan importante para la revolución en Serbia, por eso los activistas en Georgia

y Ucrania utilizaron rosas unos y el color naranja otros en su exitosa lucha contra los lacayos postsoviéticos que gobernaban sus países. Sin una marca, la rabia diseminada en pequeños focos de descontento en Egipto (los trabajadores textiles de Mahalla que hicieron huelga en 2008, los periodistas de El Cairo que reclamaban acceso a Internet libre de censura, los menores en paro perseguidos y golpeados en las calles de todo el país), toda esa rabia no se centraría en el verdadero problema, la dictadura de Hosni Mubarak. Una imagen, un logo potente, puede ayudar a la gente a comprender que todos esos disturbios están relacionados con algo mucho más grande. Y ese algo mucho más grande, les recordé a los egipcios, es la visión que ellos mismos sean capaces de crear.

En ese momento, una joven especialmente tímida levantó una mano.

—Todo esto es sorprendente —reconoció— y, con la ayuda de Dios, lo conseguiremos. Pero aquí sólo somos quince y nos enfrentamos a Mubarak y a toda su policía, su ejército, su partido, a todo. Es que a veces parece —añadió insegura— que somos... y no somos nadie.

No soy ni mucho menos una persona religiosa, pero si tuviera que decir qué libro es un evangelio para mí, sin dudar lo diría que *El Señor de los Anillos*. En mi dormitorio siempre he tenido un pequeño altar dedicado a Tolkien, y, hasta en los momentos más difíciles de la campaña serbia, cuando Milošević y la locura de la limpieza étnica controlaban nuestra vida, me bastaba con volver a mis viejos y desgastados ejemplares de Tolkien para recuperar entre sus páginas la confianza perdida. Tenía una especial predilección por el pasaje en el que la maga Galadriel le dice al hobbit Frodo que «hasta la criatura más pequeña puede cambiar el curso del futuro».

Repetí estas palabras delante de los egipcios, las volví a decir una y otra vez. Era fácil comprender por qué creían que no eran nadie. Desde bien pequeños, a todos nos enseñan que los protagonistas de la historia son los fuertes y los poderosos. Los periódicos y las revistas compiten publicando perfiles de los ricos y famosos y vemos a los presentadores de la televisión encantados de entrevistar en sus lujosos estudios a los miembros de las élites más influyentes del mundo. En Occidente, la cultura empieza con la *Iliada* y sus escenas de pechos atravesados por lanzas y cascos rebosantes de sangre y continúa hasta hoy celebrando tres mil años de violencia y héroes y conquistas. Preguntaos cuántas películas sobre la Segunda Guerra Mundial o la Guerra de Vietnam habéis visto... Seguro que muchas. Y ahora decidme cuántas grandes películas hay que tomen como argumento las luchas no violentas más famosas. Sí, *Gandhi*, con Ben Kingsley, y *Milk*, con Sean Penn, y algún que otro conmovedor homenaje a Nelson Mandela, pero poco más.

Veneramos a los guerreros, pero ¿hasta qué punto es cierto que son ellos los que han definido el curso de la historia? Pensemos en esto: el principal resultado de la Primera Guerra Mundial fue la Segunda Guerra Mundial, y el principal resultado de la Segunda Guerra Mundial fue la Guerra Fría, que a su vez nos dejó Corea, Vietnam, Afganistán, la

guerra contra el terror, etcétera. Pero ¿qué le dejó al mundo Martin Luther King Jr.? Los derechos civiles y un presidente negro en 2008. ¿Y cuál es el legado histórico de Gandhi? La independencia de la India y el fin del colonialismo. Y Lech Walesa, el líder del movimiento polaco Solidaridad en los años ochenta, ¿qué consiguió? El fin del comunismo en la Europa Oriental. ¿Y quién era Lech Walesa? Un simple electricista de los astilleros de Gdańsk, un hobbit donde los haya.

A los egipcios también les hablé de Harvey Milk, el activista de los derechos de los homosexuales que murió asesinado. Milk fue la primera persona abiertamente gay que consiguió ser elegida a un cargo público en California. Hasta el día en que decidió que algo había que hacer para cambiar la actitud de rechazo hacia los homosexuales, Milk no era más que un simple tendero de San Francisco. Harvey también era un hobbit. Cuando Jane Jacobs se enfrentó a Robert Moses, el hombre más poderoso de Nueva York, y a su demencial proyecto de construir una autopista a través de los barrios históricos del sur de Manhattan que hubiese destruido la ciudad, todos se burlaron de ella y la presentaron como un ama de casa histérica, poco menos que una loca. Y es que Jacobs, que acabaría transformando para siempre la planificación urbanística sin ni siquiera tener estudios universitarios, también era una hobbit.

Estas personas no formaban parte de las élites y a nadie se le habría ocurrido fijarse en ellas como modelos para esculpir esas estatuas de bronce con las que adornamos las plazas de nuestras ciudades, pero personas como éstas son las responsables del progreso del mundo. No sólo en los libros de Tolkien hay hobbits capaces de cambiar el curso de la historia, les dije a los egipcios. Si Belgrado tuvo sus hobbits, ¿por qué Egipto no puede tenerlos también?

Con esto se hizo un silencio en la sala. No sabría decir si porque estaban de acuerdo con lo que acababa de decir o simplemente por estar cansados. En cualquier caso, la sesión del día se dio por terminada. En las siguientes abordamos aspectos más técnicos de la formación de movimientos revolucionarios. Insistí en la importancia de la planificación y la unidad, de mantener el carácter no violento de las acciones en todas y cada una de las etapas de las campañas. Cuando todo acabó, nos despedimos y todos regresamos a nuestro respectivo nido, yo a Belgrado y ellos a El Cairo.

Hay un episodio que no compartí con ellos en aquella ocasión. Se trata del momento, en plena lucha contra Milošević, en que hasta yo llegué a pensar que el cambio era imposible en Serbia. Lo recuerdo como si fuera ayer. Muy avanzada la noche del 23 de abril de 1999, negras columnas de humo se elevaron desde la sede de la televisión nacional serbia, a pocas manzanas de mi casa. Allí trabajaba mi madre, Vesna, en una oficina donde de niño había pasado muchas horas correteando, tantas que la consideraba mi segundo hogar. Por lo visto, el edificio y los periodistas que en él trabajaban habían sido señalados como objetivo militar, en el marco de la campaña de bombardeos de la OTAN que supuestamente debía acabar con la maquinaria bélica de Milošević. En un instante, las instalaciones fueron arrasadas por las fuerzas aéreas

occidentales. Aquello sucedió pocas horas después de que mi madre hubiese acabado su jornada laboral. Y aquella horrible noche murieron dieciséis de sus inocentes compañeros que todavía estaban trabajando en las redacciones.

En el tejado del edificio donde vivíamos, mi madre y yo vimos elevarse las llamas en el cielo nocturno de Belgrado. Mi madre, a mi lado, estaba temblando. Se había salvado porque ese día le había tocado el turno de la tarde. Yo tenía veintiséis años y aquella era la quinta guerra que mi país vivía desde que cumpliera dieciocho. La ley marcial había sido decretada el día en que comenzó la sangrienta campaña de bombardeos de la OTAN. Yo ya era un declarado traidor y enemigo del Estado, Otpor! había pasado a la clandestinidad y, por razones de seguridad, había dejado de dormir en casa. Aquella noche, incluso yo llegué a pensar que jamás se produciría un cambio en mi país, pero aun con aquel ánimo algo me decía que no podía ser verdad porque, si no ganábamos, no quedaría nada que pudiéramos rescatar.

Por todo ello comprendía la desesperanza de los egipcios y empatizaba con ellos, pero nuestras normas prohíben toda comunicación con activistas que hayamos formado, y no hicimos una excepción con Mohammed Adel y sus amigos. En cuanto hubieran lanzado sus primeras acciones en su país, poco podríamos hacer para ayudarlos. Cada país es diferente, y los activistas de allí son quienes tienen el conocimiento necesario para saber qué remedio aportar a los males de su sociedad. Hay cosas que no se pueden importar, una de ellas es la visión de lo que quieres para el futuro de tu sociedad. Mi función y la de mis compañeros no va más allá de compartir con futuros activistas no violentos los métodos que dieron buenos resultados para Otpor! y las estrategias y tácticas fruto de años de experiencia. Después, nos hacemos a un lado. Claro que eso no ha impedido que un ramillete de dictadores (el iraní Ahmadinejad en 2009, el ruso Putin en 2011, el venezolano Chávez en 2007, el turco Erdogan en 2013) nos consideren agentes serbios y amenacen a quienes mantengan relaciones con nosotros. De hecho, fue Chávez quien nos hizo el mejor cumplido el día que apareció en televisión, vestido de naranja y blandiendo una octavilla de Otpor! que había circulado por Venezuela, para denunciarnos como mercenarios serbios que estábamos corrompiendo a los estudiantes de su país... Los mismos estudiantes, por cierto, que acababan de desplegar métodos no violentos para propinarle una humillante patada en el trasero a Chávez en un referéndum nacional.

Me gustaría decir que pensé a menudo en aquellos quince egipcios después de la semana que pasamos en el lago Palić, pero aquel verano de 2009 tuvimos mucha actividad y yo estaba asfixiado de trabajo. Las calles de Teherán se inundaron de manifestaciones de protesta contra lo que parecía un escandaloso caso de fraude electoral, y, naturalmente, toda mi atención estaba puesta en Irán. Nuestros manuales de formación en farsi recibían cerca de diecisiete mil descargas mensuales desde direcciones web ubicadas en la República Islámica. Además, en Birmania, la Revolución Azafrán, animada por un monje budista que decidió pasar a la acción tras ver un DVD

sobre el movimiento Otpor! que habían logrado hacerle llegar de manera clandestina en su monasterio, estaba a punto de cumplir dos años.



Mujer egipcia mostrando el símbolo del Movimiento 6 de Abril (Mohamed Abd al-Ghany, Reuters).

Con todas esas distracciones, lo cierto es que no volvimos a saber nada de Mohammed Adel y de sus compañeros hasta casi año y medio después. Eso sí, nunca olvidaré aquel momento. Era finales de abril de 2010. Yo acababa de salir de casa y hacía un día espléndido de primavera. Iba a comprar tabaco y, como no tenía muchas ganas de hablar con nadie, crucé la calle con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. En el quiosco, mientras recorría con la mirada los paquetes de cigarrillos, me llamó la atención la portada de uno de los periódicos serbios de mayor tirada. Cuando comprendí lo que estaba viendo, me quedé paralizado. Ahí estaba: un puño, tan grande y audaz como siempre. La imagen de una mujer empuñando un cartel. No había duda, se trataba del puño de Otpor!, el mismo dibujo que había trazado Duda hacía unos

cuantos años ya. Yo lo había visto millones de veces, pero nunca como aparecía en aquella imagen. Una mujer con hiyab sostenía el cartel donde podía leerse: «¡El puño sacude El Cairo!».

Estaba ocurriendo de nuevo, ahora en Egipto.

## PEQUEÑOS PASOS PARA SOÑAR A LO GRANDE

A mí nada me parece más repugnante que el requesón. Lo siento, pero es que soy serbio, y los serbios nos desvivimos por un tipo de queso cremoso llamado *kajmak*. Un nombre que sonará raro a oídos americanos, con esa jota flotando en medio, pero se pronuncia *kai-mak* y es increíblemente bueno. Su textura, cremosa y suave, es muy parecida a la del yogur. Nuestro queso no se parece en nada a esa cosa envasada de la marca Philadelphia que hay en Estados Unidos. Se elabora artesanalmente y, como la mayoría de los platos serbios, el *kajmak* es tan rico en historia como en colesterol. Suele decirse que los países con historias muy turbulentas tienen la mejor gastronomía, tal vez sea ésa la razón por la que los serbios nos sentimos perversamente orgullosos de que justo por haber perdido tantas guerras y sufrido tantas invasiones, en cualquier buen café de Belgrado se pueda hoy degustar desde un *baklava* turco hasta una torta Sacher austriaca. Para historias sangrientas de verdad, hay que reconocer que ninguna región puede competir con Oriente Medio, y en pocos lugares del mundo la gente se apasiona tanto por la comida como allí. Por ejemplo, los israelíes, benditos sean, adoran el requesón. A mí me parece una cosa ordinaria a la par que grumosa, pero para ellos es un producto esencial. Son capaces de consumir grandes cantidades con los huevos revueltos del desayuno y siempre añaden requesón a la ensalada de la cena. Y, en 2011, se había vuelto un producto carísimo.



«El pueblo libio está unido.»

Bueno, la verdad es que ése no fue el único cambio que notaron los israelíes. El Estado israelí, tan pródigo hasta entonces, llevaba dos décadas metido en un arduo proceso de privatizaciones y muchos programas sociales habían sufrido recortes. Decenas de miles de israelíes pobres se afanaban en buscar casa en un mercado inmobiliario cada vez más estrecho, controlado por un puñado de poderosas empresas encantadas de poder echar abajo viejos edificios y construir en su lugar rascacielos con fachadas de cristal.

Quienes hayan tenido que negociar con un casero, saben bien que defender el derecho a un alquiler razonable es una batalla difícil de ganar. Lo más probable es que acabes metido en [www.milanuncios.com](http://www.milanuncios.com) para buscar allí lo que necesitas. Y, en todas las ciudades de todos los países, hay mucha gente interesada en el negocio de la gentrificación y los nuevos desarrollos. Mientras los israelíes menos pudientes trataban de pillar las escasas viviendas a precios razonables que iban quedando en el mercado, muchos otros de sus conciudadanos se limitaron a encogerse de hombros y a admirar las elegantes construcciones que crecían como setas a su alrededor. A quienes no podían pagar el alquiler de las viviendas nuevas les resultaba ofensivo el tren de vida de los nuevos ricos (hombres y mujeres con contactos políticos que vivían entre aviones y el clubs privados), pero la mayoría de los israelíes siguió pensando que, en comparación

con el resto del mundo, la vida en Israel era bastante buena. Podían ir los fines de semana a comprar a Ikea, tenían acceso a las pantallas ultraplanas y viajaban de vez en cuando al extranjero.

Y así fue hasta que llegaron los aguafiestas, esas personas sin sentido del humor que educadamente procuras evitar cuando insisten en pegar la hebra contigo en un acontecimiento social. Los aguafiestas israelíes estaban empeñados en llamar la atención sobre el *boom* inmobiliario y el consumismo desenfrenado de la sociedad israelí y, además, no contentos con ello, en alertar a la sociedad de los peligros que se corrían por todo ello. Que lo que hacía falta era una revolución, que los israelíes tenían que unirse para acabar con el sistema o, al menos, con el Gobierno. Nadie, como es lógico, les hizo el menor caso. Como nos había pasado a nosotros, en Serbia, esos israelíes gruñones tenían una visión clara de su futuro basada en su más reciente pasado. Daba igual que nadie les hiciera caso, ellos siguieron dando la vara con que querían vivir en un país con redes de seguridad para evitar que los desafortunados tuvieran que partirse la crisma. El libre mercado y todo eso les seguía molando. Por ejemplo, se sentían orgullosos del gran número de exitosas empresas que habían ido apareciendo por todo el país, sobre todo las *startups* de tecnología punta, pero rechazaban (según la expresión que comenzó a circular en 2010 y no tardó en hacerse popular) a los «pequeños cerdos capitalistas». Eso sí, la mayoría no tenía ni idea de lo que había que hacer para que las cosas cambiaran.

Y aquí es donde entra en escena Itzik Alrov. Cuando piensan en sus héroes, los israelíes visualizan a guerreros atléticos y bronceados o a bellas modelos como Bar Refaeli; rara vez, o nunca, a un escuálido vendedor de seguros ultraortodoxo que logra llegar a fin de mes cantando en sinagogas de barrio. A Alrov, un hombre serio y vehemente, tampoco le gustaban los «pequeños cerdos capitalistas»; pero, a diferencia de otros, sabía que sólo se cambian las cosas cuando convences de que también les vale la pena a quienes viven relativamente bien. Por otro lado, Alrov era consciente de que la mayoría de la gente evita comprometerse con causas demasiado difíciles o que parecen inalcanzables, como obligar a dimitir al primer ministro o desarrollar un programa económico alternativo. Alrov intuía que, cuando tienes una visión de futuro y quieres hacerla realidad, no es aconsejable empezar con un enfrentamiento apocalíptico. Al principio todos somos nadie, y cuando no eres nadie lo inteligente es escoger batallas que puedas ganar. Por eso Batman, en las películas, se dedica a perseguir a simples matones de barrio en las primeras escenas, el superhéroe tiene que comenzar con pequeñas escaramuzas, y sólo cuando ya es conocido y tiene una reputación se atreve con el Joker. Por más grave y trascendental que pueda parecernos un asunto, siempre hay que empezar con cosas que estén a nuestro alcance. Y, en Israel, Alrov sabía que era imposible enfrentarse al sistema económico a lo grande, pero sí podía hacer algo con el requesón.

Como a todos los israelíes, a Alrov le encantaba este queso y, también como ellos, sabía lo que estaba pasando. Consciente de lo importante que era este producto en la dieta de la mayoría de la población, el Gobierno lo había considerado un producto de primera necesidad y, por consiguiente, siempre había recibido ayudas estatales. El precio del requesón no podía subir de una determinada suma, con lo que se garantizaba que fuera un producto de precio más que razonable. En 2006, sin embargo, el Gobierno cambió de criterio; como ya había hecho con muchos otros productos industriales y servicios, decidió que el mercado debía actuar libremente y eliminó dichas ayudas. El ministro de Finanzas, un tipo regordete con barba y aspecto de Santa Claus de tira cómica, dio una entrevista en la que alegremente le quitó hierro a la nueva medida. Los israelíes no tenían por qué preocuparse, dijo, como los fabricantes de requesón ya podían competir libremente en el mercado, pronto se vería una mejora en la calidad del producto. Y, hasta cierto punto, tenía razón: al cabo de cuatro años, el mercado estaba inundado con decenas de nuevos tipos de requesón, desde variantes artesanales hasta mezclas de requesón y yogur y otros quesos, pero el ministro olvidó señalar que la pérdida de ayudas tendría un precio: exactamente de los cuatro shekels, menos de un euro, que costaba en 2006, el precio del requesón se disparó hasta alcanzar el doble y eso ocurrió justo cuando Alrov estaba buscando motivos para protestar por el alto coste de la vida. Y no tardó en comprender que el escandaloso incremento del precio del requesón podía convertirse en un vehículo ideal de protesta.

Lo primero que hizo fue abrir un sencillo perfil en Facebook con la foto de una bola de requesón. A su recién estrenado perfil social le puso un nombre un poco extravagante: «Un producto básico como el requesón cuesta ahora casi 8 shekels. ¡¡¡Dejemos de comprar requesón todo un mes!!!». Y llamó al público a dejar que el producto caducara en los estantes hasta que los precios bajaran. Con lenguaje apocalíptico propio de un hombre religioso, advirtió que «si no somos capaces de dominar nuestro deseo de comprar requesón, no somos dignos de poder comprarlo a un precio abordable».

Al comienzo, sólo treinta y dos personas, la mayoría de ellos amigos de Alrov, firmaron la petición *online*, pero Israel es un país pequeño y un bloguero atraído por la idea de un boicot contra el requesón publicó una entrevista a Alrov. Al día siguiente de haber subido el artículo, la petición había registrado nueve mil firmas. Pronto se sumaron los principales medios de comunicación, encantados de haber descubierto aquel insospechado héroe de la clase trabajadora y, en poco tiempo, la página de Alrov contaba con cien mil seguidores, una cifra que en un país de siete millones supone muchísima gente. Alrov había acertado al iniciar aquella batalla, una batalla fácil, y, como a todo el mundo le gusta apostar a caballo ganador, el número de sus seguidores siguió creciendo.

Las tres o cuatro empresas que controlan el mercado de los lácteos en Israel hicieron lo que siempre hacen las grandes y poderosas organizaciones (multinacionales,

gobiernos y dictadores): al principio, ignoraron a Alrov y a sus seguidores, pero, al ver que las protestas cobraban fuerza, Tnuva, la mayor empresa del sector, anunció el lanzamiento de los llamados «bocados de requesón», unas porciones individuales de forma tubular llenas de requesón y diversos *toppings*, como frutas o pepitas de chocolate, en envases pequeños. En nombre de la compañía, un vocero explicó que el nuevo producto «permitirá que Tnuva se distinga aún más de sus competidores, al cobrar más al consumidor por esta novedad». Una declaración torpe y necia, pero los ejecutivos de Tnuva se sentían tan seguros de su posición y poder en 2011 que nada parecía importarles.

Se equivocaron, claro. Alrov se dio cuenta de que las protestas por el precio del requesón ofrecían a los israelíes una excusa para abordar los problemas económicos, las injusticias y las políticas del Gobierno de su país. La mayoría de la gente no comprende cómo funciona realmente la economía (mi esposa y mi banquero pueden confirmar que yo tampoco), pero todos saben lo irritante que es ver como ese único producto al que no estás dispuesto a renunciar se encarece día tras día y, además, sin otra razón que la codicia de las grandes empresas. A la gente le importaban un pito aquellas novedades, lo que quería era requesón barato. Más israelíes atendieron al llamamiento de Alrov y decidieron dejar de comprar su querido requesón. La presidenta de Tnuva envió un nuevo mensaje a través de la prensa: su compañía no estaba dispuesta a bajar los precios. Y así regaló a los rebeldes del requesón lo que más necesitaban: un malvado. La arrogancia de Tnuva enfureció a los israelíes, que prometieron castigar a aquel gigante económico. ¿Por qué debían limitarse al requesón? Las bebidas lácteas con cacao (el *shoko* al que los niños israelíes son tan adictos) también quedaron abandonados a su suerte en las neveras de los supermercados, condenados al desdén de sus antiguos fans. Nadie sorbía batidos de chocolate, y hasta el queso suizo criaba moho en las zonas frías de los supermercados. En los corrillos que se forman en las oficinas alrededor del dispensador de agua fría, los empleados se ufanaban de su compromiso con la causa antilácteos. Era la primera vez en el mundo que se daba un caso de intolerancia a la lactosa con motivaciones políticas.

Y lo más sorprendente de todo es que funcionó. Menos de dos semanas después, espantadas por el notable descenso de las ventas, las grandes cadenas de supermercados anunciaron rebajas de precios en todos los productos relacionados con el requesón, pero esta medida sólo suponía un ínfimo ahorro para los consumidores, más que decididos a ganar la batalla: Tnuva y las otras empresas de lácteos tendrían que rendirse. Conscientes del terremoto que se anunciaba, los prosélitos lácteos quisieron mostrarse amables. La jefa de Tnuva, en un tono mucho más conciliador, anunció la nueva postura de la empresa: sentía mucho no poder bajar el precio del requesón, pero se comprometía a no subirlo más en lo que quedaba de año. Sus seguidores esperaban que esta treta funcionara, pero no contaban en absoluto con la determinación de las enardecidas masas de indignados por el precio del requesón. Alrov y los numerosos

activistas que lo seguían comenzaron a pensar que podrían ganar la partida. Como tiburones que husmean sangre en el agua, siguieron presionando. Cinco días después, Tnuva anunció que bajaba el precio hasta un poco menos de seis shekels, pero los sublevados no cedían: su postura era cinco shekels o nada. A los pocos días, por fin cantaron victoria: los fabricantes de requesón anunciaron públicamente que se comprometían a bajar el precio de sus respectivos productos. La presidenta de Tnuva, forzada por los irritados miembros del consejo de dirección, anunció su dimisión.

Pero la verdadera victoria de la protesta por el precio del requesón no residió solamente en el regreso a las mesas de centenares de miles de israelíes de este producto lácteo, de nuevo al alcance del bolsillo de todos. Un pequeño grupo de jóvenes e idealistas israelíes se fijaron en la manera de actuar de Alrov y sus seguidores y tuvieron una especie de revelación. A diferencia de Alrov, a quien le importaba sobre todo alimentar a su familia, se trataba de estudiantes universitarios que habían pasado su adolescencia defendiendo distintas causas relacionadas con la justicia social. Vivían en comunas, participaban en manifestaciones, leían autores comprometidos, publicaban sus agudas reflexiones en blogs... y no habían llegado a ningún sitio. Pero en aquel momento había gente que empezaba a comprender cómo las protestas podían converger en movimientos realmente capaces de hacer cambiar las cosas. Sí, siguiendo el consejo del escritor y activista estadounidense Jonathan Kozol: «Escoge batallas lo suficientemente grandes para que importen, pero lo bastante pequeñas para que sea posible ganarlas», había que empezar con pequeñas cosas. Al fijarse una meta tan sencilla, Alrov les dio a esos jóvenes la pieza del puzle que les faltaba. Y habiendo experimentado el triunfo, los ciudadanos se sentían con ánimos para luchar por causas más complejas. Unas semanas después del éxito de la revuelta del requesón, aquel grupo de estudiantes creó un perfil en Facebook para denunciar el aumento en el precio de la vivienda. Convocaron a sus simpatizantes a que se les unieran con tiendas de campaña en uno de los bulevares más bellos y frondosos de Tel Aviv. Mientras no les dieran soluciones al alcance de sus bolsillos, dijeron, estaban dispuestos a vivir en la calle. Por primera vez, miles de ciudadanos israelíes normales y corrientes respondieron a una convocatoria estudiantil. Todo el mundo pensaba más o menos lo mismo: si había dado resultados con el requesón, ¿por qué no con el problema de la vivienda? Otros cientos de miles participaron en varias manifestaciones. El Gobierno reaccionó como lo había hecho Tnuva: primero se hicieron los locos, después ensayaron maniobras de distracción, seguidas de medidas de apaciguamiento, para acabar capitulando. Se nombró un comité y muchas de sus recomendaciones terminaron siendo aprobadas como leyes. Gracias a aquel solitario vendedor de seguros decidido a luchar para que bajara el precio de un queso grumoso, los jóvenes israelíes estaban mucho más cerca de hacer realidad su supuestamente irreal visión del futuro.

El éxito de los movimientos sociales, por tanto, depende en buena medida de las batallas que deciden librar. Y, para tomar esta decisión, es fundamental conocer bien al

adversario. Hace siglos, Sun Tzu tenía esta cuestión en mente cuando aconsejaba a los lectores de *El arte de la guerra* que siempre había que atacar los puntos débiles del enemigo con los propios puntos fuertes. No sé si Gandhi llegó a leer a Sun Tzu, pero de todos los luchadores no violentos que conozco, pocos como él han sabido aplicar los viejos preceptos del pensador chino.

La razón es que Gandhi comprendió desde el comienzo que la fuerza del Imperio británico residía en su ejército. Ése era el punto fuerte de los ingleses. Aunque Gandhi no hubiese sido un pacifista convencido, habría comprendido que era imposible derrotar en un enfrentamiento bélico a aquellos soldados británicos provistos de las más modernas armas. Sin embargo, los británicos tenían una gran desventaja en la India: la falta de efectivos. Apenas cien mil soldados gobernaban a trescientos cincuenta millones de indios. Pero aunque hubiesen sido capaces de lanzar una ofensiva militar, los indios habrían sido barridos por los ingleses. En cambio, si recurrían únicamente a medios pacíficos, los británicos no podrían jugar su mejor baza: sus temidos soldados. Gandhi sólo tenía que reunir a esos millones de indios alrededor de una causa no violenta para derrotar al poderoso imperio.

Eso era exactamente lo que necesitaba, una causa. Gandhi ya había defendido la causa de la independencia y la autodeterminación del pueblo indio, pero todo eso eran palabras demasiado abstractas. Con ideales abstractos sólo es posible movilizar a un puñado de compañeros revolucionarios, pero Gandhi necesitaba un país entero y, para lograrlo, hacía falta encontrar una causa más concreta. Una causa tan sencilla e indiscutible que todos los indios, con independencia de sus opiniones políticas o la casta a la que pertenecieran, se sintieran capaces de abrazar. En 1930, Gandhi supo cuál era esa causa: la sal.

En aquel momento, la producción de sal en la India estaba sujeta a un impuesto fijado por los británicos, de modo que cualquier persona que consumiera esta materia prima necesaria para la subsistencia debía pagar un tributo a la Corona británica. Difícilmente podía hallarse una causa más fundamental y decisiva. Todos los seres humanos necesitan sal; la sal se encuentra en todas las cocinas y en todas las casas, ricas o pobres. Y sí, la sal debería estar al alcance de todos. La India, además, es un país con casi siete mil kilómetros de costa... Tradicionalmente, bastaba con ir a una playa, coger agua del mar y hervirla para tener sal, pero bajo el dominio británico, los funcionarios coloniales impusieron un tributo a la sal. El caso es que Gandhi, en vez de desafiar abiertamente al poderoso ejército británico con una insurrección armada, con desastrosos resultados previsibles, reunió a un pequeño grupo de apenas veintisiete de sus seguidores y anunció que juntos marcharían durante un mes, atravesando pueblos y ciudades, hasta llegar a la costa, donde su modesto ejército de activistas se dedicaría a extraer sal del agua del mar... y a ver si los británicos se atrevían a detenerlos.

La primera reacción del virrey británico consistió en no hacer el menor caso a lo que le pareció una auténtica tontería. ¿Que un grupo de indios con taparrabos anuncia su

intención de ir de excursión a la playa? ¿Y qué? «De momento —escribió el virrey—, la perspectiva de una campaña por la sal es algo que no me quita el sueño.» Pero cuando la marcha llegó a orillas del mar, sus filas ya contaban con doce mil personas, en parte movilizadas por el decidido rechazo a los impuestos injustos y a las constantes humillaciones a las que los británicos sometían al país, pero, sobre todo, porque querían sal... Con su marcha, Gandhi había puesto el dedo en la llaga: en efecto, como lo había imaginado, los británicos no se atrevieron a reprimir militarmente una protesta pacífica por una necesidad biológica. ¿Qué imagen habrían dado al mundo entero? Y, lo que más preocupaba a los británicos, ¿cómo habrían reaccionado las multitudes que seguían ciegamente a Gandhi? Cuando protestas parecidas se fueron sucediendo por todo el país, resultó evidente que las autoridades habían cometido un grave error al subestimar la estrategia de Gandhi. «Como por culpa del té perdió Gran Bretaña sus colonias americanas —escribió un diario estadounidense—, el Imperio británico está a punto de perder la India por un puñado de sal.»

La sal era un elemento tan básico y luchar por ella un motivo tan sencillo que no sólo la marcha ganó para la causa de Gandhi a miembros de todos los credos y castas, sino que los británicos bajaron la guardia y acabaron rindiéndose: suprimieron el impuesto sobre la sal. Así, al ceder ante esta reivindicación, le dieron a Gandhi su primera victoria. Y, como éste había demostrado su capacidad para satisfacer las demandas de sus compatriotas, pudo utilizar el éxito obtenido como palanca para lanzar órdagos más importantes y acercarse al desafío final: la expulsión definitiva de los británicos y la independencia de la India. Gandhi aspiraba a vivir en una India libre, desde luego, pero también sabía que tenía que empezar librando pequeñas batallas. Tan pequeñas como un grano de sal.

No es de extrañar que tantos activistas se lancen a hacer campaña a favor de una comida de mejor calidad y más sana. La razón es muy sencilla: da igual cuál sea su religión, el color de su piel o sus ideas políticas, todo ser humano necesita comer. A todo el mundo le interesa la comida y a todos nos afecta. Sobran los ejemplos: desde Sarah Kavanagh, la adolescente de dieciséis años de Misisipi que recogió doscientas mil firmas a través de una petición online para exigir que Gatorade eliminara de su popular bebida rehidratante de color naranja un producto químico también utilizado como resistente al fuego, hasta las blogueras Vani Hari y Lisa Leake, que lanzaron campañas semejantes contra Kraft Foods para que esta compañía eliminara los colorantes artificiales en sus macarrones con queso. En todos estos casos, las protestas sobre la calidad de la comida han demostrado ser capaces de reunir a muchas personas. Los seres humanos estamos predispuestos a interesarnos por todo lo relacionado con la salud y la nutrición. Así se explica en parte el éxito de iniciativas como el boicot de Doug Johnson contra la comercialización por Nestlé de leche infantil en los años ochenta y también por qué tanta gente se siente atraída por documentales como *Super Size Me*, de Morgan

Spurlock, y *Food, Inc.*, de Robert Kenner. Ya sea la comida o cualquier otra necesidad básica, los activistas capaces de detectar problemas esenciales que interesan al mayor número posible de personas tendrán siempre una ventaja respecto de los que concentran sus acciones en ámbitos más limitados.

Y, tratándose de comida, es inevitable hablar de Milk. Sí, Harvey Milk.<sup>[2]</sup> Bromas aparte, seguro que habéis oído hablar de este visionario político que se convirtió en el primer funcionario público de Estados Unidos abiertamente gay (y si no sabéis quién es, podéis descubrirlo, magníficamente retratado por Sean Penn, en la película ganadora de varios premios Óscar que lleva por título, precisamente, *Milk*). La historia de Milk aborda muchos temas, pero sobre todo habla de valentía, ideales y entrega. Y nos recuerda la importancia de empezar dando pequeños pasos.

Harvey Milk vivió los primeros cuarenta años de su vida sin que nada hiciera pensar que algún día se convertiría en un modelo para todo el que se interese seriamente en los derechos humanos y la igualdad. Nacido en Long Island en el seno de una familia judía de clase media conservadora, desde muy joven supo que era gay pero hizo todo lo posible por ocultar su verdadera identidad. Se alistó en la Armada, luchó en Corea y, al volver, trabajó como actuario de seguros y después como investigador en una empresa de Wall Street. Quien se convertiría en figura emblemática del progresismo estadounidense incluso hizo campaña por Barry Goldwater, el ultraconservador candidato republicano a la presidencia. En otras palabras, Milk era todo menos un revolucionario. De hecho, rompió con uno de sus novios, a pesar de estar enamorado de él, porque le pareció demasiado proclive a desafiar a la autoridad y meterse en líos con la policía. Milk era un hombre exitoso y respetable, con un corte de pelo perfecto y siempre impecablemente vestido. También se sentía miserable por vivir en una mentira, hasta que un día de 1969 dijo basta. Tenía treinta y nueve años, renunció a su trabajo y a las corbatas, se dejó el pelo largo y se largó a vivir a San Francisco.

La ciudad a la que llegó estaba reinventándose. Ese año, 1969, San Francisco albergaba la comunidad gay más importante de todas las áreas metropolitanas de Estados Unidos. En barrios como Castro, donde Milk acabó instalándose, los viejos residentes (trabajadores católicos de origen irlandés) se marchaban y su lugar era ocupado por hombres y mujeres jóvenes que se trasladaban a San Francisco en busca de tolerancia, amor libre y comunas jipis. Milk se sintió liberado. Había pasado toda su vida ocultando su sexualidad y, ahora que era aceptado abiertamente, pensó que debía hacer algo para que otros gais, hombres y mujeres, no se sintieran avergonzados de serlo. Había abierto una tienda de cámaras de foto y no tardó en convertirse en un personaje bastante popular en el barrio. Tampoco tardó mucho en participar en la política municipal. Su primera intervención tuvo como marco el Alice B. Toklas Memorial Democratic Club, la organización política gay más importante (de hecho, la única por aquel entonces) de la ciudad. Milk comenzó a frecuentar el club, con su sonrisa franca y sus valientes discursos. Era como tantos otros jóvenes, mujeres y

hombres, talentosos y apasionados que quieren cambiar las cosas. Para conseguirlo, para triunfar en una causa, él y sus amigos estaban convencidos de que bastaba con decir la verdad, argumentar con claridad, proponer soluciones razonables y convencer a la buena gente, a esa gente que estaría dispuesta a seguirlos y a apostar por un cambio.

Pero las cosas no eran tan sencillas. En aquella época, la homosexualidad seguía siendo un tema tabú incluso en San Francisco. Con los avances del matrimonio entre personas del mismo sexo y la creciente aceptación de la homosexualidad en la sociedad estadounidense, hoy es fácil olvidar cómo era el entorno cultural en el que Harvey Milk se presentó a unas elecciones por primera vez. A comienzos de los setenta, el sexo entre homosexuales todavía era delito en muchos lugares. Por ejemplo, era motivo legítimo de desalojo de inquilinos. Todavía en 1973, la homosexualidad era considerada un trastorno mental por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría. Ser gay no permitía llevar una vida normal. El caso es que la campaña de Milk defendía unos principios que desconcertaban, cuando no asqueaban, a muchos votantes corrientes.

Y su campaña terminó siendo, en efecto, todo un desastre. No tenía dinero ni equipo ni idea de cómo organizar una campaña eficaz. Contaba con el apoyo de algunos comerciantes gais cansados del acoso de la policía, y su encanto personal le atrajo las simpatías de unos cuantos conversos a la causa, pero cuando finalmente se presentó, en 1973, a las elecciones al cargo de supervisor de la ciudad, entre treinta y dos candidatos, acabó décimo. No se dio por vencido. Había descubierto que tenía talento como orador y se dedicó a dar discursos emocionantes contra las persecuciones y las injusticias que sufrían sus iguales por culpa de las leyes antigais. Estaba decidido a representar a los suyos y creía que la mejor manera de hacerlo consistía en organizar a todos los homosexuales en un bloque político y buscar algunos aliados de peso.

Y fracasó de nuevo. Gracias tanto a los vínculos que había establecido con sindicatos de trabajadores y el cuerpo de bomberos como a sus frecuentes encuentros con ciudadanos de a pie en la calle, en paradas de autobús o en las colas de los cines, su segunda campaña ofreció un perfil menos marginal, pero todo aquello tampoco fue suficiente. Esta vez el resultado le fue un poco más favorable y quedó séptimo, pero los cuatro mil votos que cosechó lo condenaban poco menos que a ser un activista bienintencionado y listo, pero muy marginal.

Y, sin duda, ése habría sido su destino político si no hubiera comprendido que el principio más importante es ganar pequeñas batallas. Había empezado haciendo lo que hacemos todos los que sentimos entusiasmo por una determinada causa, es decir, alzar la voz valientemente, esperando que los demás lo escuchen. Doy por sentado que el lector de este libro tiene algún interés en cambiar un poco las cosas para que el mundo sea un lugar mejor. Si es así, en algún momento habrá participado en peticiones, organizaciones o manifestaciones y habrá procurado sensibilizar a sus conciudadanos para que tomen conciencia de la importancia de tal o cual causa. O quizás haya tratado de convencer a un amigo o a un familiar de lo equivocado de sus ideas políticas. En todo

caso, me juego una tarrina de requesón a que el resultado, tras disertar con entusiasmo sobre la necesidad de salvar los salmones del Atlántico Norte en peligro de extinción o de comprar iPhones para los pobres huérfanos búlgaros en los que nadie piensa, fue que los oyentes lo escucharon educadamente y luego cambiaron de tema de conversación.

Sé que es un comentario cínico, desde luego, pero lo hago porque quiero que se entienda bien que uno de los principios fundamentales del activismo no violento es que a la gente, siempre y en toda circunstancia, le importa un rábano lo que le cuenten.

Y ello no quiere decir que sean malas personas. La mayoría son decentes y amables y humildes. Como Liz Lemon dejó dicho para la posteridad en la serie *30 Rock*, lo que la gente realmente quiere es poder sentarse en paz a comerse un bocadillo. También es verdad que tienen muchas cosas en las que pensar, cosas como el trabajo y los niños, y grandes esperanzas y pequeñas decepciones y sus programas de la tele favoritos que no se quieren perder y paquetes llenos de trastos que hay que devolver a Amazon. Y es posible que todas esas cosas nos parezcan ridículas y que nos parezca egoísta y mezquino y hasta inmoral que haya personas que piensan que hay más días que longanizas y que es mejor ocuparse de cuidar el jardín. Los peores activistas que he conocido pensaban de esa manera. El caso es que así no se llega a ningún lado porque no es realista suponer que la gente tiene que preocuparse por más cosas de las que ya le preocupan, cualquier intento de obligarla a hacerlo está condenado al fracaso. Se atribuye a Benjamin Franklin la observación de que «la humanidad está dividida en tres clases: los que no se mueven, los que se dejan mover y los que mueven». Si el lector pertenece a la tercera categoría, lo que tiene que hacer es descubrir quiénes se dejan mover y convencerlos de que vale la pena seguirlo.

Como activista, tiene dos opciones. La primera es hacer lo que Harvey Milk hizo al comienzo y reunir a todos los que están más o menos convencidos de sus ideas. Sin duda es un método infalible para acabar décimo en cualquier iniciativa. Este tipo de activista tendrá asegurada una base pequeña pero entusiasta de seguidores, incluidos amigos, vecinos y su querida abuelita, que lo apoyarán pase lo que pase. Es un método extraordinario, además, si lo que se pretende es convencerse uno mismo de estar en lo correcto y del lado de la justicia, la pureza y el bien. La única pega que tiene es que no sirve para ganar.

La otra opción es mucho más efectiva y, sorprendentemente, no mucho más difícil. Sólo requiere capacidad para estar atento y descubrir lo que realmente quieren las personas y llevar las luchas a su terreno. Gracias a su perseverancia, es cierto, Milk acabó siendo elegido miembro de la junta de supervisores de San Francisco, pero lo logró porque antes había comprendido que la lucha por la igualdad de los derechos de los homosexuales importaba más bien poco a la mayoría de los ciudadanos no homosexuales de su ciudad. En otras palabras, comprendió que no bastaba con invocar la justicia y la igualdad para ganar esa batalla y que había que atacar desde otro ángulo. Aunque la comunidad gay de San Francisco estaba siendo demonizada por los grupos

más radicales de cristianos evangélicos en todo el país, Milk decidió que la mejor manera de hacer valer los derechos de los gais era centrarse en una de las cosas que realmente tenía preocupados a todos los habitantes de San Francisco: las cagadas de perro.

Como Milk escuchaba a los vecinos de San Francisco, descubrió que el tema relacionado con la calidad de vida que más les preocupaba tenía menos que ver con el alma que con los pies.<sup>[3]</sup> Casi todos coincidían en señalar como la más intolerable molestia diaria la epidemia de cacas de perro sin recoger que ensuciaban los parques de la ciudad. Ése sí era el enemigo público número uno. Si Milk hubiese leído esa misma encuesta dos o tres años antes, lo más seguro es que hubiese salido a las calles del barrio de Castro echando pestes contra el escándalo de que la posibilidad de pisar una caca de perro fuese más denunciabile que el acoso diario a centenares de gais en todo el país por el simple hecho de querer a personas de su mismo sexo, pero se había vuelto más sabio y ya comprendía la dinámica y el simbolismo de las intervenciones públicas, de modo que un buen día convocó a la prensa en uno de los estupendos parques de la ciudad para anunciar sus nuevas propuestas legislativas. Cuando llegaron los periodistas, él avanzó hacia las cámaras y, como sin querer, pisó un gran zurullo y, levantando el pie, se quedó mirando aquello con fingido espanto. Parecía un gesto espontáneo, perfecto para ilustrar la dejadez con la que las autoridades trataban a los ciudadanos, cuando lo cierto es que la escena había sido minuciosamente preparada. Milk había llegado una hora antes para rastrear el parque en busca de cacas de perro y trazar cuidadosamente un itinerario. Con el zapato manchado, firme e impasible el ademán, dio una animada charla para explicar por qué, al igual que tantos habitantes de la ciudad, estaba más que harto de esa asquerosidad, pero que él, Harvey Milk, estaba dispuesto a ponerle remedio. Había dado finalmente con una causa capaz de llamar la atención de sus conciudadanos. Las cartas de los nuevos seguidores llegaron a raudales.

Después de tanto luchar, sabía qué batallas podía ganar. En una ciudad conservadora y apática, era muy difícil defender los derechos de los gais, pero recoger la caca de las mascotas era mucho más fácil: uno sólo necesitaba bolsas de plástico. Desde ese momento, además, la gente iba a verlo no sólo como un político con labia, sino como alguien capaz de obtener resultados, y todos escuchan a quien cumple su palabra. Ahora que tenía un público atento y agradecido, podía avanzar al gran tema de los derechos de los homosexuales. Cuando tomó posesión de su cargo, en 1977, entró en el ayuntamiento del brazo de su novio. En pocas palabras resumió un principio muy importante: «Puedes lanzar piedras al atontamiento<sup>[4]</sup> o invadirlo. Y a eso hemos venido». Quien aspira a ganar tiene que atraerse el mayor número de personas y, para ello, ha de empezar comprendiendo que sin ellas no hay nada que hacer.

En cuanto Milk tuvo claro su programa político y atrajo a un público agradecido de habitantes de San Francisco, pudo ponerse manos a la obra con lo que realmente le importaba. Y aunque el movimiento gay tardó varias décadas en adoptar la estrategia de

Milk, al final acabó haciéndolo. En los años ochenta y noventa, casi todos los esfuerzos de la militancia homosexual en Estados Unidos estuvieron encaminados a organizar a sus miembros como una facción aislada del entorno político, de modo que pocas personas ajenas a la comunidad gay se sentían motivadas para participar en sus manifestaciones o apoyar sus propuestas de leyes. Y así fue hasta que este movimiento tuvo su momento Harvey Milk. A partir de entonces, sus dirigentes empezaron a pensar no en términos de ideales absolutos, sino en función de motivaciones individuales. El movimiento reconoció que la mayoría de la gente se compromete políticamente sólo cuando se siente directamente implicada en las luchas. La experiencia demostraba que las reivindicaciones básicas de los gais, hasta ese momento, no habían hecho mella en la vida cotidiana de los heterosexuales estadounidenses. Para la mayoría, las crisis que sacudieron a la comunidad gay aquellos años (de la letal epidemia de sida en los ochenta a los más recientes esfuerzos por acabar con toda una panoplia de leyes discriminatorias) no formaban parte de su vida. Después de todo, la mayoría no es gay y tiene otras urgencias que atender. Todo eso comenzó a cambiar el día en que el movimiento de defensa de los derechos de los homosexuales comprendió que tenía que formular sus objetivos en términos comprensibles para los heterosexuales, y, para captar el interés de la comunidad heterosexual, el movimiento se abrió al mundo exterior. Se abrió, por ejemplo, a las madres y los padres y hermanos y amigos de los gais, invitándolos a participar en las marchas. El movimiento se normalizó y los gais dejaron de repetir eslóganes como «we're here, we're queer!» [¡aquí estamos, maricones somos!] y de desfilar disfrazados como personajes de Village People con el torso al aire y pinzas en los pezones. En las marchas del orgullo gay, hoy en día es más frecuente ver a padres de familia de mediana edad desfilando con su barriguita cervecera bajo pancartas en las que proclaman su amor y apoyo incondicional a sus hijos... Cuando un republicano integral como Dick Cheney se declara públicamente partidario del matrimonio homosexual porque su hija es lesbiana, podéis estar seguros de que algo está cambiando en la sociedad.

Todo ello fue el resultado de un simple cálculo estratégico que no difiere mucho del que hacía un par de décadas había adoptado el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. En los sesenta, James Lawson, un pastor metodista, ayudaba a activistas negros y blancos a organizarse en Nashville, Tennessee. Lawson comprendió que la comunidad blanca de Nashville se oponía a los derechos civiles porque tenía miedo de los negros, a los que consideraba poco más que animales. Para cambiar esa percepción, ordenó a sus estudiantes que siempre vistieran correctamente y que su conducta, cuando salieran a protestar a las calles, fuera en todo momento intachable. Si sus seguidores eran capaces de demostrar que sus miedos eran infundados, Lawson estaba convencido de que sus seguidores podrían convencer a algunos blancos.

Cuando se manifestaban contra la segregación en comedores públicos, los activistas de Lawson nunca debían reaccionar violentamente a las amenazas porque —pensaba

Lawson— bastaba que los manifestantes opusieran la más mínima resistencia al ser arrestados por la policía para reforzar los temores de los blancos. En cambio, si los activistas eran capaces de mantener su dignidad y sangre fría mientras los blancos los golpeaban y les tiraban vasos a la cabeza, el mundo entero comprendería quiénes actuaban como una manada de fieras y quizás algunos blancos se verían obligados a cuestionar sus prejuicios.

Lawson sabía que el éxito de las acciones no violentas depende en última instancia del número de personas que se interesen por ellas. Y eso quería decir que había que salir a buscarlas. Para que el movimiento de los derechos civiles pudiese avanzar, era fundamental contar con el apoyo de los blancos, y lo primero que había que hacer era conseguir que una mayoría de los blancos de Nashville fuese capaz de comprender que los negros eran iguales que ellos. Del mismo modo, el movimiento de lucha por los derechos de los gais empezó a tener éxito cuando los heterosexuales dejaron de ver a los homosexuales como gente rara que se paseaba en pantalones cortos y camisetas de rejilla y comenzaron a ver en ellos a honestos trabajadores tan dignos de disfrutar de derechos como sus conciudadanos. Con ello, es verdad que el movimiento gay perdió algo de su carácter festivo pero, a cambio, ganó en eficacia.

La virtud de James Lawson también consistió en darse cuenta de que la causa de los derechos civiles, por más justa que pareciera y por honrados que fueran sus objetivos, nunca triunfaría sin adoptar una estrategia gradual. En vez de ir a por todas de entrada, es decir, de reclamar de una sola vez la aplicación incondicional y plena del principio de igualdad, supo escoger las batallas que sabía que podía ganar. Así, por ejemplo, cuando daba instrucciones precisas a sus activistas sobre la mejor manera de manifestarse en las calles, James Lawson era capaz de decirles cosas como «no queremos que vean parejas mixtas porque ésa no es ahora nuestra batalla». En los años sesenta era posible ganar la batalla contra la segregación racial, pero aún no la de las parejas mixtas. Todo llegaría.

En mi juventud, cuando todo el mundo en Belgrado jugaba al gato y el ratón con los esbirros de Milošević, dedicamos mucho tiempo a discernir entre las pequeñas batallas que podíamos ganar y las que sólo supondrían una pérdida de tiempo y energía. Algunos pensábamos que meternos en batallitas fáciles equivalía a traicionar nuestros principios por un puñado de victorias baratas y fáciles. En el otro extremo, algunos se jactaban de poder ganar cualquier batalla, por difícil que fuera. Ninguna de estas dos posturas es la correcta. Hay que empezar siempre por comprender que la mayoría de las personas se mostrará indiferente, desmotivada y apática, cuando no directamente hostil. Éste es el primer paso. El segundo es coger un pedazo de papel (con una servilleta basta) y trazar una línea. En un lado estaréis tú y todas aquellas personas que se te ocurra que quieran seguirte. Si ves que son pocas, vuelve a empezar. Por más que te parezca importante tu causa y por mucho que te preocupe, inténtalo con otra y otra y así hasta dar con una

que te permita reunir a todos tus amigos y prácticamente al resto del mundo, de manera que en el otro lado sólo quede un puñado de malvados. Ya está, ya lo tienes. Sobre todo, asegúrate de que tu «línea divisoria» (como la llamaba Ivan Marović, un compañero de Otpor!), la que os separa de los malvados, te garantiza el mayor número de aliados.

En las luchas no violentas hay que recordar siempre que la única arma de la que dispones es el número de personas que eres capaz de movilizar. Esto fue lo que Itzik Alrov comprendió cuando se dio cuenta de que a todos los israelíes les gustaba el requesón pero no estaban dispuestos a pagar cualquier precio por él. En su servilleta tuvo el acierto de poner a siete millones de personas a un lado de su imaginaria «línea divisoria» y dejar en el otro lado apenas a un puñado de ejecutivos avariciosos. Algo parecido sucedió cuando Harvey Milk dejó de lanzar soflamas y se puso a escuchar a sus vecinos: acabó poniendo toda la ciudad de su lado y dejando fuera a unos cuantos perros.

He visto los efectos de aplicar este principio en todos los rincones del planeta, de Tiflis a Harare, de Caracas a Rangún. Los movimientos y las personas que son capaces de desmenuzar sus estrategias y transformarlas en actividades más abordables tienen más posibilidades de triunfar que las que forman corrillos para gritar trivialidades; pero también hay que saber que no basta con tener claro qué batallas es posible ganar y cómo convencer a la mayor cantidad de gente. Otra condición igualmente necesaria es asegurarse de que los nuevos seguidores tengan motivos suficientes para creer en lo que hacen. Y esto sólo se consigue desarrollando una visión de futuro.



Orgullo israelí: padre e hija en las calles de Tel Aviv (2011; Nina Jean Grant).

## VISIÓN DE FUTURO

Si Harvey Milk supo sacar provecho de la plaga urbana de las cacas de perro para dinamizar las reivindicaciones de los gais en Estados Unidos y los ciudadanos de Israel lucharon por la justicia económica a punta de requesón, ¿a quién puede sorprender que toda una revolución empezara en las Maldivas con un puñado de activistas repartiendo arroz con leche? Sí, ya sé que parece mentira, sobre todo porque este archipiélago es conocido por ser un destino turístico de lujo, donde, además, Tom Cruise y Katie Holmes pasaron su luna de miel en 2006. Sospecho que lo último que la gente imagina es que los habitantes de las Maldivas, que tienen la suerte de vivir en uno de los rincones más bellos del planeta (un paraíso tropical de mil doscientas islas coralinas repartidas entre docenas de atolones en el océano Índico) tengan razón alguna para protagonizar grandes gestas políticas. De hecho, los maldivos son gente más bien despreocupada. Como saben pescar atunes con poco más que un gancho de metal y una bolsa de plástico rota como cebo, en su país nadie pasa hambre. Basta con sacudir una palmera para recibir una lluvia de cocos. En cuanto a lo demás (desde tomates hasta una lata de Coca-Cola), el turismo basta para que los maldivos puedan importar todo lo necesario de la India o Sri Lanka. Por todo ello, el deporte nacional es relajarse, algo que allí significa reunirse en la playa a ver la puesta de sol. Sin embargo, a veces, esas y otras pintorescas tradiciones tan propias de islas paradisiacas con lagunas de aguas cristalinas pueden no ser más que un espejismo, y más si, como sucedía en las Malvinas, hablamos de un lugar donde un hombre llamado Maumoon Abdul Gayoom impuso, durante tres décadas de ejercicio del poder, una brutal dictadura.



El arroz con leche detona una revuelta (Lonuziyaaraiy Kolhu, Maldivas; Munshid Mohamed).

Aunque lo más seguro, para quien viajara como turista a las Maldivas, era no darse cuenta de esta realidad. El viajero, tras llegar al principal aeropuerto, el de Malé, la capital del país, era inmediatamente trasladado en barca o en hidroavión a una de las cientos de islas reservadas a los complejos turísticos. Dado que el régimen dependía de esta actividad para la mayor parte de sus ingresos, Gayoom y sus matones se esforzaban en mantener esas zonas limpias y libres de conflictos. Todavía hoy en día, esos complejos turísticos de lujo son el único espacio en las Maldivas, un país de estricta obediencia musulmana, donde la venta y el consumo de alcohol están autorizados. Los viajeros que se dejaban mecer por las fantasías de esos parajes idílicos (uno de los hoteles tiene un restaurante sumergido donde los turistas pueden disfrutar de una copa de champán bajo las olas, entre corales y tiburones inofensivos) no pueden sospechar cómo viven los habitantes de las Maldivas, la mayoría de los cuales están confinados en Malé.

La vida en la capital es tan dura y desalentadora como encantadoras y puras son las islas. Lo primero que se divisa al llegar al puerto no es uno de esos bungalós con techo de paja que se anuncian en las webs turísticas, sino la mole del Ministerio de Defensa y

Seguridad Nacional, una fortaleza con los muros encalados, torretas de vigilancia y severos rótulos que prohíben las fotografías. Una bienvenida más bien glacial a esta calurosa ciudad de cien mil habitantes metidos en una lata de sardinas con forma de isla de apenas poco más de tres kilómetros cuadrados, lo que hace de Malé una de las ciudades más densamente pobladas y congestionadas del mundo. De hecho, con bastante razón, algunos la llaman «Manhattan embotellada». La capital de las Maldivas es poco más que un laberinto de edificios de mediana altura, un estadio y un pequeño parque; una ciudad surcada por febriles enjambres motorizados que tratan de avanzar por las sinuosas calles e invaden todas las aceras para aparcar. Las calles de la minúscula isla están siempre patrulladas por paramilitares con uniformes azules de camuflaje, y en el horizonte suele verse el humo que se eleva de la mayor isla-vertedero del mundo (un arrecife artificial construido a casi siete kilómetros de la costa), donde las incineradoras trabajan noche y día para consumir las trescientas treinta toneladas que reciben a diario. Malé es tan húmeda que se suda constantemente y, si a esto se añaden las altas temperaturas y el estrés de la ciudad, es casi imposible no tener jaquecas.

Afortunadamente, hay un sitio en la ciudad, una playa artificial construida en la parte oriental de la isla, donde es posible solazarse un poco. Aunque apenas se trata de una estrecha franja de arena en medio del caos urbano, y como playa no pueda compararse con los *resorts* turísticos, esa playita ofrece una escapatoria a la opresiva ciudad. Al menos allí hay cafés al aire libre frente al mar, frecuentados por jóvenes desenfadados y algún que otro talludito fumando hachís entre los arbustos cercanos. Mujeres con burka llevan a sus criaturas a jugar en la orilla, y en temporada alta la playa se llena de surfistas y *skaters*.

En una ciudad cualquiera, una playa como ésa no llamaría nada la atención, pero en Malé no hay ninguna otra distracción. La ciudad no tiene centros comerciales ni grandes salas de cine, el consumo de alcohol está prohibido y no hay actividades culturales, de modo que cuando se quiere salir de casa y huir del calor, ése es el único lugar adonde uno puede ir. También está la Plaza Mayor, claro, en la zona de los muelles, pero se trata de un mísero rectángulo dominado por una bandera del país absurdamente grande y rodeado de parcelas de tierra donde ya no crece ni una brizna de hierba. Por si no bastara con eso, la plaza está flanqueada por la gran mezquita y un edificio acristalado que alberga la sede principal de la policía. Dada la historia reciente de las Maldivas, es comprensible que la gente prefiera no quedar con los amigos en las propias narices de los polis.

La razón es fácilmente comprensible. Bajo su férula, Gayoom convirtió su país en una especie de Bagdad con playas tropicales. El dictador maldivo era un gran amigo de Saddam Husein, y de este déspota iraquí aprendió los más infalibles métodos para dirigir un régimen tiránico. Como en Irak, la policía adquirió merecida fama de brutalidad, ejercida sin cortapisas gracias a un permanente estado de emergencia y el consiguiente

permiso para encarcelar y maltratar a cualquiera... o cosas peores: los esbirros del régimen destacaron en la concepción y aplicación de los más originales y espantosos castigos, que invariablemente recaían en todo aquel que se atreviera a manifestar la más leve crítica. Los inconformes con el régimen podían verse bañados en miel de coco y expuestos en las arenas a ser devorados por insectos, o ser esposados a una palmera y golpeados o violados durante horas, cuando no se los encerraba en cobertizos de chapa cerrados, en algún remoto presidio isleño, y dejados allí durante años hasta que se consumían en el sofocante calor. Los partidos de la oposición estaban prohibidos, no había libertad de expresión. En un contexto como ése, enfrentarse a Gayoom parecía una hazaña imposible, sobre todo con un régimen apuntalado por las divisas del turismo.

Y entonces llegó el tsunami.

El segundo día de Navidad, en 2004, los bufés de desayuno en los hoteles turísticos de las Maldivas tenían el mismo aspecto impecable y tentador que en cualquier otro día del año. Algunos turistas aún estaban sentados en la terraza, acabando de desayunar y de beberse un zumo de mango o un té negro mientras los niños ya corrían descalzos hacia la playa, a pocos metros de sus padres. Parecía que iba a ser otro día perfecto en el paraíso. La temperatura rondaba los 32 grados y una suave brisa mecía las palmeras. Los turistas más rezagados apenas comenzaban a desperezarse, en la penumbra veteada de rayos de luz que filtraban las persianas de sus dormitorios.

De pronto se oyeron unos gritos que provenían de la orilla, seguidos por un rumor sordo que iba creciendo hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Una ola gigantesca barría la isla, arrancando de raíz los árboles y arrasando todo a su paso. La colosal pared de agua se estrelló contra las villas y los chalés como una lluvia de obuses, haciendo añicos en un instante las ventanas. El agua entraba a borbotones, arrancando alféizares y puertas. Una marea imparable inundó las habitaciones, y arrastró consigo un amasijo de toallas de playa, cortinas y cafeteras. El agua no paraba de subir, no había dónde esconderse. Algunos salían corriendo y se subían a los árboles, otros se abalanzaban hacia la recepción y se abrazaban a sus firmes columnas. Sólo unos pocos consiguieron alcanzar la terraza del hotel o el tejado de un almacén, y desde allí contemplaron la devastación. Cuando las olas se retiraron, después de lo que les pareció una eternidad, sólo se veía un amasijo de tablas de madera, muebles rotos y techos de paja destrozados y se oía el gemido de los supervivientes.

Dado que la mayor elevación de las Maldivas no alcanza los tres metros, la subida del nivel del mar supone una grave amenaza para la vida en las islas, y sus habitantes siempre han sabido que el cambio climático amenazaba con transformar radicalmente su vida, pero creían que eso sucedería en el futuro, mucho más tarde, como parte de un largo y lento proceso que tardaría décadas en desarrollarse. Pero de un solo golpe, el océano Índico había barrido la mitad de la economía del país. Casi la cuarta parte de las islas habitadas sufrió graves daños y un 10 % fue declarado inhabitable. Prácticamente

uno de cada tres maldivos resultó damnificado por el tsunami, y Gayoom comprendió que él sólo no podría hacer frente a sus consecuencias. Tenía que pedir ayuda internacional.

El único problema fue que esos países occidentales a los que no se tardó nada en pedir cientos de millones de dólares en asistencia y ayuda pedían algo a cambio. Sí, estaban dispuestos a aportar la ayuda requerida por Gayoom, pero su Gobierno tendría que autorizar a los partidos políticos y convocar elecciones libres del fraude que garantizaba la reelección del déspota con el 99 % de los sufragios. Gayoom aceptó de inmediato estas condiciones, a él le parecieron ventajosas. Después de todo, permitir que los partidos políticos se manifestaran no pasaba de ser un gesto simbólico, comparado con los millones contantes y sonantes que no recibiría de la comunidad internacional si no lo hacía, sobre todo habida cuenta, pensó Gayoom, del escaso daño que podía hacerle una oposición desarticulada como la de las Maldivas.

Y la verdad es que cualquiera que hubiese oído, como nos tocó hacer a mis amigos serbios en 2005, a un grupo de revolucionarios maldivos describir su situación, se habría visto obligado a darle la razón al tirano. Imposible imaginar una peña menos prometedora a la cabeza de una oposición política. Desde siempre, nos dijeron, las fuerzas que luchaban contra Gayoom sólo podían contar con tres grupos de personas dispuestas a enfrentarse a las autoridades. En primer lugar, los disidentes políticos, educados en escuelas extranjeras, la mayoría vivía fuera del país. Y, en realidad, eso obedecía a un plan del Gobierno: el sistema educativo animaba a largarse del país a los alumnos más brillantes, precisamente los más capaces de exigir e imponer una mejor gobernanza. Como cabía esperar, esos disidentes hablaban siempre de ideas abstractas, como la libertad de prensa, que no podían importar menos a unos simples pescadores que vivían en un atolón. En segundo lugar, los grupos islamistas que rechazaban el Gobierno laico de Gayoom y querían imponer la ley islámica en las Maldivas eran poco populares entre los habitantes de las islas, especialmente porque la mayor parte de la riqueza del país procedía de los bolsillos de esos turistas que, nada más pisar los atolones con sus playas privadas, se ponían el bikini y a beber alcohol. Y, por último, los drogatas, si bien el único vínculo real que éstos tenían con los disidentes y los islamistas fuera el hecho de que a menudo compartían la misma celda. Este tercer grupo me resultaba más familiar, puesto que en Serbia tuvimos un problema parecido. Las dictaduras y las drogas suelen ir de la mano: sin esperanza, la gente se conforma con cualquier cosa. En las Maldivas, además, la situación era más enrevesada porque las mismas autoridades, eso se decía, eran las encargadas de distribuir heroína en las cárceles para convertir a los detenidos en yonquis dóciles y leales fáciles de obligar a hacer el «trabajo sucio» del régimen. En resumen, cualquiera que se opusiera a Gayoom, fuera disidente, islamista o yonqui, tenía prácticamente garantizada la desconfianza de la mayoría de los habitantes.

Como es lógico, los únicos que tenían alguna posibilidad real de propiciar un cambio positivo eran los instruidos disidentes, pero para lograrlo tenían que tener algún plan. Tenían claro que no querían aliarse con los islamistas, lo cual estaba muy bien, y tampoco se veían marchando por las calles de Malé en compañía de los yonquis, lo cual parecía bastante sensato. Entonces, ¿con quiénes podían contar? ¿Qué intereses podían compartir los disidentes con la población? No se les ocurría ninguno, pero había una cosa de la que estaban seguros: cualquier maldivo sería capaz de inmolarsse por el arroz con leche. No parece una causa digna de interés para un joven movimiento prodemocrático, pero, a veces, hay que jugar con las cartas que te tocan.

Esto suena ridículo, pero no lo es si se sabe cuán popular es el arroz con leche en las Maldivas. Para sus habitantes, el *pirini* es casi una obsesión nacional, como el vodka para los rusos o la pasta para los italianos; el arroz con leche es un alimento básico que comparten ciudadanos de toda condición. Por eso, cuando en Malé se corrió la voz de que en breve se organizaría una comida al aire libre para distribuir arroz con leche, cientos de curiosos decidieron que no se la perderían por nada del mundo. En un lugar tan aburrido como Malé, aquello prometía ser el acontecimiento más importante del año.

Al caer la tarde, de todos los rincones de la ciudad los enjambres de motos se dirigieron a la playa buscando la brisa vespertina y, claro está, un tazón gratuito de *pirini*. Las calles próximas a la playa no tardaron en sufrir atascos, y en la misma playa había ya congregadas decenas de personas disfrutando del frescor de la tarde y empuñando platos desechables con montañas de arroz con leche. También estaban allí los líderes de la disidencia, prodigando sonrisas y generosas raciones de *pirini* y estrechando la mano a mecánicos de barco, músicos y empleados de complejos turísticos, atraídos por la comilona. A ratos parecía que toda la ciudad de Malé se hubiera desplazado a la playa; hasta podía verse un grupito de mujeres con velo curioseando entre los comensales. Hasta que llegó la policía maldiva, con su ridículo uniforme de camuflaje azul, a incautar la comida y a dispersar el gentío (en Maldivas, las concentraciones multitudinarias están prohibidas por la ley). Pero mientras veían cómo los matones de Gayoom retiraban las cubas de *pirini* y las subían a la parte trasera de los vehículos de la policía, los activistas comprendieron que habían dado al fin con el formato ideal para sus actividades. Desde ese momento, las islas acogieron festivales de *pirini* en los que la gente aprovechaba para reunirse a hablar y a generar o fortalecer lazos. Con el tiempo, ese popular postre se convirtió en sinónimo de oposición y disidencia, en un símbolo tan emblemático para los maldivos como lo había sido el puño para los serbios.

Pero las revoluciones no se ganan solamente a punta de arroz con leche. Mientras los disidentes, además de crear un símbolo para su movimiento, sensibilizaban a la población y ayudaban a la gente a tomar conciencia, Gayoom contaba con el apoyo efectivo de las principales instituciones de las Maldivas. Era poco probable que una

mayoría de la población se animara a votar a un grupito de advenedizos pretenciosos (todos ellos formados en el extranjero) para agradecerles un tazón de pirini... Por lo demás, las ideas políticas de los disidentes, todo aquello de los derechos humanos y la libertad de expresión, eran importadas de Occidente y resultaban atractivas para una ridícula minoría de maldivos. ¿Qué podrían hacer, se preguntaban los disidentes, para canalizar el interés que habían logrado despertar con sus festivales de pirini y transformarlo en una fuente de poder político?

Como sucede a veces con las grandes revelaciones, la respuesta la hallaron en el cine.

En 2002, un director llamado Steve York realizó un documental sobre la campaña de Otpor! Con el título *La caída de un dictador*, la película, narrada por Martin Sheen, fue estrenada en el canal público estadounidense y posteriormente distribuida en soporte DVD. El caso es que algunas copias llegaron a las Maldivas, fueron traducidas al divehi y mostradas en proyecciones secretas. En aquellas improvisadas sesiones al aire libre, los activistas maldivos descubrieron, bajo el cielo estrellado de las islas, cómo cinco años antes un grupo de jóvenes serbios habíamos conseguido derrocar el régimen de Milošević utilizando sólo medios pacíficos.

La primera vez que tuve ocasión de contactar con dos de aquellos espectadores maldivos de *La caída de un dictador* fue en una de esas aburridas conferencias de oenegés, la celebrada en Nantes (difícil imaginar mayor contraste que el ofrecido entre esta ciudad francesa y las playas tropicales del océano Índico). Los maldivos, que habían viajado a Francia por otras razones, al finalizar una charla en la que había participado, se acercaron a mí. Todavía puedo verme con una taza de café rancio en la mano y una de esas ridículas etiquetas plastificadas con mi nombre, cuando aquellos dos tipos tan extraños vinieron hacia mí a darme un buen apretón de manos. Tenía el cerebro tan hecho papilla tras dos días de interminables discusiones sobre desarrollo internacional que cuando los maldivos me dijeron que yo era una celebridad en su país, no tuve la más remota idea de lo que querían decir. Pero esto es lo de menos. Cuando me contaron sus espeluznantes historias sobre cárceles en la playa y un tío aterrador llamado Gayoom, comprendí que teníamos mucho en común y que conocía a la persona más indicada para ellos.

Como muchos maldivos, mis dos nuevos amigos eran tan bajitos que apenas me llegaban a las costillas. Y mi querido amigo Slobodan Djinovic es aún más alto que yo, grande a lo alto y a lo ancho, y con aquel pelo cortado a cepillo que llevaba parecía un general del ejército. Quien supiera que había desempeñado un papel fundamental en la revolución serbia, lo primero que habría pensado era que se trataba de uno de aquellos temibles comandantes de la policía secreta de Milošević. Y estaría equivocado, porque Slobodan era uno de los nuestros. De hecho, uno de los mejores de Otpor!, un brillante estratega con extraordinarias dotes de organización. Les hablé de él a los diminutos maldivos y les aseguré que Slobodan estaría encantado de viajar a Malé a entrevistarse con ellos personalmente y a echarles una mano.

Slobodan y yo habíamos trabajado juntos desde 2003 en una organización que los dos fundamos, el CANVAS (Centro para la Aplicación de Acciones Estratégicas de No Violencia), dedicada a la difusión del ideario del activismo pacífico en todo el mundo. La petición de ayuda de los maldivos era de las que enamoraban a Slobodan, así que pocos días después del encuentro en Nantes volaba en avión rumbo al paraíso.

Desde que puso un pie en Malé, los activistas se portaron con Slobodan como perfectos cicerones, organizando para él encuentros clandestinos en cafés y en la playa. En una ocasión, metieron la enorme humanidad de Slobodan en la caja de cartón más grande que consiguieron encontrar para poder introducirlo en el domicilio de Mohammed Nasheed, un destacado periodista y activista condenado a arresto domiciliario. Además de brillante, Nasheed era un trabajador infatigable y un talentoso y apasionado activista político. Considerado una amenaza por el régimen de Gayoom, lo arrestaban cada vez que podían o lo obligaban a refugiarse en otros países. Slobodan se reunió con muchos maldivos y todos le contaron las mismas historias sobre Gayoom, las incipientes protestas y los festivales de pirini. Todos salvo uno de los organizadores de la disidencia, más interesado en hacer preguntas que en contestar las de Slobodan, y que le formuló la siguiente: «¿Qué le falta al movimiento prodemocracia?».

Slobodan no tuvo que darle muchas vueltas.

—Una pieza importantísima —dijo el gigantón serbio—. Una visión. Los festivales de pirini molan, son populares y demás, pero no basta con organizar fiestas. Puedes irte de juerga todos los días, pero ¿qué te queda después? Como mucho, una resaca. Si de verdad queréis cambiar el mundo, tendréis que dotaros de eso que en el mundo de los negocios llaman una «visión de futuro». En Estados Unidos —continuó Slobodan— tienen la Declaración de Independencia, un documento que sirvió para que los revolucionarios anunciaran al mundo cómo querían que fuesen las bases de una sociedad democrática. En África del Sur, el Congreso Nacional Africano tuvo algo parecido, la Carta de Libertad. Pero aquí, en las Maldivas, ¿qué tienen los disidentes? Sólo fiestas de pirini.

El activista maldivo que había hecho la pregunta parecía consternado. Habían trabajado tanto, él y sus amigos, y ahora resultaba que descubrían que ni siquiera tenían la herramienta más básica de todas. Slobodan trató de animarlo. Aunque fuera cierto que los maldivos no tenían nada parecido a una visión de futuro, eso no quería decir que estuvieran condenados a no elaborar la más útil para su movimiento. Y, además, tampoco tenía por qué ser una tarea laboriosa.

Slobodan había quedado en ahondar más en esta cuestión, cuando los espías de Gayoom que le hacían seguimiento le «aconsejaron» que saliera del país. Tampoco importó demasiado, porque meses después un equipo de CANVAS se trasladó a Sri Lanka. Allí organizamos, en una playa desierta cerca de Hikaduwa, una sesión de formación para un nutrido grupo de disidentes maldivos. Y una de las primeras cosas que hicimos fue ayudarlos a elaborar esa pieza que les faltaba.

Comenzamos informando a los maldivos de que, aun bajo la dictadura de Slobodan Milošević, los serbios habíamos tenido la relativa fortuna de intuir rápidamente lo que sería nuestra visión de futuro porque teníamos una experiencia previa: los serbios habíamos vivido una realidad muy parecida bajo el régimen de nuestro anterior gobernante, el mariscal Tito de Yugoslavia. Éste era un líder comunista, sí, pero también había sido algo más que una mera nota a pie de página en el melodrama de la Guerra Fría porque Tito, les dijimos, como Frank Sinatra, hacía las cosas a su manera. Era un dirigente complejo y lleno de matices, con aquella personalidad suya se ganó el respeto de muchos, incluso el nuestro, el de los jóvenes estudiantes y activistas democráticos. Bajo su régimen podíamos viajar por todo el mundo. Es verdad que no nos dejaban votar a nuestros dirigentes políticos y que no sabíamos lo que era la auténtica libertad, pero Tito nos garantizaba el acceso a la mejor música y cultura del mundo. Incluso tuvimos, en 1966, nuestra versión comunista de *Rolling Stone*: la revista *Jukebox*, en cuyas portadas solían aparecer estrellas de rock como Mick Jagger. En 1969, el musical antibélico *Hair* se estrenó en Belgrado antes que en Berlín o en París. En los países occidentales, los temas de este musical y el hecho de que los actores se desnudaran en escena levantaron protestas entre una parte del público, pero en la Yugoslavia comunista la reacción fue muy distinta. El musical causó sensación en Belgrado y hasta el mismo mariscal supuestamente quedó tan encantado con *Hair* que en la Nochevieja de 1970 organizó una fiesta en la que se animó a cantar junto con la *troupe* de seudojipis de San Francisco. Cuando nuestro galante dictador subió al escenario y cantó a todo pulmón «Let the Sunshine In», los invitados debieron de pensar que el nuestro no era un autócrata al uso. Después de todo, nuestro dirigente se las ingenió para que Richard Burton interpretara, en 1973, nada menos que el papel del mariscal Tito en una superproducción de Hollywood. Y esa actitud liberal que tuvo con las artes fue la razón de que el sello discográfico oficial del país, Jugoton, se convirtiera en la única compañía musical del bloque del Este capaz de sacar al mercado discos de artistas como los Beatles, David Bowie, Kraftwerk, Whitesnake o Deep Purple. Mis amigos y yo, jóvenes en los años ochenta, consumíamos tanta música extraordinaria de todo el mundo que apenas éramos conscientes de vivir en una dictadura.

Todo eso cambió de repente. Tras la muerte de Tito y la caída de la Unión Soviética, Yugoslavia se fracturó en pequeños estados. Serbia cayó en manos de Slobodan Milošević y sus matones en 1989, y abandonó la política internacional de Tito para abrazar el nacionalismo más xenófobo. Quienes fuimos formados en el espíritu de fraternidad y amistad entre serbios, croatas, bosnios, macedonios, eslovenos y montenegrinos recibimos con estupor e indignación el nuevo credo de las autoridades difundido por la maquinaria propagandística: nuestros vecinos eran unos malvados y, en el mundo entero, sólo lo auténticamente serbio era un compendio de virtudes inmarcesibles. Todos nuestros problemas se solucionarían, al parecer, matando a nuestros vecinos y deshaciéndonos de nuestros discos Jugoton con música extranjera.

En poco tiempo, los grupos extranjeros se vieron con malos ojos y tuvimos que conformarnos con el espantoso género del «turbo folk»: cancioncillas kumbayá tuneadas con tecno de alto octanaje, mezcla de la peor música country imaginable y los golpetazos sordos que se oyen y sienten al pasar delante de una disco cutre. Sólo sintonizando radios independientes (como B92 en Belgrado) podíamos librarnos de lo único que se escuchaba en las ondas serbias: turbo folk y arengas guerreras. Aquello era deprimente. Por eso, cuando creamos Otpor!, tuvimos facilísimo definir el futuro donde queríamos vivir.

La expresión «visión de futuro» recuerda uno de esos rótulos que acompañan las aburridas presentaciones de empresas en PowerPoint, pero no tiene por qué ser tedioso ni excesivamente técnico. Para nosotros era algo mucho más simple y cargado de sentido: queríamos vivir en un país normal con música enrollada. Nada más. Queríamos una Serbia abierta al mundo, como lo había sido bajo el régimen de Tito. Queríamos el fin de los conflictos étnicos, la vuelta a la normalidad y a las buenas relaciones con nuestros vecinos y una democracia que funcionara bien. Ésa era la visión de futuro que tenía Otpor! para Serbia.

Por fortuna para nosotros, aunque los serbios nunca pudieron participar en unos comicios de verdad durante la dictadura de Tito, al menos sí sabían qué significaba formar parte del mundo. La visión que proponía Otpor! no podía parecerles inalcanzable y absurda porque ya habíamos vivido algo parecido. Los activistas maldivos, en cambio, no tenían tanta suerte. Gayoom gobernaba desde hacía décadas y era inconcebible que el habitante medio de su país fuera capaz de imaginar un modo de vida alternativo. En suma, la oposición disidente iba a tener que empezar de cero. Para elaborar una visión de futuro capaz de seducir a sus conciudadanos, lo primero que debían hacer era averiguar en qué tipo de país querría vivir la mayoría de los maldivos.

El caso es que ahí estábamos dos gigantes serbios y una panda de hobbits de las Maldivas urdiendo planes para el futuro de su país en una playa desierta cerca de Hikaduwa, en Sri Lanka. Decidimos que el mejor lugar para la sesión de formación sería un espacio al aire libre lejos de los espías de Gayoon y, hartos de la luz de neón de los cochambrosos salones de actos de hoteles de dos estrellas donde solían desarrollarse nuestros seminarios, agradecimos muchísimo la brisa del mar y las palmeras. Pedimos a los maldivos que formaran varios grupos para una actividad teatral. Durante aproximadamente una hora, dejarían de ser activistas con estudios en Londres o París para convertirse en ciudadanos medios. Dos o tres maldivos se ofrecieron para desempeñarse como líderes empresariales y propietarios de hoteles, otros tantos representarían a viejos habitantes de las islas, otro grupo estaría formado por expatriados a la India y otros países, incluso se decidió que uno de ellos actuaría como miembro de la policía y las fuerzas de seguridad. Esos grupos representaban sectores importantes de la sociedad maldiva.

A continuación, mi colega Sinisa se dirigió a los participantes preguntando a cada uno qué creía que era lo más importante para el sector de la población que representaba. El encargado de interpretar al policía, por ejemplo, dijo que necesitaba sentirse respetado y cobrar puntualmente, además de que en el país imperaran el orden y la estabilidad. ¿Acaso eso, preguntamos a los maldivos, puede formar parte de la visión de futuro que quieren ofrecer a los maldivos? ¿Que las personas reciban el reconocimiento que merecen, que cobren el sueldo el primer día del mes, que puedan sentirse seguros al caminar por las calles de su ciudad? Desde luego que sí, ésa fue la respuesta de los disidentes. ¿En qué lugar del mundo renunciaría la gente a esas cosas? Bueno, si era así, les dije, no les costaría mucho convencer a los policías de sumarse a su causa... a condición, eso sí, de que la visión de futuro del grupo abordara concretamente las demandas de los policías. A algunos activistas no pareció hacerles mucha gracia la idea de trabajar con tan denostado colectivo, pero les contamos el caso de Zoran Djindjic, un simpatizante de Otpor! que acabó siendo el primer ministro de la Serbia posrevolucionaria. Cuando luchábamos contra Milošević y los polis nos daban palizas y nos metían en la cárcel, Djindjic siempre nos recordaba a los más jóvenes que los policías sólo son hombres vestidos de policías y que no tenía ningún sentido pelearse con ellos. También decía que si hablábamos con un policía como si fuera uno más de nosotros, quizás acabaría pensando que era como nosotros. Y tenía razón.

La idea que queríamos trasladar a nuestros nuevos amigos era que a la disidencia no debía bastarle con luchar por sus derechos y libertades. Para alcanzar sus metas tendrían que escuchar atentamente a las personas para descubrir cuáles eran sus verdaderas aspiraciones a fin de incorporarlas después en la visión de futuro del movimiento. En cualquier sociedad, quienes se arriesgan a participar en un movimiento de esta índole suelen hacerlo cuando la causa les parece importante por motivos personales. Por esta razón, saber exactamente qué quiere la gente es fundamental.

Y lo más sorprendente es lo siguiente: siempre que hemos llevado a cabo este ejercicio y pedido a los activistas que se pongan en la piel de sus compatriotas y traten de imaginar qué es lo más importante para ellos, nadie nos ha dicho que sean los derechos civiles o la libertad de culto o el derecho de reunión y manifestación. En lugar de estos grandes ideales, los maldivos, los sirios, los serbios, todos sin excepción, prefieren las pequeñas cosas de la vida. Quieren respeto y dignidad, que sus familias disfruten de seguridad, quieren un salario decente y un trabajo también decente. Eso es todo. Nunca los grandes objetivos generales. Y, sin embargo, los disidentes casi siempre olvidan que lo que mueve a la gente es precisamente lo trivial y prosaico. Impetuosos y leídos, los alevines de revolucionarios repiten frases grandilocuentes pronunciadas por sus líderes históricos o apelan a ideales abstractos de libertad y olvidan que a quien tienen que convencer puede ser un tendero con ideas, creencias y necesidades mucho más elementales.

De modo que para descubrir qué querían realmente los maldivos, poco antes de las primeras elecciones celebradas tras la catástrofe del tsunami, uno de nuestros aprendices, Imran Zahir, cogió una barca y se fue a recorrer los atolones más lejanos de las Maldivas. Imran siempre ha tenido don de gentes y debe de ser la persona con más amigos en todo Malé. La razón es así de simple: cuando alguien habla, él escucha. Siempre presta atención a la gente, a todo lo demás también. Un día, después de echar amarras y vadear hasta una isla apenas habitada por medio centenar de personas, de pronto comprendió lo que pasaba. Todas las pequeñas islas que había visitado tenían un común denominador: en todas, siempre veía las mismas estatuas humanas. Viejos maldivos sentados a orillas del océano que pasaban el día entero escrutando el horizonte. Parecía que estaban, añadía Imran, en estado catatónico. Y lo que de pronto comprendió es que a eso se reducía la vida en esas islas remotas, tan lejos de las dádivas de Gayoom, en lugares donde nunca llegaba la lluvia de dólares de los turistas y sus habitantes quedaban al margen de sobornos y prebendas oficiales. En una economía disfuncional como la de las Maldivas, en la que tener un trabajo con un sueldo decente es prácticamente imposible sin poderosos enchufes, esos ancianos de las islas encarnaban el fracaso del sistema. Sin dinero, trabajo ni esperanza, a esos maldivos, para cuya subsistencia contaban con la ayuda de hijos y nietos subempleados, sólo les quedaba sentarse en la playa y contemplar el vacío. Era angustiante ver a aquellos ancianos inertes, pero a Imran aquella estampa le dio una idea. ¿Y si la oposición incluyera entre sus reivindicaciones pensiones para ancianos y sanidad pública universal? ¿Acaso no es eso lo que necesitan las estatuas humanas para salir de su estado de postración? De acuerdo, repartir pensiones no puede nunca competir con denunciar torturas o censura a la hora de llamar la atención de los medios o de Amnistía Internacional, pero si prometes a personas de avanzada edad que podrán contar con algún tipo de ayuda, notarás un cambio en los resultados de las siguientes elecciones.

Quizás Imran no fuera consciente de ello, pero acababa de hacer un gran descubrimiento y, para hacerlo, le había bastado estar muy atento a lo que veía a su alrededor. Las personas mayores siempre han sido un factor de éxito en campañas no violentas. Para empezar, disponen de mucho tiempo libre y no hay nadie como ellas para dedicarlo a sus nietos. En Serbia, durante tres meses del gélido invierno de 1996, los estudiantes salimos a la calle a manifestarnos casi a diario. Mi abuela Branka era entonces una septuagenaria y, como es lógico, no salía a marchar con nosotros (si hubiera insistido, tampoco la hubiésemos dejado porque era muy frágil de salud), pero lo que sí hizo, Dios la bendiga, fue apoyar nuestra protesta golpeando cacerolas desde una ventana durante horas. Como además cocinaba los dulces bosnios más deliciosos del universo, los estudiantes que participaban en las marchas tenían siempre algo que comer. Y no fue sólo ella: hubo cientos, miles de abuelitas, un ejército de voluntarias en excedencia, que fueron de vital ayuda para el movimiento Otpor! Cocinaban tartas y preparaban té y nos servían vino, y de este modo permitieron que toda una generación

de agitadores conserváramos las fuerzas durante las agotadoras semanas de ocupación de calles y marchas interminables. Se implicaron de ese modo porque el movimiento representaba algo muy importante para ellas. Milošević no prestó nunca mucha atención que digamos a las abuelitas, pero nosotros sí que lo hicimos.



Niño moscovita en mayo de 2012 (Julia Ioffe).

El caso es que la idea que tuvo Imran (prometer pensiones y asistencia sanitaria a las personas mayores) podía servir para convencer a importantes sectores de la sociedad maldiva de que apoyasen a la disidencia. Más adelante, Imran y sus compañeros consiguieron hacerse con aliados imprevistos sirviéndose de la misma fórmula. Por ejemplo, prometieron acabar con la corrupción rampante de Gayoom y utilizar el dinero ahorrado (estimado en unos trescientos cincuenta millones de dólares) en ofrecer a la población viviendas asequibles y programas sociales y construir nuevos embarcaderos. Ésta era su visión de futuro: un país competente que tuviera en cuenta las necesidades de sus habitantes. Pero tener clara esa visión es apenas el primer paso que debe dar una

acción no violenta. Queda pendiente el espinoso asunto de los pilares del poder. Y, para que una campaña no violenta tenga posibilidades de éxito, lo primero es averiguar cuáles son esos pilares en cada sociedad.

## LOS TODOPODEROSOS PILARES DEL PODER

Cuando estás comenzando una revolución, resulta difícil organizar un viaje.

Tras recibir la llamada de unos activistas sirios urgentemente necesitados de buenas dosis de acción no violenta para su ensangrentado país, mi principal preocupación fue decidir un lugar de encuentro. Si reservaba habitaciones en el Sheraton de Damasco, la policía secreta nos detendría antes de llegar a abrir el minibar, así que pensé que lo mejor sería invitar a mis amigos sirios a Belgrado, como había hecho con los egipcios, pero desgraciadamente de por esas fechas a Bashar al-Asad le había dado por arremeter contra «agentes serbios» infiltrados en Oriente Medio, lo que quería decir que un pasaporte sirio con sello de entrada a Serbia equivalía a una sentencia de muerte. Otra posibilidad era quedar en Turquía, pero también eso era riesgoso. Desde la Primavera Árabe, Estambul era un hervidero de espías despachados por los dictadores de la región a la capital turca, convertida en una versión actualizada de la película *Casablanca*. No había manera de ir tranquilamente del Gran Bazar a la Mezquita Azul sin que alguno de los innumerables vendedores de armas atraídos allí por aquel ambientazo intentara venderte unos cuantos AK-47 o cualquier otro fusil de asalto. Los traficantes de armas son una plaga más temible aún que los chiquillos limpiabotas a orillas del Bósforo y lo último que quería era verme en el trance de explicar a los sirios la importancia de las acciones no violentas mientras un sudoroso libio en chándal intentaba venderles un par de misiles antitanque.



Los pilares del poder yemení (2011; Khaled Abdullah Ali al-Mahdi, Reuters).

A falta de mejores opciones, acabamos reuniéndonos en un hotel de tres estrellas de un pueblo cualquiera de un país neutral del Mediterráneo a orillas de una playa sin nombre. En ese rincón del mundo abundan los idílicos pueblecitos de pescadores a la sombra de imponentes montañas, pero al que fuimos a parar no era uno de ellos. Un aparcamiento y una gasolinera se interponían entre nuestro hotel y un paseo marítimo salpicado de vendedores de globos y puestos de carne a la brasa. La primera noche la pasé en vela por culpa de una pandilla de ingleses borrachos que hasta el amanecer no pararon de berrear los himnos de sus equipos de fútbol. El desayuno no resultó ser más tranquilo: hubo que luchar por hacerse un hueco delante del bufé entre las hordas de turistas rusos de un viaje organizado. No hacía falta fijarse en los salvavidas inflables que se vendían en el vestíbulo para deducir que aquello no era Montecarlo, pero sí era el lugar perfecto para mis planes. Al menos allí, protegidos por el tedio de un rincón tan olvidado de la mano de Dios que ni los omnipresentes agentes de Al-Asad pensarían en vigilar, podríamos teorizar estrategias lejos de miradas curiosas y sin muchas distracciones.

Pese a la reconfortante ausencia de espías en nuestro hotel, me oía que formar a aquellos activistas sirios no sería coser y cantar. Siempre es difícil convencer a la gente de que la acción no violenta es el mejor método para derrocar una dictadura, pero el excepcional salvajismo del presidente sirio ponía aún más difícil que sus compatriotas comprendieran las bondades de la resistencia pacífica. Y no seré yo quien se lo reproche: ¿cómo venderle a alguien la estrategia de la no violencia cuando la policía de Homs acaba de masacrar a uno de sus familiares? Y la horrible noticia de que la milicia del Gobierno acababa de destripar a un grupo de niños no contribuía a que mis amigos pudieran llegar a considerar siquiera la posibilidad de enfrentarse pacíficamente a los esbirros de Al-Asad.

Pero había más. La resistencia siria estaba completamente desorganizada. Antes de estar medianamente preparados, se habían subido al carro de la revolución con marchas pacíficas, y yo no los culpaba de ello. El bombardeo de imágenes de la Primavera Árabe que movilizó a millones de ciudadanos en la región los llevó a pensar que sería posible y relativamente fácil derrocar a Al-Asad, que bastaría con unas decenas de miles de jóvenes entusiastas marchando por las calles de Damasco con el puño en alto para que su dictador cayera, así, sin más, como habían caído Mubarak en Egipto y Ben Alí en Túnez. Como les había sucedido a los líderes del movimiento Ocupa Wall Street estadounidense, la aparente sencillez de las revoluciones de Egipto y similares llevó a engaño a los sirios. No eran conscientes de todo el trabajo que los revolucionarios egipcios formados por CANVAS en Belgrado habían estado haciendo desde hacía mucho tiempo, ni de que llevaban dos años sumando pequeñas victorias, trabajando para construir coaliciones y dando a conocer su movimiento antes de salir a batirse el cobre en la plaza Tahrir. Las revoluciones de verdad no son explosiones repentinas, sino incendios controlados durante largo tiempo. Por desgracia, los sirios se habían lanzado de golpe a la piscina y, en medio del baño de sangre y destrucción ordenado por Al-Asad, los opositores al régimen buscaban ansiosos un discurso unitario. Difícil concebir una situación más peligrosa. Y a punto de acabar el desayuno y empezar la primera sesión, el equipo de CANVAS seguía sin tener la más remota idea de lo que convenía decir a los sirios.

Eran las nueve de la mañana cuando los primeros entraron en el salón de actos del hotel. Me sorprendió verlos llegar tan temprano. Los árabes casi siempre tardan horas en presentarse a una reunión, pero esa vez ya se habían formado grupitos en la terraza. Fumaban el primer cigarrillo del día, preparándose para la semana de trabajo que teníamos por delante mientras contemplaban la playa, que a esas horas ya comenzaba a animarse: los bañistas más tempraneros se hacían con los mejores sitios en la arena, tres chiquillos regaban con una manguera el patio aledaño al quiosco de sus padres. El salón de actos se iba llenando de activistas matando el tiempo antes del inicio de la sesión. Uno de ellos dibujaba en un cuaderno banderas de grupos revolucionarios, otro perfilaba una viñeta que mostraba un Al-Asad vencido y una leyenda en árabe que

jamás podría publicar nadie bajo el cuerpo destrozado del dictador. En una esquina, otro grupo aguardaba pacientemente su turno junto a una máquina de café instantáneo, con la mirada puesta en el chorro de Nescafé que caía en los vasos de plástico.

Cuando todos ocuparon su puesto y cerramos las puertas del salón, pudimos observar al grupo entero por primera vez. Eran diecisiete y ninguno tenía más de treinta y cinco años. Vestían camiseta y vaqueros con los desgarrones que parecen estar de moda. A primera vista, ninguno parecía religioso. Había incluso una joven con un *top* que dejaba al descubierto sus hombros, un atrevimiento que no habíamos visto al trabajar con egipcios, ni siquiera con los tunecinos, hacía años. Los hombres con barba la llevaban corta y cuidada, parecida a la barba que lucía Turtle en la serie *El séquito*. Quien no supiera de qué iba aquello, podría pensar que se trataba un grupo de aplicados estudiantes de algún *college* estadounidense decididos a aprovechar académicamente sus vacaciones asistiendo a un curso sobre geopolítica mundial. Mientras esperábamos que se acallaran los murmullos, de pronto supe cuál sería nuestro principal problema esa semana. Los hombres y mujeres que tenía delante podían parecerse mucho, pero bastaba con fijarse un poco para descubrir decenas de rasgos diferenciales. La chica del top, por ejemplo, no podía sino ser de Damasco, Alepo u otra gran ciudad. Llevaba las uñas perfectas y un bolso de marca. Hablaba un inglés fluido, señal de haber recibido una buena educación. A su izquierda, dos sillas más allá, se había sentado un hombre fornido y de poca estatura. Por su espalda encorvada y sus manos cuarteadas cabía suponer que desempeñaba algún trabajo manual pesado, suposición quizá confirmada por las sandalias de tiras de cuero trenzado que llevaba y que suelen llevar los campesinos. Un urbanita jamás calzaría nada parecido. ¿Cómo podríamos poner a trabajar juntos a un labriego y a una mujer de *Sexo en Nueva York*? Esta pregunta es la primera que deben responder los organizadores de un movimiento desde la base. Si lo que estas personas querían era sacar a Al-Asad del Gobierno, no podían apoyarse sólo en jóvenes acomodados, tampoco solamente en los pobres o marginales. La experiencia con los egipcios y los maldivos nos había enseñado que las revoluciones arrancan de verdad cuando dos o más grupos sin nada en común deciden sumar esfuerzos en beneficio mutuo. Y ése era el reto. Por muy capaz que sea de proponer una estrategia para lograr un cambio democrático de régimen, sé que no soy un terapeuta, y no veía el modo de conseguir que las personas sentadas en aquel salón de actos aprendieran a confiar unas en otras. Sin darle más vueltas, respiré hondo y comencé a hablar.

—Quiero agradeceros vuestra presencia hoy aquí. ¿Estáis todos?

Los sirios soltaron los vasos de plástico y se pusieron los audífonos. Nuestro traductor jordano repitió mi pregunta en árabe.

—No, todos no —fue la respuesta de uno de los sirios, un tipo alto de frente abultada.

Aquel hombre resultó ser un contrabandista que se había sumado a la resistencia pacífica y se dedicaba a sacar activistas clandestinamente del país. En algunos casos,

facilitaba los documentos necesarios para poder cruzar la frontera y refugiarse en territorios menos hostiles, pero también había metido a personas con identidades falsas en aviones con rutas que incluían transbordos en países neutrales.

—Faltan tres —explicó—. A una la mataron hace dos días, la otra fue detenida cuando trataba de salir del país. El tercero advirtió que la policía estaba siguiéndolo y decidió quedarse allí. Desde entonces no sabemos nada de él.

Agradecí la información al contrabandista y pedí que fueran presentándose. El primero en hacerlo fue un bailarín de danza clásica profesional. Vivía en Damasco y, hasta que estallara la revolución, no había hecho otra cosa que ensayar de día y ver series de televisión de noche. *Cómo conocí a vuestra madre* y *Friends*, aclaró. Deseaba que Siria volviera a ser un país normal, su visión de futuro se parecía bastante a una comedia televisiva. Sí, reconocía que en Siria se había desatado una guerra civil, pero él seguía creyendo en la resistencia pacífica.

Y si esa creencia suya casaba con el aspecto inofensivo del bailarín, dos filas más abajo estaba sentada una joven atractiva que no parecía compartir su talante moderado. Unas gafas de sol ocultaban su mirada. Con gesto arrogante, dijo sin rodeos que ella, a diferencia del bailarín, no creía que la resistencia no violenta bastara para derrocar a un tipo como Al-Asad, un dictador que sólo mediante un baño de sangre sería posible desalojar del poder. Aquella joven era estudiante en un pequeño pueblo del norte y se había sumado a la lucha porque con el régimen de Al-Asad no veía futuro alguno para ella. Prefería la oposición política a la violencia, pero la realidad de su país era tan difícil que le parecía imposible cambiar las cosas sin que hubiera derramamiento de sangre. Me decepcionó su postura, pero como yo no estaba allí para discutir con quienes habían arriesgado su vida para venir a oír lo que yo tuviera que decirles, asentí con la cabeza y me dispuse a escuchar las presentaciones de otros miembros del grupo: un obrero, un vendedor de seguros, una joven viuda y un adolescente en paro. Sí, todos eran muy diferentes, pero tenían algo en común: ninguno era un revolucionario. Hasta hacía poco más de un año, ninguno había manifestado el menor interés por la política. Nadie en aquel salón de actos se había definido como marxista, nacionalista ni nada semejante terminado en -ista. Al preguntarles qué tipo de país querían que fuera Siria, todos dijeron lo mismo: un país «normal». En otras palabras, todos ellos eran buenas personas amargadas por la falta de oportunidades de la sociedad en la que vivían y resentidas por creer que las habían despojado injustamente de su futuro. El activista que más enérgicamente protestó por esta razón era médico en Latakia. Vestía vaqueros y cazadora amarilla y lucía una delgada cadena de oro. Nos contó que era un buen médico, con muchos años de experiencia a sus espaldas. Si viviera en Nueva Jersey, dijo, como algunos de sus primos lejanos, no le cabía duda de que ya sería un «multitriunfador». No capté de inmediato que quería decir multimillonario. En cambio, en Siria, a veces le costaba alimentar a su familia. Y se avergonzaba al pensar que con la formación, el nivel y las aptitudes que tenía no podía mantener a los suyos.

Por eso había decidido que Al-Asad, presidente de un sistema corrupto incapaz de ofrecer alternativas a profesionales como él, tenía que irse. Y para conseguirlo y liberar a su país confiaba en una mezcla de acción violenta y no violenta.

Cuando todos hubieron terminado de hablar, llegó mi turno. Encendí el ordenador y enchufé un par de cables. Mi colega Breza apagó las luces. En la oscuridad del salón pulsé un botón del ordenador.

—Del caos brota el conocimiento —dije.

Detrás de mí, en una gran pantalla, desfilaron imágenes de Serbia a finales de los noventa. Como en Belgrado con los egipcios, quería que los sirios comprendieran nuestra experiencia. Vieron aparecer a Slobodan Milošević. Con aquella cara abotargada y aquel traje que le sentaba como un tiro, costaba creer el mal que había sido capaz de desatar sobre la faz de la Tierra. Les hablé a los sirios de las guerras de Milošević y les mostré una imagen de cadáveres de musulmanes bosnios lanzados como muñecos rotos a una fosa común. El doctor dijo en voz baja una palabrota. «Esto es Serbia», dije, y los sirios vieron desfilar una serie de fotografías hechas en Belgrado durante los tres meses que duró la intensa campaña de bombardeos de la fuerza aérea estadounidense mientras les describía los rincones más familiares de mi ciudad destrozados por las bombas que lanzaban todas las noches y les contaba cómo mi madre había estado a punto de morir en uno de aquellos bombardeos. «En aquel momento —les dije—, en Serbia no había ningún tipo de oposición organizada frente a Milošević y, hasta entonces, nadie había podido desalojarlo del poder, ni los países vecinos ni el poderío militar del imperio estadounidense.»

Me incliné sobre el portátil y pulsé otro botón. La imagen de un hombre esquelético, desnutrido, ocupó toda la pantalla.

—¿Reconocen a este personaje? —pregunté a los sirios.

—Gandhi —respondieron a coro.

Ésa era fácil. La siguiente fue una fotografía de Martin Luther King Jr. pronunciando el famoso discurso «Tengo un sueño» donde se ve al gran líder del movimiento por los derechos civiles saludar a la pacífica concentración de miles de manifestantes que lo habían acompañado en su marcha sobre Washington.

—¿Y alguien puede decirme quién es este otro?

Un ingeniero kurdo aventuró una respuesta inclinándose hacia delante:

—¿El libertador de los negros?

—Ha estado cerca. De momento —continué— olvidemos por ahora que estos dos hombres jamás tomaron las armas para defender su causa. Aun así, uno de ellos cambió para siempre las ideas sobre justicia social en su país y el otro consiguió nada menos que romper las cadenas del vasallaje imperial. Tampoco penséis, por ahora, en la superioridad moral de la resistencia pasiva. Ciñámonos a un punto de vista práctico.

Acto seguido presenté con dos palabras a mi compañero Slobodan, antes de invitarlo a subir al estrado.

—Para empezar —dijo Slobo—, y esto se aplica por igual a Milošević y a Al-Asad, la fuerza de estos individuos depende de su capacidad y su disposición para utilizar la violencia. Eso es lo que distingue a sus regímenes, ambos cuentan con ejércitos entrenados para ejercerla sin freno, así que lanzar una campaña violenta contra un dictador es ponerse, de entrada, en desventaja. Es pretender atacar al enemigo en su punto más fuerte. Si vuestro contrincante fuera, por ejemplo, David Beckham, lo último que querríais hacer es enfrentaros con él en un campo de fútbol. Mejor proponedle una partida de ajedrez. Intentar derrocar por las armas a un dictador es la manera más idiota de luchar contra su régimen.

»En segundo lugar, una campaña violenta sólo puede prosperar si quienes la llevan a cabo están en muy buena forma física, porque hace falta mucha fuerza para librar batalla en la calle, desplazar armamento pesado o manejar una ametralladora. Eso quiere decir que de vuestro movimiento quedarían excluidas todas aquellas personas que quizá sí estarían dispuestas a daros su apoyo, desde abuelitas hasta profesores y poetas. Ahora bien, resulta que para acabar con una dictadura es preciso construir una masa crítica, atraer a vuestro bando a la mayor cantidad de ciudadanos. Y esto es algo casi imposible de conseguir si se recurre a la violencia.

—Ustedes no lo comprenden —exclamó la estudiante de las gafas oscuras—. Al-Asad es muy poderoso. Siria no es Serbia, no somos europeos. Supongo que ya habréis visto lo que hacen con los niños...

Slobo asintió.

—Claro que sí, las diferencias son palmarias, pero todos los dictadores, añadió, se parecen en un punto muy importante.

—Que hay que matarlos a todos —soltó la estudiante.

La joven del top no podía más. Se puso de pie y, agitando los brazos, comenzó a hablar atropelladamente. El pobre traductor hacía lo que podía para seguirla, y por lo entrecortado de sus frases inferí que esa joven, la del top (más tarde me enteré de que se llamaba Sabeen), estaba leyéndole la cartilla a la estudiante. Su discurso era ofensivo, le decía, y gente como ella, obcecada con la idea de que todos los problemas se resuelven mediante la violencia, era responsable de la espantosa situación en la que se hallaba el mundo árabe. Antes de que aquel rifirrafe fuera a más, interrumpí a Sabeen para hacerle una pregunta.

—Vale —la atajé—, entonces, ¿a qué has venido aquí?

—A aprender cómo podemos derrocar a Al-Asad pacíficamente, no con una guerra —dijo en un inglés casi perfecto.

Sin duda había ido a una buena escuela y debía de pertenecer a una familia rica.

—Ya hemos sufrido suficientes guerras.

—Bien, pero ¿cómo pensáis ganar, si no es librando alguna? —pregunté—. ¿Pidiéndole a Al-Asad que se vaya? —Sobreponiéndome a mi natural incapacidad

histriónica, imposté un tono quejica y puse cara de mendigo suplicante—: Por favor, señor Al-Asad, le ruego que deje de asesinar, eso es muy feo...

El salón de actos estalló en carcajadas. Todos menos Sabeen, que no sabía dónde meterse. Sus compañeros se lo estaban pasando bomba, no sólo por mi pantomima, sino también por haberle bajado los humos.

—No lo comprendo —prosiguió Sabeen, desconcertada—. Tenía entendido que usted es un defensor de la no violencia, como Gandhi.

—Y así es, pero ser no violento no quiere decir que renuncies a luchar, sólo que has de luchar con otras herramientas, con otras armas.

No parecía convencida.

Había llegado la hora de impartir la primera lección del día.

—Supongo que habéis oído hablar de las sanciones.

—Claro —respondió el ingeniero kurdo—, pero eso nunca funciona. Todo está relacionado con el petróleo. Eso es lo único que le interesa a Estados Unidos.

Y entonces nos sometió a una interminable diatriba llena de idioteces conspiranoicas acerca de Israel y los arcanos de la geopolítica y la guerra en Irak. Aquello era un galimatías sin pies ni cabeza, pero al parecer el mensaje que quería transmitirnos era que importaba poco lo que los activistas hicieran o pudieran hacer, porque las sanciones económicas se jugaban en un tablero reservado a las grandes potencias, un tablero al que los ciudadanos normales y corrientes no tenían acceso. El grupo asentía con la cabeza. El dentista nos informó de que él había lanzado una campaña de cartas dirigidas al Congreso de Estados Unidos para que castigaran económicamente a Al-Asad, pero que no había servido de nada.

—No nos hicieron caso —resumió—. ¿Por qué iban a hacernos caso si no somos nadie?

—Quizá no te hicieran caso a ti —le dije—, pero tal vez sí le presten atención a Sabeen.

El grupo ahora sí estaba confundido, Sabeen no les iba a la zaga.

—¿Por qué iban a prestarme atención a mí si les dijera que dejen de comprar petróleo? —preguntó.

—¿Quién ha hablado aquí de petróleo? —respondí sonriendo—. Yo estaba pensando en los fantásticos hoteles que tenéis en vuestro país.

—No lo diré en serio...

—Ya lo creo que sí. ¿A que los hoteles de Damasco son fantásticos?

Sabeen asintió con la cabeza. Le pedí que mencionara los más exclusivos de la ciudad y fue nombrándolos. Cuando llegó al Four Seasons, la interrumpí.

—¡El Four Seasons! —exclamé—. Magnífica propuesta.

Y señalé al obrero fornido.

—Apuesto a que vas al Four Seasons a menudo, ¿verdad?

Una sonrisa cómplice le iluminó la cara mientras los demás reían.

—Vale —dije también sonriendo—. No es tu hotel favorito, pero sí es el hotel favorito de esas personas importantes que viajan por todo el mundo. Imaginad ahora que sois capaces de hacer que ese hotel cierre.

—Eso es imposible.

—No sé, eso depende de vosotros. A ver, ¿qué podría hacer que un viajero no quisiera hacer una reserva en ese hotel?

—¡El precio de la habitación! —dijo el granjero de las sandalias.

No era una mala respuesta.

Alguien alzó la mano. Se trataba de un joven estudiante deseoso de participar.

—¿Qué pasaría si alguien se colara en el hotel y deslizara por debajo de las puertas de las habitaciones fotografías de Alepo en ruinas por los bombardeos?

Se hizo el silencio.

—Pero eso es imposible —objetó otro con gravedad—. Seguro que hay cámaras de vigilancia en todos los rincones. Quien se atreviera a hacerlo sería arrestado y enviado a la cárcel de manera inmediata.

Aquello no era para tirar cohetes, pero los sirios iban por buen camino.

—¿Alguien en la sala sabe quién es el dueño del Four Seasons? —pregunté.

Nadie lo sabía.

—Yo tampoco —confesé—, pero apuesto a que tiene que ser alguien del entorno de Al-Asad. Probablemente Rami Makhoulf o alguien por el estilo. ¿No es primo de Al-Asad y uno de los pilares de la economía siria? En todo caso, no me cabe duda de que el propietario de un hotel tan prestigioso en el corazón de Damasco debe de ser una persona muy bien relacionada con el régimen y la cadena hotelera debe de estar encantada de haberlo fichado mientras el dinero siga llenando las arcas, pero ¿qué pasaría si se hiciera presión sobre la cadena para que le retiraran la franquicia?

—¿Y qué sentido tiene hacer eso? —preguntó Sabeen.

—Pues resulta que es más fácil lidiar con una cadena de hoteles que con un dictador como Al-Asad —respondió el médico—. Si se divulgan sus vínculos con familiares o amigos de un régimen brutal y la prensa se hace eco de ello, sus directivos comprenderán que ese tipo de publicidad no les conviene.

—En ese caso —continuó el estudiante—, ni siquiera haría falta colarse en el hotel. Bastaría con organizar protestas en Londres o París delante de otros hoteles de la misma cadena y alertar a periodistas y blogueros de su complicidad con el régimen.

—Y eso serviría de advertencia a otras empresas —añadió Sabeen.

—Exactamente —dije—. Las multinacionales que llevan años haciendo negocios con Al-Asad se lo pensarían dos veces y hasta tres antes de invertir en Siria. ¿Y quiénes se verían perjudicados?

—Los empresarios sirios —respondió Sabeen.

—Desde luego —confirmé— Y esos empresarios ¿a quién apoyan?

—Suelen apoyar a Al-Asad —contestó el estudiante mirando a Sabeen.

—¡Bingo! Así que en vez de escribir al Congreso estadounidense y discutir sobre petróleo o derechos humanos, ambos asuntos de mucho calado, bastará con centrarnos en un solo hotel con el objetivo de cerrarlo. Y, cuando lo hayamos conseguido, otros hoteles cerrarán también... y no creo que ver peligrar sus inversiones alegre a los socios de Al-Asad. ¿Cómo creéis que se lo tomarían?

—Fatal —dijo Sabeen.

—Desde luego. Y con razón. Y cuando analicen la situación quizá comprendan que hay vida más allá de Al-Asad y que les conviene estar preparados por si caen él y su régimen. Bueno, y qué más pasaría.

Silencio.

—A continuación —seguí—, las clases acomodadas y los enchufados del régimen verían disminuidos sus beneficios y ya no podrían transferirle tanto dinero al Gobierno, porque así funcionan los regímenes corruptos. Al-Asad le dice a su primo: «Te doy tantos monopolios y tantas empresas a cambio de un porcentaje». El primo se enriquece, le paga a Al-Asad y todos contentos. Todos, menos tú. Pero si el primo pierde el hotel, también pierde dinero y le cuesta pagar las mordidas de Al-Asad. ¿Y qué pasa entonces?

—Que su mujer ya no tiene tanto dinero para gastárselo en tiendas de lujo en Europa —bromeó el médico.

—Sin duda —dije—, pero también habrá menos dinero para comprar bombas y municiones con las que mataros a todos vosotros. Las armas no son baratas y el régimen necesita muchísimo dinero para comprarlas, pero nosotros sabemos cómo cortarle el grifo.

Antes de proponerles un juego, esperé un rato para que asimilaran aquella idea. Debían formar tres grupos y elaborar una lista con sus productos de consumo favoritos, desde hoteles de lujo hasta refrescos, indicando aquellos bienes que creyeran que serían fáciles de boicotear para convencer a los fabricantes de que retiraran sus inversiones en el país. El salón de actos no tardó en llenarse de animadas discusiones en árabe. A veces reconocía una palabra. *Adidas*, por ejemplo. Una gozada ver una palmada en el hombro por aquí, a dos compañeros chocando los cinco por allá. Por fin se estaban animando. Y también estaban aprendiendo a trabajar en equipo. Creían que habían venido a hablar de revolución y allí estaban hablando de zapatillas deportivas. Todo era mucho más normal, ésa era la idea: que supieran que el primer paso para derrocar a un dictador es comprender que la vida en una dictadura no es normal.

Al cabo de diez minutos, di unas palmadas y volvieron a ocupar sus puestos. Con entusiasmo fueron presentando sus resultados. «Es posible paralizar las producciones de películas internacionales en territorio sirio.» «Podemos parar las exportaciones de aceite de oliva sirio.» Había ideas interesantes, otras eran descabelladas, pero todos habían captado lo esencial. Ahora comprendían que Al-Asad no era un monstruo intocable, que era un hombre que dependía, para mantenerse en el poder y controlar el

ejército, de enormes cantidades de dinero. Los tiranos se apoyan en pilares económicos y esos pilares son blancos más fáciles que las bases militares o los palacios presidenciales. Basta con dar en ellos para que el tirano se tambalee y amenace con caer.

Y no porque lo diga yo. La teoría de los pilares o bases de sostén es obra de Gene Sharp, un estudioso estadounidense reconocido como el «padre de la estrategia no violenta para luchar contra el poder». Todos los regímenes, sostiene Sharp, se mantienen sobre la base de unos pocos pilares; si se ejerce suficiente presión sobre uno de ellos, todo el edificio acabará cayendo. También añade que los gobernantes y los sistemas de gobierno, con independencia de su naturaleza, recurren a los mismos mecanismos para mantenerse en el poder y precisamente por ello ese poder es menos sólido de lo que parece. Ningún poder es radicalmente absoluto. Tampoco el de Al-Asad. Los dictadores invierten una enormidad de recursos para parecer infalibles, para que la gente olvide que son sólo hombres que controlan a otros hombres y que su ejercicio del poder depende de la sumisión y el trabajo de la mayoría. La autoridad del dictador procede de la voluntaria sumisión de quienes lo obedecen. Es lo que Slobo les había transmitido a los jóvenes sirios hacía un rato diciendo que los dictadores son parecidos porque todos dependen de sus gobernados. No hay dictador en el mundo capaz de mantenerse en el poder si prescinde del trabajo diario de la gente, del buen funcionamiento de los aeropuertos o las emisiones de televisión, o si deja de pagar las pensiones de los militares. Por eso también hay que comprender que el soldado común, en un régimen dictatorial, lo que quiere es cumplir sus órdenes y llevar a casa su paga, y que a pesar del uniforme y la ocasional violencia que pueda desplegar, no es el demonio ni un ser malvado y sin remisión. A los sirios les recordé que el policía que les revienta la cabeza con su escudo antidisturbios, quizá lo haga encantado de la vida, pero sobre todo lo hace por la paga extra que recibirá por aquello. Y mientras haya dinero para pagarle y mantener engrasada la máquina, el dictador no tiene nada que temer. La primera tarea del activista, por tanto, es sacudir los pilares para lograr que ese estado de normalidad deje de serlo.

Los pilares, por descontado, no son los mismos en todos los países. En pequeñas comunidades rurales en África, los pilares fundamentales pueden ser otros, un comité de ancianos de la tribu, por ejemplo. Y en los pequeños pueblos de Serbia los activistas de Otpor! descubrimos que los personajes clave para desarrollar nuestras campañas eran el médico, el sacerdote o el maestro de escuela del pueblo. Ellos eran los líderes de opinión. En el plano empresarial, los pilares básicos son sus accionistas, las personas que invierten en la empresa, quizá también algunos medios de información económica, como la CNBC o el *Wall Street Journal*, cuyas noticias contribuyen a mantener alto el precio de las acciones. En todo caso, sea cual sea el objetivo planteado (y los hay de todo tipo, desde sumar a los habitantes de una aldea perdida a la lucha contra un dictador sanguinario hasta obligar a McDonald's a introducir alimentos sanos en su menú de un dólar) lo primero de todo es decidir qué pilares hay que atacar.



Martin Luther King Jr. tras el memorable discurso que pronunció en Washington el 28 de agosto de 1963.

La verdad es que costó un poco convencer a los sirios, pero acabaron abrazando con entusiasmo aquella idea. Como se había hecho tarde, di por concluida la sesión del día y los invité a volver a reunirnos a la mañana siguiente. Mientras recogía mis cosas me fijé en un grupito rezagado que se había quedado conversando en el salón de actos. Salí sin prisa a la calle, a tiempo de ver a otros desaparecer tras la puerta de una heladería. Reconocí a Sabeen y al estudiante, charlando y riendo animadamente sin traza alguna de la animosidad que se habían manifestado al comienzo.

## VICTORIA A CARCAJADA LIMPIA

¿Jugamos un rato a uno de mis juegos favoritos? Se llama «si fueras un poli» y es muy divertido.

Suponga el lector que es un policía de Ankara, en Turquía. Hace unos días, una parejita besuqueándose en el andén de una de las estaciones de metro más transitadas de la ciudad llamó la atención de los guardias de seguridad. Ese espectáculo irritó a los guardias y, siendo como eran musulmanes rigurosos, hicieron lo que cabía esperar que hicieran: advertir por megafonía a los usuarios del metro de que debían comportarse decentemente y abstenerse de besarse en público. Como en Ankara todo el mundo tiene móvil, el incidente llegó rápidamente a las salas de redacción de los medios de comunicación. Los adversarios políticos del partido islamista que gobierna el país no tardaron en comprender que la noticia era una mina de oro y movilizaron a sus bases para que organizaran protestas callejeras masivas de repudio a la deleznable censura amorosa. Y aquí es donde interviene el policía de Ankara, es decir, el lector. El sábado, día de la manifestación, acude usted en uniforme y porra en mano, dispuesto a restaurar el orden. Al bajar al metro se ve envuelto por una marea de jóvenes coreando consignas contra el Gobierno e insultando a sus colegas. Alguien empuja a alguien, este otro pierde la calma. Ya tenemos un señor motín organizado en el andén.



«Situación problemática» organizada por Otpor! en el año 2000 (Milos Cvetković).

Basta con tomarse el juego en serio para barruntar las reacciones del policía. Si usted encarna a un agente de las fuerzas del orden, lo más probable es que haya sido entrenado para reaccionar ante situaciones semejantes. En ese cursillo especial de una semana que seguramente le impartieron en la Academia de Policía, le enseñaron a formar militarmente, a ponerse el uniforme antidisturbios y a golpear rítmicamente su escudo con la porra. Y seguro que no ve nada malo en ello, sólo está haciendo su trabajo. Además, está defendiéndose y defendiendo a sus compañeros de piedras y otros objetos que puedan lanzarles. Hasta que llega el momento de cargar. Quizá todo ello tarde una o dos horas, pero el saldo final será siempre más o menos el mismo: treinta o cuarenta manifestantes presos, una docena o más en el hospital, el resto dispersado. Luego, de vuelta al cuartel a tomar una taza de café con los colegas. Y, para redondear la jornada, meterse en la cama a dormir plácidamente, con la satisfacción del deber cumplido.

Bien, eso ha sido fácil. Ahora juguemos de otro modo.

Pongamos que es sábado. La mañana de un sábado. Llega usted a la estación de metro y se encuentra con más de cien personas que protestan contra el anuncio censor que habían hecho por megafonía la víspera, pero, en lugar de gritar y lanzar consignas, la multitud de manifestantes está dándose besos, unos besos sonoros, además, un verdadero despliegue de humanidad, un gran besuqueo colectivo en el que todos babeaban y sueltan risitas infantiles... Casi no hay pancartas, pero las pocas que pueden verse llevan lemas como «Bésame» o «Abrazos gratis» rodeados de corazoncitos rosados. Ellas van con camisa sin mangas y muy escotadas; ellos, con camisa de cuello abotonado. Para más inri, nadie parece fijarse en usted y no sabe qué hacer: no lo han entrenado para reprimir manifestaciones divertidas...

Ésta es la gracia del risactivismo. Ya sé que es un nombre ridículo, mis amigos me lo han dicho muchas veces, pero la idea es buena y, como suele pasar, la descubrí un día sin querer.

Ocurrió al comienzo de nuestro activismo contra Milošević. Como les sucede a todos los grupos de activistas novatos, nosotros también tuvimos nuestro momento de desánimo. Estábamos reunidos un día, cuando de pronto caímos en la cuenta de que éramos unos niños, y de que en lugar de fijarnos en nuestras capacidades nos obsesionamos con nuestras carencias. Por ejemplo: no teníamos ejército. Tampoco teníamos acceso a los medios de comunicación porque prácticamente todos estaban en manos del Estado. El dictador era un ser astuto, con una idea muy clara de lo que quería y, además, todos los medios necesarios para hacerla realidad. Y, entre esos medios, contaba con el miedo. Nuestra idea era mucho mejor que la suya, pero ese triste día comprendimos que no teníamos modo ni manera de convertirla en realidad.

Fue entonces cuando se nos ocurrió lo del barril de las risas.

Se trataba de una idea muy simple. Hablando, a uno de nosotros se le ocurrió decir que Milošević siempre ganaba porque tenía el don de infundir miedo en la gente, a lo que otro compañero respondió que sólo hay un método eficaz contra el miedo: la risa. Aquélla era una de las observaciones más sabias que he oído en mi vida. Como admiraba las sátiras de Monty Python tanto como a Tolkien, sabía que el humor no sólo hace reír, sino que también hace pensar. El caso es que todos nos pusimos a contar chistes. Al cabo de una hora nos sentíamos perfectamente capaces de derrocar al régimen desatando una epidemia de carcajadas. Y nos pusimos manos a la obra.

Nos dirigimos a un terreno en obras del vecindario y de allí sacamos un barril. Se lo dejamos al diseñador «oficial» de nuestro movimiento, Duda (mi mejor amigo y el diseñador del símbolo del puño para Otpor!), para que pintara en él un retrato lo más realista posible de la cara del temible dictador. A Duda le encantó la idea y dos o tres días después teníamos nuestro Milošević estampado en un barril con su eterna sonrisa de matón. Las arrugas de la frente eran los surcos oxidados del barril. El dibujo era tan divertido que hasta un niño de dos años podía desternillarse al verlo, pero faltaba un detalle. A Duda le pedimos que hiciera un bonito rótulo con el lema «Un dinar para

partirle la cara». Un dinar equivalía a unos dos céntimos, sí, la broma salía bastante barata. Cuando el barril estuvo listo, nos fuimos con él, el rótulo y un bate de béisbol a la calle Knez Mihailova, el principal paseo peatonal de Belgrado, situada junto a la Plaza de la República. Esa calle siempre llena de paseantes y compradores; quien desee estar al tanto de la última moda debe recorrer sus escaparates y se suele quedar allí por la tarde con los amigos a tomar unas copas. Ese día, en medio de su incesante animación, montamos nuestra instalación y, acto seguido, nos sentamos en la terraza de un café, el Emperador Ruso, a observar las reacciones de la gente.

Los primeros en detenerse a observar el barril y el letrero parecían confundidos. No sabían qué pensar de aquella atrevida manifestación de disconformidad a la vista de tantos transeúntes. Después, a medida que se acercaron más curiosos, las reacciones fueron haciéndose más desinhibidas. Algunos hasta sonreían. De pronto, uno se atrevió a coger el bate y lo blandió unos segundos, pero acabó dejándolo donde lo había encontrado y se alejó de allí apretando el paso. Y así pasó un buen rato hasta que se produjo lo que esperábamos: un joven que debía de tener un par de años menos que nosotros soltó una magnífica carcajada y rebuscó en un bolsillo hasta dar con una moneda de un dinar. Se acercó con la moneda a nuestra instalación, la metió en el agujero que había en la tapa del barril, cogió el bate y, haciendo un gran *swing*, estrelló el palo de madera en la cara de Milošević. El eco del golpetazo fue tal que llegó a oírse a cinco manzanas de distancia. Aquel joven debió de imaginar que, comparado con la avalancha de críticas diarias al régimen que se hacían desde los escasos medios de comunicación independientes de radio y prensa, un batazo a un barril difícilmente podía llevarlo a la cárcel, es decir, que el riesgo que entrañaba su actuación era relativamente bajo. Por descontado, el gesto de aquel joven levantó la veda y, un poco por presión de grupo y otro poco por gregarismo, otros transeúntes se dijeron que por qué no, que ellos también podían apuntarse a aquella diversión, y al cabo de unos minutos ya se habían formado pequeños grupos de viandantes que se detenían a mirar aquel espectáculo. Al comienzo, señalaban el barril y rompían a reír, pero, por ejemplo, algunos padres no tardaron en animar a sus niños, demasiado pequeños para sostener un bate, a que patearan el barril con sus piecitos. Se lo estaban pasando bomba: el retumbar del barril apaleado acabó oyéndose hasta en el parque Kalemegdan, pronto se oyó el continuo tintineo de los dinares golpeando el fondo del barril y también pronto la obra maestra de nuestro querido Duda, aquel retrato de semblante severo, quedó completamente desfigurada por el bateo entusiasta y jovial del público.

Mientras, mis amigos y yo, sentados en la terraza del café, consumíamos taza tras taza de café, fumando Marlboro y tronchándonos con el espectáculo que ofrecían aquellos plácidos ciudadanos desahogándose con nuestro barril, pero sabíamos que lo mejor estaba por venir.

Y lo mejor sucedió, claro está, en cuanto llegó la policía. A los diez o quince minutos vimos un coche patrulla aparcar cerca de la escena y bajar a dos agentes rechonchos. Se

quedaron observando un rato. Fue entonces cuando se me ocurrió el juego «si fueras un poli» y lo puse en práctica de inmediato en aquel café. La primera reacción que tendría la policía, sin duda, sería la de arrestar a la gente. En otras circunstancias, habrían arrestado a los organizadores de la protesta, pero esa vez los organizadores no estaban a la vista. Eso les dejaba a los polis sólo dos posibilidades: detener a las personas que esperaban su turno para arrearle al barril (camareros de terrazas cercanas, jóvenes guapísimas cargadas de bolsas, incluso padres con sus críos) o confiscar el barril y retirarlo de la vía pública. Si se decidían por la primera opción, armarían un enorme escándalo porque no hay ninguna ley que prohíba de manera expresa los actos de violencia contra cilindros de metal viejos y oxidados y, además, el arresto masivo de mirones en la vía pública es el método más infalible para radicalizar incluso al ciudadano más pasota y pacífico. Por tanto, había sólo una salida a aquella situación: arrestar el barril. Así, poco después de llegar a la escena, los orondos agentes dispersaron a los curiosos, se colocaron a un lado y otro del mugriento objeto y lo introdujeron en el coche patrulla. Con nosotros había venido un amigo fotógrafo que trabajaba en un pequeño periódico estudiantil. Al día siguiente dimos tan amplia difusión a las fotografías que había hecho de la actuación policial que nuestra proeza acabó ilustrando las portadas de dos diarios de la oposición. Una publicidad como ésa era impagable. Sí, una imagen vale más que mil palabras, y aquellas fotografías dijeron a todo el que las vio que la tan temida policía de Milošević era aquella pareja de patéticos payasos.

Me gusta tanto la historia del barril que casi siempre es una de las primeras cosas que nuestros instructores de CANVAS (Sandra, Sinisa o Racko) comparten con los aprendices de activista. Y, casi sin excepción, cada vez que les contamos esta historia reaccionan como lo hicieron nuestros amigos egipcios la primera vez que los llevamos a la Plaza de la Revolución: «Eso no puede funcionar en mi país». Tengo dos objeciones a esta reacción. La primera es la siguiente cita de Mark Twain (¡a ver quién es el guapo que se atreve a llevarle la contraria a Twain!): «El género humano tiene indiscutiblemente un arma muy efectiva, la risa... Nada resiste los embates de la risa». Lo segundo que hago es recordar a mis nuevos amigos que, si bien es cierto que el humor cambia de un país a otro, la necesidad de reír sí es universal. Y he podido comprobarlo en todos los viajes que he ido haciendo para reunirme con activistas de todos los rincones del mundo. Es posible que los habitantes del Sáhara Occidental y de Papúa y Nueva Guinea no coincidan conmigo en la idea de lo que es divertido (como botón de muestra, véase, por ejemplo, la obsesión de los franceses con Jerry Lewis o lo que los alemanes consideran «comedias»), pero todo el mundo sabe que las risas son más poderosas que el miedo. Los buenos activistas son como los buenos cómicos y lo único que tienen que hacer es perfeccionar su número.

Para empezar, uno tiene que conocer a su público. Una vez oí una historia divertida sobre un cómico (he olvidado su nombre) que se ganaba la vida haciendo giras. Aquel

cómico era un tipo divertido pero muy despistado, capaz de hacer buenos chistes pero incapaz de comprender las motivaciones del público. Una noche le dio por improvisar un chiste sobre el gato de su novia. El animal, dijo, era bastante cabrón. Cuando él y su novia estaban a punto de hacer el amor, el gato se subía a la cama y no paraba de maullar hasta que la pareja se daba por vencida. Llegado a este punto, el cómico se lanzó a describir todas las maneras perfectamente disparatadas y caricaturescas que se le ocurrían para acabar una tras otra con las siete vidas del felino mientras el gato maullaba en la cama. Acabado su número, el cómico se despidió y abandonó el escenario acompañado por los abucheos de una parte del público. Y entonces se enteró de que la función de esa noche había sido organizada con la finalidad de recoger fondos para un albergue de animales de aquella ciudad.

El caso es que a ese cómico le habría bastado con hacer sus deberes, informarse antes y adaptar su repertorio de chistes a los intereses y la sensibilidad del público para cosechar aplausos en vez de abucheos. Y eso fue lo que hicieron, en los años ochenta, los activistas de Solidaridad, el movimiento obrero que se convirtió en la punta de lanza de la lucha contra el comunismo en Polonia. Sabían que su público eran los dirigentes comunistas del país y que no tolerarían ninguna forma de disidencia. Nada que ver con Belgrado, donde había medios de comunicación independientes y, aun a regañadientes, se toleraba la oposición al régimen al menos como para hacer posible que los ciudadanos que andaban de compras no se sintieran inquietos por golpear un barril con la cara de Milošević en plena calle. En la Polonia comunista, las tácticas de los disidentes tenían que ser no sólo divertidas, sino también sutiles.

Y así fue como una gélida tarde de febrero de 1982, los habitantes de Świdnik, un pequeño pueblo del este de Polonia, salieron a pasear... con sus televisores.

Esta ya legendaria manifestación de protesta partió de un puñado de activistas hartos de encender el televisor todos los días a las siete y media de la tarde para terminar viendo siempre a los mismos presentadores sonrientes y atildados leyendo noticias aprobadas por la censura cargadas de mentiras y de optimismo impostado. Decidieron protestar negándose a ver las noticias, pero ¿que podían hacer para que trascendiera la protesta? No bastaba con no ver las noticias, pues nadie se enteraría si se sentaban en la oscuridad ante la pantalla de un televisor apagado. El boicot, para ser efectivo, tenía que hacerse público, pero a la vez tenía que ser lo bastante discreto para evitar la intervención de la policía.

Como cualquier cómico que monta un nuevo número, al comienzo tuvieron que tirar de improvisación. Empezaron desenchufando los televisores y sacándolos al balcón todos los días a las siete y media, la hora de las noticias. Aquello no estaba nada mal para empezar: una acción pública dotada de visibilidad que transmitía con claridad un mensaje. Pero no era una acción divertida y, por tanto, por decirlo de algún modo, tampoco resultaba muy atractiva. Y entonces se les ocurrió servirse de carretillas. Alguien echó mano de unas cuantas y convenció a unos cuantos amigos de que bajaran

los aparatos a la calle, los cargaran en las carretillas y los pasearan por el pueblo. No pasó mucho tiempo antes de que los habitantes de Świdnik vieran todas las noches, a la hora señalada, a grupos de amigos y vecinos deambulando tranquilamente por las calles, riendo de lo lindo mientras empujaban las carretillas como si de cochecitos de bebé se tratara. La media hora que duraba el telediario, en vez de pasarla viendo las informaciones oficiales, la dedicaban a conversar y cotillear con los vecinos, con el placer añadido de saber que juntos hacían algo contrario al régimen.

Aquella broma acabó extendiéndose a otros pueblos polacos. El Gobierno no salía de su asombro. Y tampoco sabía cómo reaccionar. Imposible arrestar a aquellas personas. No había ninguna ley que prohibiera a los ciudadanos polacos coger sus televisores, montarlos en carretillas y pasearlos por las calles. Las autoridades decidieron entonces ampliar el toque de queda, de las diez de la noche a las siete de la mañana, para obligar a los paseantes de televisores a quedarse en casa. Ya está, se dijeron, con esto se acaba el choteo.

Y el choteo no se acabó. Como el cómico primerizo que se estrena ante el público y se vuelve adicto a los aplausos para el resto de su vida, la resistencia polaca pasó a querer montar espectáculos más grandes y vistosos. El problema era que lo iban teniendo cada vez más difícil. Ahora los comunistas estaban pendientes del más leve indicio de desobediencia civil. Pero el enfrentamiento con las autoridades parecía inevitable y, para 1987, los disidentes decidieron gastar su broma más sensacional: ocupar multitudinariamente las calles para manifestar su amor absoluto y apasionado por el comunismo.

Corría el mes de octubre y, con motivo de las celebraciones oficiales del septuagésimo aniversario de la Revolución Rusa, Solidaridad anunció su intención de conmemorar también esta gloriosa efeméride con una gran concentración. Con el estilo rimbombante propio de los comunistas, redactaron un folleto cuyas copias distribuyeron por toda la ciudad llamando a «superar la pasividad de las masas populares». «Acudid todos a la plaza —conminaban a sus seguidores— vestidos de rojo.»

El día señalado, las calles se tiñeron de rojo. Rojos los zapatos, las bufandas y las corbatas; labios pintados de rojo; camisas y chaquetas del mismo color. Y, ante aquel espectáculo que recordaba la filmación de una burda película de propaganda soviética, con figurantes y todos disfrazados de heroicos comunistas, los polacos aplaudieron la broma. Las autoridades, en cambio, no le vieron ninguna gracia. Saltaba a la vista que los participantes se estaban burlando de la ideología del régimen, pero ¿cómo dispersar por la fuerza una manifestación de apoyo al comunismo? La policía se desplegó a cada lado de aquella riada cromática, a la espera de la menor provocación para intervenir. Al final cuando un grupito que había acudido a manifestarse sin prendas rojas se hizo en un puesto de comida cercano con una barra de pan embadurnada de ketchup para empuñarla como un banderín, los policías se abalanzaron sobre aquel puesto de comida

para cerrarlo, arrojando, de paso, a un cliente del local. Pero ahí quedó la cosa, no pudieron hacer nada más. En 1989, la oposición le arrancó al poder la convocatoria de unas elecciones casi libres. Al año siguiente, la oposición llegaba al poder.

A los polacos les vino muy bien conocer a su público, desde luego, pero también supieron aplicar uno de los primeros mandamientos del humor: elegir el momento oportuno. En otra ocasión, por ejemplo, con motivo de las celebraciones del Día Internacional de la Mujer, varios grupos de activistas se desplegaron en espacios clave de todo el país con la finalidad de distribuir entre los transeúntes... compresas gratis. Una manera inteligente de apropiarse de una fiesta del calendario oficial para escenificar el problema de la escasez de productos básicos, como las compresas, difícilísimas de comprar en un mercado afectado por la escasez debido a la desastrosa política económica del régimen.

Otros activistas dotados también de un excelente sentido de la oportunidad son los iraníes. Después de la religión, claro está, en Irán no hay nada más sagrado que el fútbol. La afición es unánime y este deporte compite con el armamento nuclear en la escala del orgullo patrio. Cuando Irán se enfrentó a Corea del Sur en las eliminatorias para el Mundial de 2014, todos los hogares iraníes vivieron unidos el magno suceso.

Fatma Iktasari y Shabnam Kazimi sabían lo que estaban haciendo cuando se vistieron para el partido decisivo, en 2012. La tarde era calurosa, pero los dos salieron a la calle con vaqueros, chaquetón negro y gorro de lana. Y tenían una buena razón para vestirse así: en la sociedad iraní, una de las más religiosas y conservadoras del planeta, son innumerables las prohibiciones que pesan sobre las mujeres y, entre ellas, una es asistir a partidos de fútbol. Los mulás justifican esta medida con el argumento de que hay que «proteger» a las damas, evitando que se expongan al lenguaje obsceno que suelen proferir los aficionados en los estadios, no vaya a ser que se corrompa la pureza de la delicada alma femenina. A Iktasari y a Kazimi, por supuesto, no les asustaba la posibilidad de oír groserías, de modo que ese día las dos pasaron el control de los guardias y ocuparon su puesto en el estadio, encantadas de poder aplaudir las proezas de la selección nacional y, quién sabe, asistir a su histórica clasificación para el Mundial. Cuando empezó el partido, se quitaron el disfraz. Imposible que los espectadores no vieran a aquellas dos mujeres de carne y hueso en el estadio. Cuando no se sumaban al coro de cánticos de la afición, las dos amigas se hacían fotografías en las gradas con la intención de subirlas a las redes sociales y viralizarlas.

En otras circunstancias, durante un partido normal, la osadía de las dos amigas habría llamado la atención apenas unos segundos, pero con la clasificación para el Mundial la expectativa era máxima, de modo que la treta de disfrazarse de hombre para asistir al partido difícilmente podía pasar desapercibida. Para empezar, las autoridades iraníes se vieron enfrentadas a lo que en CANVAS llamamos una situación problemática. En cualquier país, una situación semejante pone a la policía contra las cuerdas. Arrestar a las infractoras significaba hacer el ridículo delante de millones de aficionados en todo

el mundo (o, peor aún, correr el riesgo de ser sancionados o multados por los organizadores del Mundial). Y si ponían buena cara, miraban a otro lado y dejaban a aquellas dos mujeres tranquilas en las gradas disfrutando del partido, podían estar dándoles ideas a los otros treinta y cinco millones de mujeres iraníes reprimidas por las leyes del régimen.

La jugada de aquellas dos mujeres se convirtió en un símbolo y, como todos los símbolos, dio pie a las más variadas interpretaciones. Muchos iraníes normales y corrientes vieron en Iktasari y en Kazimi más que unas activistas que protestaban contra odiosas leyes opresivas y discriminadoras: para ellos, aquellas dos mujeres simbolizaban nada menos que las esperanzas del pueblo, la promesa de vivir algún día en un país donde todos los ciudadanos pudieran asistir libremente a un partido de fútbol, sin distinciones de género. Un bloguero iraní plasmó esa esperanza en un poema, bastante malo por cierto. «Los héroes —rezaba el texto que iba dedicado a las dos valientes—, los guerreros sueñan con vivir algún día en un lugar donde sus hijos puedan ir a un gimnasio “libre”.» La expresión era torpe, pero más clara no podía ser la intención. La divertida farsa de las dos mujeres había dado sus frutos. Esas activistas iraníes supieron crear una situación problemática para conducir a un callejón sin salida a uno de los aparatos represivos más feroces del planeta.

Hay objeciones, desde luego, a la adopción de tácticas de humor con intencionalidad política. Para lograr exponer sus ideas, los activistas han de elaborar contenidos y difundir un mensaje, no basta con gastar bromas, pero hay una razón poderosa que explica por qué el humor se ha convertido en una de las armas favoritas de los activistas: el humor, sencillamente, funciona. Y funciona, en primer lugar, no sólo porque desactiva el miedo y genera confianza, sino por ser cool y atractivo, y, por tanto, útil para atraer a futuros seguidores, pero también porque el humor es capaz de generar reacciones extraordinariamente torpes en el enemigo. Las mejores intervenciones humorísticas (el mejor risactivismo) conducen a los autócratas y los pilares de su aparato de seguridad a situaciones de las que rara vez pueden salir bien parados. Todos los políticos, tanto los elegidos democráticamente como los más brutales dictadores, suelen tener un ego hiperdesarrollado. Después de verse todos los días en las portadas de periódicos y revistas retratados y retocados con Photoshop, es inevitable, sobre todo si han permanecido en el poder mucho tiempo, que acaben tomándose terriblemente en serio; sí, ellos mismos acaban siendo las primeras víctimas de su propaganda. Los poderosos de este mundo son tremendamente susceptibles a las bromas, razón por la cual el risactivismo es un arma tan eficaz para hacer que metan la pata.

El risactivismo practicado en serio también es eficaz porque ataca la argamasa que mantiene unidas las piezas de las dictaduras: el miedo. Eso fue lo que sucedió en uno de los rincones menos graciosos del planeta, la Siria de Bashar al-Asad. Breza, un compañero de CANVAS, y yo nos reunimos con un grupo de destacados activistas

sirios. Estaban al frente de un movimiento que buscaba desactivar a los matones yihadistas infiltrados en Siria. Como todos, ellos también estaban convencidos de que lo que tan buenos resultados había dado en Serbia y en otros lugares no podía funcionar en su país. Y ello por una sola razón: el miedo. «Esto no sirve en Damasco —decían—, allí la gente está tan asustada que no confía en nadie.» Pero insistimos: siempre es posible pinchar la burbuja del miedo. Y cuando ha pinchado, ya no hay vuelta atrás.

A esas alturas, el régimen sirio era responsable de la muerte de decenas de miles de ciudadanos. La oposición, tanto los grupos violentos como los movimientos no violentos, no podía dar un paso sin verse perseguida. En esas circunstancias, los activistas que contactaron con nosotros (cuyos nombres, por razones obvias, no desvelaré) pensaron que estábamos locos. Nos costó semanas y meses, pero las sesiones de entrenamiento dieron sus frutos y al menos unos cuantos abrazaron las técnicas del risactivismo para luchar contra el horror del régimen sirio. Comprendieron que no se trataba de divertirse con ocurrencias adolescentes, sino que aquel método exigía concebir estrategias políticas muy serias. Hay un expediente muy socorrido en las películas cómicas de la época del cine mudo. En las películas de policías que Mack Sennett produjo para su mítico sello Keystone, siempre vemos a una pandilla de polis torpes e ineptos que corren de un lado a otro con la porra en la mano sin atrapar nunca al ladrón. Nuestros amigos activistas debían convencer a sus conciudadanos de que las fuerzas del orden de Al-Asad podían ser objeto de mofa como lo habían sido los polis de Mack Sennett y que sólo así lograrían desactivar la bomba psicológica más peligrosa de todas: su capacidad de paralizar a la población mediante el terror.

Una de las acciones que llevaron a cabo consistió en verter de noche barriles enteros de agua teñida con colorante alimentario en las principales fuentes públicas de Damasco. A la mañana siguiente, cuando despertaron, sus habitantes descubrieron el dantesco espectáculo de que las fuentes de la ciudad escupían lo que parecía sangre. ¿Qué mejor metáfora visual de la brutal represión de Al-Asad? Hasta aquí, nada especial que reseñar, se trata de una intervención no violenta de corte clásico. Lo realmente subversivo vino después, cuando salieron a escena los polis de Sennett. Y es que, en efecto, la policía no tardó en intervenir, pero poco o nada podían hacer... Para eliminar aquel tinte rojo no había más remedio que sentarse a esperar a que el sistema hidráulico renovara el agua de las fuentes. Entretanto, los vecinos de Damasco pudieron ver a los polis que rodearon las fuentes, agitados, dando órdenes y recibíéndolas, sin saber qué hacer, condenados a ver con cara de merluzos cómo de las fuentes fluía aquel endiablado líquido rojizo. Y lo mejor de todo fue que las aguas tardaron en limpiarse nada menos que una semana.

La policía de Damasco no sólo tuvo que ocuparse de rodear las fuentes, sino que tuvo que animarse a jugar con pelotas de pimpón. Miles de pelotas. Todo empezó cuando unos activistas sirios llenaron centenares de bolsas de basura con pelotas de pimpón, todas ellas con lemas contra Al-Asad (lemas, ¡joj!, tan peligrosos como

«Libertad» o «¡Basta ya!») que después vaciaron en las calles de Damasco (muchas, además, son empinadas). Comprendo que la efectividad de este tipo de acciones no salta a la vista. ¿Qué podrán hacer los arrojados activistas sirios después de esas proezas?, se preguntará el observador escéptico. ¿Irán a casa de Al-Asad, llamarán al timbre y saldrán corriendo? ¿Llamarán a Domino's para hacer un falso pedido para la dirección del palacio presidencial? Daba igual, nuestros activistas siguieron impertérritos organizando lanzamientos de pelotas de pimpón, y, a la larga, el inconfundible ruido de las pelotitas rebotando calle abajo acabó significando para la población de la ciudad que la oposición no violenta había vuelto a burlarse del régimen de Al-Asad.

Las autoridades encargadas de mantener la seguridad del régimen empezaron a tomarse en serio aquella broma. Aquellas furtivas pelotas de pimpón desafiaban abiertamente la ley y, quién sabe, podían suponer un peligro real para la seguridad del Estado, y más si otros ciudadanos, envalentonados con el ejemplo, se animaban a hacer algo parecido. Todo aquello podía desembocar en una gran coalición de artículos deportivos... Sí, antes de que fuera demasiado tarde, había que detener aquello de las pelotas de pimpón. La policía recibió la orden y entonces empezó el espectáculo. Se vaciaba una bolsa de pelotas de pimpón en la vía pública y allí que iba una patrulla de la policía. Había que ver a los temibles y temidos agentes del orden público del régimen, como siempre armados hasta los dientes, corriendo hasta perder el aliento por las calles y callejuelas de Damasco detrás de cada una de los centenares de pelotas de pimpón lanzadas desde subversivas bolsas de basura. Lo mejor de todo es que ni siquiera eran conscientes de que esa payasada (como la payasada de las fuentes) era un elemento más de utilería en un escenario donde se desarrollaba la verdadera obra, en la que los policías eran los únicos protagonistas y, además, hacían de payasos.

Había llegado el momento de apostar más fuerte. Como Harvey Milk, también los sirios sabían que nada ofusca más el entendimiento que la mierda. Gracias a los avances tecnológicos, era muy fácil hacerse con un lote de USB, esos palitos capaces de almacenar y reproducir horas de música a todo volumen. De la conjunción de estas dos realidades (el mal olor y la música) nació la siguiente andanada de los ocurrentes sirios. Cargaron los USB con himnos y canciones de la resistencia con sugerentes títulos y letras como «Al-Asad es un cerdo» y los instalaron en los lugares más malolientes de varias ciudades: contenedores apestosos, montañas de basura, cualquier recipiente del que emanaran olores nauseabundos. Y dieron al *play*: el aire de las ciudades se llenó con el dulce cantar que susurra el monte... de basuras. Como aquellas melodías estaban rigurosamente prohibidas por la censura del régimen, los policías recibieron la orden de buscar y destruir los aparatos emisores. Para cumplir con esa orden, claro está, tuvieron que arremangarse y meter los brazos hasta el codo en montones de inmundicias y, lo que es peor, hacerlo a la vista de todos. Las pelotas de pimpón habían dado de sí, pero aquellas escenas superaban a las carreras por las pelotas. Muchos vecinos pensaron que

aquella era la escena más desternillante que habían visto en muchísimo tiempo en Damasco.



Pelotas de pimpón con eslóganes contra Al-Asad (Arman y Arsh T. Riahi).

En resumen, basta con un poco de ingenio y apenas unos dólares para transmitir un mensaje a una multitud. En Sudán, los activistas de GIRIFNA (acrónimo que significa «estamos hasta el gorro») se enfrentan nada menos que a Omar Hasan al-Bashir, un auténtico genocida que mantiene a su pueblo esclavizado desde hace décadas y ha convertido Darfur en lo más parecido al infierno en la tierra. Sudán no es el lugar más indicado para organizar una marcha de protesta, por ejemplo en Jartum, su capital, a menos que quien se anime sepa que terminará siendo detenido y torturado. Ni siquiera es fácil, en aquel enjambre de espías desplegado por el Gobierno por toda la ciudad, declararse partidario de un movimiento democrático. En estas condiciones, ¿qué hizo GIRIFNA? Una cosa tan sencilla como pedir a sus seguidores que llevaran consigo naranjas cuando salieran a la calle. A medida que más y más gente salió a la calle con esta fruta, el naranja, color distintivo de GIRIFNA, fue convirtiéndose en la seña de identidad de la resistencia. Una acción de coste y perfil bajos que no entrañaba ningún riesgo, pero que resultó muy efectiva. ¿Quién podría ser arrestado por llevar en la mano una naranja? Nadie, por supuesto. Y, en el improbable caso de sentirse en peligro,

bastaba con hacer desaparecer la naranja, comiéndosela o tirándola al suelo... y hacerse el tonto. He aquí una solución atrevida a un problema muy serio.



Símbolo del movimiento sudanés GIRIFNA: «Estamos hasta el gorro» (junio de 2012; <http://www.girifna.com>).

Actos de desafío irreverente como el sudanés funcionan cuando han sido debidamente planificados. La comicidad y la hilaridad, en cambio, suelen apelar a la improvisación. Hay que saber reaccionar sobre la marcha, modificar la broma según la reacción que suscita y, además, procurar hacerlo sin perder inventiva y humor. Y, aunque muchos no lo crean, en las campañas no violentas siempre cabe el humor. Los Yes Men, por ejemplo, son expertos en un tipo de activismo que podríamos llamar de carcajada limpia. Para mí son la versión estadounidense de los Monty Python, es decir, un tesoro nacional. Circulan muchísimas historias protagonizadas por los Yes Men, pero mi favorita es la impagable broma de Andy Bichlbaum y Mike Bonnano que condujo nada menos que al cierre de la Organización Mundial del Comercio.

Os sitúo... La OMC es una organización internacional encargada de regular el comercio entre países. Para muchos, su verdadera función consiste en promover los intereses de las naciones ricas en detrimento de otras naciones más pobres. Andy y Mike son unos tipos normales y corrientes de mediana edad y clase media, hombres que a menudo compran su ropa en tiendas de segunda mano baratas. En 1999 se sintieron indignados por la política de la OMC y crearon una página web con una URL muy parecida a la oficial de esta organización. Las dos páginas eran tan parecidas que si acababas por error en la de Andy y Mike quizá ni lo notarás. Los plagiarios pusieron en

la suya un enlace de contacto bien visible, y se sentaron tranquilamente a esperar a que los peces mordieran el anzuelo.

Pasó el tiempo y comenzaron a recibir preguntas y peticiones. Al fin llegó lo que esperaban: una invitación para que algún representante de la organización participara en una prestigiosa conferencia que se celebraría Salzburgo. Andy y Mike se rascaron el bolsillo, pidieron prestado dinero a sus amigos y se compraron un par de trajes nuevos y billetes de avión a Austria. Cuando les tocó su turno, muy serios ellos, ante todo aquel público, argumentaron que la democracia se salvaría de sus muchos enemigos si, y sólo si, era completamente privatizada y los ciudadanos vendían sus votos al mejor postor.

La broma tuvo algo de repercusión en la prensa, pero nada más. Andy y Mike repitieron la misma broma un par de veces. Por ejemplo, en Finlandia, donde presentaron un enorme objeto con forma de falo, cuya utilidad consistía en transmitir descargas eléctricas a obreros perezosos. Como los polacos y los sirios, como cualquier cómico serio, fueron perfeccionando su truco y haciéndolo más atrevido. El caso es que una tarde, en una conferencia celebrada en Sídney, subieron al estrado para anunciar, en nombre de la OMC que decían representar, que había llegado el momento de clausurar ese organismo.

La impactante noticia fue el colofón de una ponencia trufada de estadísticas y datos sobre abusos y corruptelas corporativas. Andy anunció que la OMC había llegado a la conclusión de que la globalización sólo beneficiaba a las empresas más ricas y que hacía más daño que bien a la sociedad, de manera que se había tomado la decisión de cerrarla. Posteriormente, se crearía otra organización global (la Organización para la Regulación del Comercio) que se encargaría de proteger los derechos de los consumidores y obligar a rendir cuentas a las empresas. La noticia fue titular ese día, no una sino dos veces: la primera, cuando un periodista despistado la dio por buena, y, la segunda, cuando los medios tuvieron que desmentirla. El resultado de aquella jugada fue que millones de personas que nunca habían oído hablar de la OMC prestaron atención a las actividades de esta organización, además de hacer que Andy y Mike parecieran mucho más inteligentes y seductores que el conglomerado sin rostro objeto de sus ataques. Y, para lograrlo, sólo hizo falta una página web y unos billetes de avión.

Hay ciudadanos que sin contar siquiera con estos mínimos han pasado a la acción. Todo el mundo sabe que Siberia es una región rusa rica en recursos minerales cuyos habitantes son muy pobres, pero no se sabe tanto que tiene uno de los más exitosos movimientos de risactivistas. Y, por descontado, tampoco empezaron riéndose. En 2012, Vladímir Putin volvió a ganar las elecciones y la pequeña pero omnipotente oligarquía rusa estrechó aún más su cerco sobre el Kremlin. Vídeos en los que se demostraba que hubo fraude en los comicios circularon por todo el país. En Siberia, partidarios de la oposición solicitaron permiso a las autoridades para manifestarse en la ciudad de Barnaúl en señal de protesta por el fraude perpetrado por Putin. Su solicitud fue denegada. Los peticionarios, que no querían violar las leyes y ser arrestados por ello,

volvieron a pedir permiso, permiso que volvió a serles denegado. Y así varias veces más, hasta que todos ellos, hasta los más idealistas, comprendieron que nunca podrían organizar legalmente una manifestación de protesta en su ciudad.

Ellos no, desde luego, pero sus juguetes sí.



Juguetes protestando contra Putin en Barnaúl, Siberia (febrero de 2012; Andréi Kasprishin, Reuters).

Una gélida mañana de febrero (y, en Siberia, *gélido* significa eso y más), esos ciudadanos se dieron cita en el centro de la ciudad. Y lo hicieron en compañía de los juguetes favoritos de sus hijos: cientos de sorpresas de huevos Kinder, otras tantas piezas de lego, veinte soldaditos de juguete, quince animales de peluche, diez coches de juguete... Todas las piezas estaban adornadas con diminutas pancartas, en las que sus dueños habían escrito sus reivindicaciones. Los pingüinos protestaban contra la corrupción, un alce denunciaba el fraude en las elecciones, etcétera.

Se hicieron fotografías de aquella marcha de los juguetes y pronto toda Rusia supo de la famosa manifestación de los juguetes. Hay incluso una imagen en la que se ve a un

policía con una enorme sonrisa contemplando aquella diminuta ciudad revolucionaria construida con piezas de Lego. Y, ¿quién podía reprochárselo, si era monísima? A las pocas semanas había ositos de peluche, figuras de acción y animales disecados marchando por las calles de la vasta geografía rusa con pancartas de protesta.

Animados por el éxito de su movimiento de protesta en miniatura, los activistas de Barnaúl se dirigieron de nuevo a las autoridades de la ciudad, esta vez para organizar con su aprobación una nueva protesta de piezas Lego y sorpresas Kinder, pero aquello ya no hacía maldita la gracia, y desde Moscú llegó la orden de poner fin inmediatamente a los desfiles de los juguetes traidores. Mediante el periódico local, el Gobierno informó al público de que a partir de ese momento toda reunión no autorizada de objetos inanimados en la vía pública sería considerada contraria a la ley.

En declaraciones a la prensa, Andréi Lyapunov, un funcionario, argumentó, muy serio él, que «los juguetes, sobre todo si son importados, no sólo no son ciudadanos rusos, sino que ni siquiera son personas». En un alarde de comprensión, añadía que lo sentía de veras por las personas que habían solicitado autorización a las autoridades porque se veía que querían mucho a sus juguetes y los consideraban sus amigos, pero, desgraciadamente, la ley responde a otras razones. «No sólo los juguetes, tampoco las banderas, los platos o los electrodomésticos tienen reconocido el derecho a participar en concentraciones ciudadanas.»

Para cualquier cómico, Lyapunov era el contrapunto ideal. El Estado en Rusia invierte mucho tiempo y esfuerzo en proyectar una determinada imagen de Putin. Todos hemos visto alguna vez esas ridículas fotografías donde se nos muestra al monarca Vladímir cazando animales salvajes a pecho descubierto, sumergiéndose heroicamente en submarinos o haciendo llaves de judo. ¿Cómo era posible que semejante superhéroe se sintiera amenazado por figuritas de Lego y alces rellenos de espuma? Sólo por eso, los risactivistas siberianos se habían marcado un tanto.



La pantalla se opone a Mubarak.

Además de romper las cadenas del miedo y dañar la feroz imagen de sí mismos que proyectan los autócratas, el risactivismo sirve para dar una imagen atractiva de los activistas que recurren a este método. En Egipto, Mohammed Adel y sus amigos hicieron del humor la baza más importante de su movimiento hasta convertirse en reconocidos maestros del risactivismo. Los jóvenes estudiantes adquirieron la costumbre de salir a manifestarse mostrando sus cuadernos de apuntes, para demostrar que habían dejado en casa las «agendas del extranjero». En ese momento fue muy popular en Egipto una imagen de la típica pantalla de instalación de Microsoft Windows donde la copia de una carpeta llamada «Libertad» desde un servidor llamado «Túnez» era interrumpida por el también típico mensaje de error. El fallo técnico rezaba: «Imposible descargar Libertad. Desinstale “Mubarak” y vuelva a probar». Era una broma magnífica, yo sigo teniéndola de fondo en la pantalla de mi ordenador. Mohammed y sus amigos convencieron a los jóvenes de que manifestarse en Tahrir y ser considerado políticamente activo era lo más cool del mundo. Las multitudes congregadas en la plaza eran cada día más impresionantes. La gente no sólo quería echar a Mubarak, sino que también quería formar parte del gigantesco jolgorio que se apoderó del país.

Adel y sus valientes activistas habían comprendido que el humor es la vía de acceso más fácil para los ciudadanos normales y corrientes. Recuerdo programas de televisión con sesudos analistas políticos diciendo toda clase de tonterías sobre la revolución en

Egipto como: «Toda esa gente que vemos en Tahrir acabará cansándose y la revuelta quedará en nada». No tenían ni idea de lo que estaba pasando, ni tenían en cuenta el hecho de que los jóvenes constituyen la mayoría de la población egipcia. Con veinte años, ¿a quién se le ocurre perderse la mejor fiesta de la ciudad?

Las revoluciones no son ninguna broma, eso es verdad. Sacuden los cimientos de sociedades y naciones, producen cambios tremendos en los sistemas económicos y políticos, afectan a la vida de millones de personas. Y por ello han sido obra de personajes serios. Baste con recordar la cara de pocos amigos de los viejos revolucionarios, Lenin, Mao, Fidel y Che Guevara. Si alguien es capaz de enviarme más de tres fotografías en las que se vea a alguno de estos tipos tronchándose y con pinta de estar pasándose en grande, le regalo una galleta. Pero rebobinemos hacia delante, a las protestas de estas últimas décadas. Ahí vemos aparecer otro tipo de activismo. El humor político existe desde siempre y siempre ha acompañado a la política: la sátira y las bromas han sido utilizadas durante siglos para cantarle las cuarenta al poder de turno. Pero los risactivistas de nuestro tiempo han llevado el humor a cotas más elevadas. La risa y la diversión han dejado de ser armas marginales de los movimientos políticos y, en muchos casos, han constituido la esencia de su estrategia. Los activistas no violentos han impulsado nuevas formas de protesta que suponen un giro radical, alejados de las manifestaciones de odio, resentimiento y rabia, y cerca, mucho más cerca, de un potente movimiento centrado en el buen humor. Lo sorprendente de todo es que ante una represión brutal no sólo no se desactivan, sino que parecen ganar en efectividad.

## INSTRUCCIONES PARA DESACTIVAR LA OPRESIÓN

Si habéis visto la película en la que George Clooney hace el papel de un hombre de negocios que se pasa la vida viajando en avión de aeropuerto en aeropuerto, me comprenderéis. No, no tengo el aspecto sensacional de Clooney cuando paso el control de seguridad con unas deportivas sucias en la mano, pero he llegado a recorrer más de cien mil kilómetros al año, lo que quiere decir que me paso la vida viajando de un lado a otro. Masha, mi mujer, comenta que me gusta decir que vivo en Belgrado, cuando mi hogar es la terminal de Lufthansa del aeropuerto de Fráncfort. Y así ha sido durante años. Actualmente sé en qué aeropuerto se come la mejor porción de pizza, cuál tiene los asientos más confortables para echar una cabezadita y cuál tiene los aseos más limpios. Y muchas otras cosas. Los aeropuertos reflejan con fidelidad la sociedad que los rodea, y si se observan atentamente se acaba conociendo a fondo la cultura en la que han sido concebidos. Los aeropuertos de Estados Unidos, por ejemplo, con sus interminables controles que hay que pasar obligatoriamente antes de acceder a la terminal de embarque, reflejan la obsesión de los estadounidenses con la seguridad. También están pensados para satisfacer a las familias y facilitar el desplazamiento de los discapacitados, eso explica por qué en los aeropuertos estadounidenses los dispensadores de agua potable son tan bajitos y la increíble profusión de instalaciones para cambiar pañales y de rampas para sillas de ruedas. En Europa, por lo visto, el tabaco es un gran quebradero de cabeza, pues en los aeropuertos se esfuerzan por suavizar las leyes antitabaco construyendo casetas acristaladas cerca de las puertas de salida de los vuelos a las que los fumadores desesperados se precipitan nada más desembarcar. En los aeropuertos italianos se empeñan en demostrar su legendario talento para la organización extraviando el equipaje en cuanto el avión apaga los motores.



Las Pussy Riot actuando en Moscú (Denis Bochkarev).

Hay regiones marcadas por la espiritualidad. En el Sudeste Asiático, los auxiliares de vuelo se desviven en cuanto detectan a un monje entre los pasajeros. En los vuelos a Tailandia, por ejemplo, un cartel advierte que tienen prioridad, además de personas mayores y discapacitados, los monjes budistas, quienes, además, disponen de salas de espera exclusivas, separadas con tabiques del resto de la población viajera. En Camboya, cuando haces cola pacientemente, no es raro que la figura enfundada en una túnica de color naranja de un joven de sonrisa beatífica pase veloz a tu lado, rumbo a la puerta de embarque, mientras el resto de los pasajeros le dedica una discreta reverencia. Son costumbres encantadoras a la par que irritantes y, sin duda, todas ellas reveladoras de la altísima estima en la que se tiene a los monjes en sociedades budistas. Birmania no es ninguna excepción, al contrario: el medio millón de monjes birmanos vestidos de color azafrán son los hijos predilectos de la patria y, como tales, disfrutan de muchos privilegios, desde el saludo deferente hasta las ayudas económicas. También a vivir completamente al margen de los sucesos políticos, lo que en un país como el suyo tal vez sea el privilegio supremo. Lo digo porque, desde 1962, Birmania es un país sometido a una férrea dictadura militar de la que sus habitantes han intentado liberarse numerosas veces con escasa fortuna.

En 1990 se celebraron elecciones en ese país. Aung San Suu Kyi, figura señera del movimiento prodemocracia, las ganó de manera incontestable, pero eso no impidió que el régimen las anulara y desatara una brutal represión contra los opositores. La evolución política del país fue abortada de nuevo, y durante veinte años no se registró ningún cambio positivo. Hasta 2007, cuando una serie de medidas económicas muy duras sacó a la gente a la calle. Entre quienes participaron en las protestas destacó Ashin Kovidá.

El nombre de Ashin es un tratamiento honorífico reservado en Birmania a los monjes budistas, pero aun ignorando este detalle, su aspecto es el propio de un santón. Kovidá es un hombre bajito que habla con una voz tan queda que tienes que acercarte mucho a él para poder escucharlo. En 2007, cuando el Gobierno eliminó los subsidios al mismo tiempo que subían los precios del petróleo, este pacífico hombrecillo decidió que la situación era insoportable, que había que acabar con el régimen militar. Y, como cualquier hobbit, decidió que debía ponerse a la cabeza del movimiento.

Kovidá tuvo suerte. Una copia de *La caída de un dictador*, el documental sobre el derrocamiento de Milošević por Otpor!, había eludido la censura y, traducido al birmano, llegó hasta el monasterio budista donde él vivía. Al ver en la pantalla las acciones de aquel puñado de hombres y mujeres, Kovidá se sintió esperanzado. Aquellos hombres y mujeres no se le parecían en nada, no eran puros y piadosos como él (los serbios somos más bien pendencieros), pero también eran jóvenes y estaban tan motivados como él. Y, lo que era más importante, habían conseguido en su país lo que él tanto aspiraba a ver hecho realidad en el suyo: derrocar un régimen dictatorial. Se puso manos a la obra. Lo primero que hizo, en un gesto tremendamente radical para alguien como él, fue vender sus túnicas budistas, y con el dinero que obtuvo hizo imprimir panfletos en los que convocaba a los birmanos de toda condición a acompañarlo en una marcha.

En la fecha señalada, el 19 de septiembre de 2007, participaron cerca de cuatrocientos monjes amigos de Kovidá. En Birmania, las protestas públicas están casi tan criminalizadas como en Corea del Norte, pero la gente pensó que el ejército no se atrevería a arremeter contra un grupo de pacíficos monjes sin relación alguna con los alborotadores políticos de siempre. Eran monjes, caramba, representantes de la más alta autoridad moral de la nación. Los generales que gobernaban el país no se atreverían.

Se equivocaban.

En cuanto Kovidá y sus seguidores se congregaron, el ejército abrió fuego y mató a varias docenas de manifestantes. Después, una oleada de arrestos envió a la cárcel a miles de monjes, condenados a cumplir sentencias de sesenta años o más, agravadas en muchos casos con trabajos forzosos. Aquélla fue la represión más feroz que se había sufrido en muchos años, pero también la más letal para el régimen. Al cebarse en los pacíficos monjes, los generales ponían en marcha un mecanismo que no serían capaces

de parar. Cuando quisieron darse cuenta, ya era demasiado tarde para rectificar y dar por aprendida esa vieja lección que los tiranos nunca aprenden: que tarde o temprano, la opresión resulta contraproducente.

Indignados por la brutalidad con la que el régimen trataba a los monjes, los birmanos desataron lo que se conocería como la Revolución Azafrán. Actualmente, gracias a esa insurrección, Birmania ha comenzado a dar los primeros pasos hacia la democracia. Aung San Suu Kyi, después de entrar y salir de la cárcel varias veces, ahora es la figura parlamentaria más destacada de Birmania. Y Kovida, el monje que puso en marcha todo el proceso, sigue luchando por lograr reformas democráticas en su país.

Hasta cierto punto, puede decirse que los revolucionarios birmanos tuvieron la suerte de que los generales reprimieran a los monjes con tanta saña. La brutalidad y la ceguera del régimen hizo que muchos ciudadanos que jamás se habían planteado la posibilidad de alzarse contra el Gobierno comprendieran que debían abandonar su neutral pasividad. Con su torpeza, los generales precipitaron la caída del régimen. El error que cometieron es más común de lo que parece y por eso harían bien los activistas en conocer y dominar los métodos más efectivos para desactivar la opresión. Hay casos en los que de ello depende el éxito o el fracaso de un movimiento de esta índole.

Desactivar la opresión es una destreza, algo así como el *jiu-jitsu*, un arte marcial japonés en el que hay que saber utilizar la fuerza del adversario para derrotarlo. Antes siquiera de intentarlo, hay que estudiar y aprender cómo funciona la opresión. Para empezar, hay que comprender que no se trata de una fuerza sobrenatural que irrumpe con la fuerza de un géiser desde las más profundas simas de crueldad y maldad que anidan en el corazón enfermo del enemigo y demás cuentos de terror. En realidad, casi siempre es el resultado de una decisión fríamente estudiada. Todas las figuras de autoridad canónicas, desde el dictador hasta el director de un parvulario, la ejercen con dos finalidades: castigar la desobediencia y prevenir problemas. Para ello, hay que enviar un mensaje claro a los potenciales agitadores. Como ya hemos visto, para ser efectiva, toda forma de opresión depende del miedo. Miedo al castigo, al arresto, a ser enviado al gulag, miedo a las dificultades, a las humillaciones. Miedo y más miedo.

Pero se equivoca quien piense que el miedo sirve sólo para atemorizar. Al dictador no le interesa gobernar una casa embrujada, el dictador lo que quiere es ser obedecido. Y, a la hora de la verdad, siempre hay que escoger entre obedecer y desobedecer. Pongamos que un día te despiertas y te encuentras metido en una escena terrorífica digna de una película de la mafia. Hay un tipo trastornado que te obliga a cavar una zanja. Te pone una pistola en la sien y te dice que o cavas o te vuela la cabeza. Naturalmente, una situación como ésa puede amedrentar al más pintado y nunca es fácil hablar con alguien que te apunta con un arma, pero ¿hasta qué punto es posible obligar a nadie a hacer nada? La verdad es que quien decide, en última instancia, sólo eres tú. Y eres libre de decir que no cavarás. Serás castigado por ello, sin duda, pero nadie puede quitarte la libertad de decidir. En el peor de los casos, te niegas y te matan de un disparo, pero tú

no les cavaste su maldita zanja. Lo que quiero decir es que la opresión y el miedo no sirven para obligarte a actuar contra tu voluntad, sino para obligarte a obedecer. Tu obediencia es su trofeo de caza.

Esta distinción, por cierto, es obra del padre de la no violencia, el profesor Gene Sharp, quien comprendió que los dictadores triunfan cuando la gente acepta obedecer. Se puede obedecer por muchas razones, pero la mayoría de las personas obedecen por miedo. De modo que si queremos que la gente deje de mostrarse sumisa ante un régimen, hay que lograr que dejen de sentir miedo. En cualquier sociedad, en una democracia o en una dictadura, uno de los miedos más persistentes es el miedo a lo desconocido. Ese miedo es el mismo que sienten los niños en la oscuridad y el miedo que un adulto experimenta cuando por primera vez entra en la consulta de un oncólogo.

En Serbia aprendimos que el mejor remedio contra el miedo es el conocimiento. En los inicios de Otpor!, el arma más efectiva de la policía fue la amenaza del arresto. Amenaza, ojo, con eso bastaba. Esa amenaza era efectiva porque, hasta haber sido arrestados, no sabíamos qué nos esperaba realmente en la cárcel. Y, como todos sentimos miedo ante lo desconocido, nos figurábamos las cárceles de Milošević como antros infernales, algo así como la versión serbia del pozo del Sarlacc en *La guerra de las galaxias*, apenas un poco menos aterrador. Después, cuando pasamos a la acción y algunos fuimos arrestados, al salir de la cárcel procurábamos contarles a los otros nuestra experiencia sin omitir ningún detalle. Pusimos por escrito nuestros testimonios de la cárcel para enseñar a los compañeros lo que realmente sucedía en las prisiones serbias. Sabíamos que muchos más serían arrestados por los matones del régimen y nos parecía importante que supieran exactamente lo que les esperaba en la cárcel.

Todo empezaba cuando te ponían las esposas. Siempre ajustaban una más que la otra, para que sintieras que una de tus muñecas estaba a punto de reventar. A los hombres les decíamos que lo más seguro es que después los metieran en una celda pequeña junto con asesinos y ladrones que vomitaban a su alrededor; a las mujeres, que terminarían pasando unas horas encerradas con prostitutas. Todo olería a vómitos y meados. Los despojarían de sus cinturones y los pantalones se les caerían, una humillación más. También les quitarían los cordones de las zapatillas deportivas, así que terminarían andando de manera ridícula. Después del registro de las huellas dactilares, serían llevados a una sala de interrogatorio, donde estarían esperándolos, como en una película policial cutre, el poli bueno y el poli malo. El primero ofrecería café y un cigarrillo; el otro no pararía de gritar y de golpear la mesa. Los dos harían las mismas preguntas: «¿Quién es el cabecilla de Otpor!?, ¿cuántos sois?, ¿de dónde sacáis el dinero?». Las respuestas también tendrían que ser invariables: «Otpor! no tiene jefe, Otpor! tiene gente en todos los barrios y Otpor! es un movimiento financiado por la diáspora serbia y por ciudadanos normales y corrientes que quieren ser libres». Cuando empezara la lluvia de puñetazos sobre la mesa, lo único que había que hacer era

recordar esas tres frases. En resumen, aquello se parecía bastante a una representación teatral de fin de curso y siempre sucedía con el mismo guion.

A esta introducción a las detenciones la llamamos «plan B». Y funcionaba de maravilla. Al cabo de poco tiempo, nuestros amigos y conocidos dejaron de hablar de la cárcel bajando la voz y se pusieron a hacerlo con desdén, casi con sorna. Ya sabían a qué atenerse. Ir a la cárcel seguía siendo una amenaza que nadie tomaba a la ligera, desde luego, pero mucho menos pavorosa que cuando imaginábamos las peores atrocidades, antes de tener de ellas un conocimiento cabal que pudiéramos transmitir a los demás compañeros. También aprendimos a cubrirnos las espaldas. Siempre teníamos nuestros papeles en regla, de modo que si la policía arrestaba a alguien del grupo, un abogado amigo podía presentarse ante las autoridades de inmediato, y también contábamos con una lista de contactos telefónicos para poder notificar las detenciones a familiares, amigos y seres queridos. Por último, el plan B incluía una estrategia de comunicación. A las notas de prensa que habíamos diseñado sólo había que añadir el nombre del activista arrestado y la cárcel donde estaba detenido.

El plan cumplía, obviamente, un objetivo defensivo ante la maquinaria represiva del régimen, pero también servía para darnos cierta sensación de seguridad. Naturalmente que sabíamos que era imposible controlar las acciones de los esbirros de Milošević y que habría bajas en nuestras filas. Los riesgos eran perder el empleo, ser condenados a muchos años de cárcel, también cabían la tortura y hasta la muerte, pero procurábamos que cada caso fuera atendido de la manera más humana. Teníamos siempre presente que cada activista es un individuo, con familia y responsabilidades. Como los soldados estadounidenses, juramos «no dejar a nadie atrás» y estábamos preparados para lo peor. En poco tiempo fuimos capaces de asumir grandes riesgos porque sabíamos que en cuanto nos pusieran las esposas todo un mecanismo se pondría en marcha para liberarnos.

El plan B contribuyó a disipar nuestros temores. Ser arrestado pasó a significar el ingreso en un club exclusivo que garantizaba que ninguno de sus miembros habría de enfrentarse solo a los cuerpos de seguridad. Y bastó con dejar de sentir miedo y organizarnos para que la policía comprendiera que si se cebaban en nosotros, peor les iría a ellos. En otras palabras, comenzamos a desactivar la opresión.

Imaginemos la situación desde su punto de vista. Estamos en Serbia. Eres policía. Has decidido serlo porque quieres proteger y servir al Estado arrestando delincuentes. De pronto, te dicen que tienes que interrogar a diez estudiantes que pertenecen a una organización llamada Otpor! Has oído hablar de ellos, sabes que organizan unos saraos de lo más divertidos, que son irreverentes y, aunque nunca lo dirás delante de tus superiores, que montan unos números que no están nada mal. Quizás algunos te recuerden cómo eras cuando tenías unos cuantos años menos. Pero ése es tu trabajo, tienes que dejar las impresiones personales bien metidas en tu taquilla junto con la ropa de paisano. Comienza el interrogatorio. Haces las preguntas que llevas apuntadas y oyes

las mismas respuestas inútiles de siempre. Por la ventana de la comisaría se cuelan las canciones que los compañeros de los detenidos cantan en la calle, te asomas y ves un gentío delante de la comisaría. Están repartiendo flores y galletas entre los policías que patrullan por la calle.

En los pasillos también se agolpan los familiares y los abogados de los detenidos, que saturan las líneas de teléfono con sus llamadas e impiden a tus colegas concentrarse en los auténticos delincuentes. Casi cada tres segundos, un abuelito jubilado, quizá tu vecino de enfrente, pregunta con educación: «¿Por qué pegáis a nuestros niños con lo maravillosos que son?». Llegado este punto sería difícil decir a quién amenazan más los arrestos, si a Otpor! o a la policía.

Pasemos ahora a la escena en que los arrestados son finalmente puestos en libertad. En cuanto pisan la calle, los recibe una multitud de admiradores que los vitorea a pleno pulmón, silba, grita y aplaude. En nuestra jerga, a esta táctica la llamábamos «recibimiento para estrellas de rock» y funcionaba de cine: en poco tiempo, aunque tuvieras la tez macilenta y llena de granos, tu atractivo era innegable. Los miembros más astutos del círculo de allegados a Milošević comprendieron rápidamente lo que ocurría. En mayo del año 2000 nos llegaron serios rumores de que el responsable de la policía secreta serbia había presentado un informe al Gobierno declarando que la opresión no hacía sino perjudicar al régimen y que por cada miembro de Otpor! arrestado otras veinte personas se unían al movimiento, pero el dictador hizo oídos sordos. Milošević y su mujer, sí, la de las flores en el pelo, exigieron más detenciones. Y eso era exactamente lo que quería Otpor!

Ahora que ser arrestado era lo mejor que podía pasarte para mejorar tu vida social, Otpor! decidió aprovechar el tirón con una campaña de márketing. Imprimimos el puño de Otpor! en camisetas de tres colores diferentes, cada uno de los cuales representaba el número de arrestos sufridos. En cuestión de semanas, las camisetas negras con el puño en un círculo blanco se convirtieron en la prenda más cotizada en todo Belgrado, más que cualquier diseño de Abercrombie o Prada (hablamos de los años noventa). La camiseta negra se les daba a las personas que habían estado en la cárcel más de diez veces.

Para Otpor! todo aquello supuso un empujón tremendo, pero aún nos quedaba mucho camino por delante. Conocíamos bien el miedo y la naturaleza de la opresión, habíamos estudiado a fondo su mecánica y habíamos logrado que pareciera un riesgo menor y aceptable, gajes del oficio. Ahora teníamos que elaborar estrategias para superarla, algo mucho más difícil de conseguir. Y quizás en ningún lugar saliera mejor que en Subótica.

Subótica es una ciudad mediana del norte de Serbia que queda bastante cerca de la frontera con Hungría. Aunque cuenta con más de cien mil habitantes, sigue siendo bastante fiel a su nombre, que literalmente significa «sabadito». Subótica es una ciudad industrial cuyos vecinos trabajan duro, asisten a misa con mucha mayor

asiduidad que el resto de serbios y pasan el tiempo libre en edificios públicos muy ornamentados y bien cuidados (teatros, escuelas, bibliotecas, etcétera). Si yo no fuera el histérico que soy y no necesitara a mi alrededor el constante bullir de noticias, bares, gente, conciertos de rock y actividades varias, me encantaría vivir en un sitio así. Y en Subótica, estando Milošević en la cúspide de su poder, un policía imponía su ley. Llamémoslo Iván.

Si habéis visto *Robocop* os haréis una idea bastante aproximada del aspecto de Iván, pero, si no, imaginaos a un señor de uno noventa con la piel parecidísima al aluminio bien pulido, la voz queda y tan aterradora que las mascotas gimoteaban y salían corriendo al oírla, y predispuesto al sadismo los días buenos y a una clara psicopatía los malos. Cuando los miembros de Otpor! nos reuníamos para intercambiar historias a ver quién lo había pasado peor, los compañeros de Subótica ganaban siempre porque Iván le había aplastado a alguien la muñeca con el tacón de la bota sólo para divertirse o le había dado a una joven tal guantazo que la había hecho girar como un personaje de dibujos animados antes de caer al suelo llena de contusiones y dolorida. Y mientras Otpor! continuaba con manifestaciones varias contra la dictadura de Milošević, nuestros amigos de Subótica se hacían una difícil pregunta: ¿cómo se resuelve un problema como Iván?

A primera vista, sus perspectivas eran sombrías. Con Iván, tal era el terror que suscitaba, el conocimiento no servía para disipar el miedo. Y disponía de muchas clases de poder: no sólo era gigantesco, hercúleo y brutal, sino que, en una ciudad más bien pequeña como Subótica, la placa le permitía hacer prácticamente lo que le diera la gana. Aquello no era Belgrado, donde al menos sabíamos que los medios de comunicación independientes nos elevarían a héroes. Subótica estaba en el quinto pino, y como la población se componía de húngaros y croatas, Iván, ardoroso serbio, arremetía con fervor nacionalista contra quien se le pusiera entre ceja y ceja. Este policía era el mismísimo diablo. Lógicamente, como inspiraba un miedo tremebundo en casi todos los ciudadanos, sus jefes lo adoraban porque contar con tipos como él era crucial para mantener las masas bajo control. De haber empleado la táctica de organizar fiestas a la salida de la cárcel para apoyar a sus víctimas, los activistas no violentos de Subótica se habrían encontrado con el puño de aquel demente. No había solución. Y, de pronto, alguien pensó en la peluquería.

Se trataba de un cuchitril mugriento en una barriada mugrienta, uno de esos establecimientos mal iluminados y poco atractivos que sólo frecuentan los lugareños y ellos acuden más por charlar con sus amigos y vecinos que por las limitadas habilidades del peluquero. Pero una mañana todos los viandantes pudieron ver, adherido a un escaparate que nadie había limpiado en meses, un pequeño cartel hecho a mano. Mostraba la imagen de Iván con su aspecto amenazador de siempre y, debajo, una declaración breve y rotunda: «Este hombre es un matón». Pronto la tranquila Subótica se pobló de carteles con el desagradable semblante de Iván. «Llamad a este hombre —

añadían— y preguntadle por qué pega a nuestros hijos», seguido de su número de teléfono en la comisaría.

Claro está que Iván era algo mucho peor que un matón y que teníamos muchos otros calificativos para él, pero la intención de los activistas que habían colgado los carteles no era desafiar su autoridad, poner en tela de juicio su conducta ilícita y violenta ni comentar de ningún modo su actitud contra Otpor! La gente podía estar o no de acuerdo con Otpor!, ésa no era la cuestión. Lo que interesaba a los activistas era algo mucho más básico. La primera peluquería en la que se había colgado el cartel era donde se cortaba y peinaba la señora de Iván, a quien imaginamos sólo ligeramente más pequeña y amenazadora que su marido. Cuando entrase y viese el cartel, su placentera rutina quedaría interrumpida por la rabia y la vergüenza, y al volver a su casa tendría que preguntarle a su marido qué estaba ocurriendo.

Iván podría darnos todas las palizas que quisiera, pero era impotente ante la reprobación de sus vecinos, sus amigos y su mujer. Ellos no eran unos rebeldes inútiles como nosotros, sino su propia gente, a ellos sí quería gustarles. Antes de que aparecieran los carteles, seguramente todas las personas a las que Iván había agredido guardaban su resentimiento para sí, creyendo que sería una opinión personal y que el resto de Subótica consideraría al policía un pilar de la comunidad. Pero los carteles airearon públicamente lo que todo el mundo pensaba aunque nadie se atrevía a expresar en voz alta: que Iván era un matón y, cuando se vive en sociedad, un matón que pega a los hijos de los demás es un paria.

Las cosas empezaron a ponerse feas para Iván. A la mañana siguiente, al llegar al colegio, sus hijos se encontraron con la cara de su padre clavada en todos los árboles y durante todo el día soportaron los insultos y las mofas de sus amigos. A continuación, los demás padres no quisieron que sus hijos jugaran con los querubines de Iván. En su casa, el aire se cortaba con un cuchillo y corrían rumores de que sus colegas de parranda lo evitaban en el bar de siempre. Por fin estaba pagando sus tropelías, y como bien pudo comprobar el precio era mucho más alto de lo esperado: Iván vivía en un completo aislamiento social. Me gustaría poder contaros que esta humillación pública puso en marcha una campaña que provocó su despido o, al menos, que Iván acabó reconociendo lo equivocado de sus métodos y se unió a Otpor!, pero la verdad es que no sé qué fue de él. Lo más probable es que siguiera siendo policía hasta jubilarse años después con pensión completa. En realidad, tampoco importa porque, según nuestros compañeros, tras la brillante campaña en su contra, Iván ya nunca fue el mismo. Seguía arrestando a gente en las protestas, pero cumplía con ello sin mostrar interés alguno, limitándose a cumplir el protocolo. Ya no retorció muñecas ni partía barbillas. Estoy seguro de que, a sus ojos, el oprimido era él.

Obviamente, los carteles humillantes no eran más que una táctica, una forma de neutralizar a un enemigo poderoso. Esos mismos métodos de ostracismo social se utilizaron hace poco durante las protestas de Ocupa en Estados Unidos, en las que se

identificó y avergonzó públicamente a Anthony Bologna, del Departamento de Policía de Nueva York, y a John Pike, de las fuerzas de seguridad de la Universidad de California, en Davis, por rociar con gas pimienta a manifestantes que no suponían ninguna amenaza para la policía ni para nadie, pero, como vivimos en la era de los medios sociales, desactivar la opresión no sólo puede emplearse para reaccionar ante un enfrentamiento desafortunado, como sucedió con Iván en Subótica o con Anthony en Nueva York, sino también como una estrategia básica, como medio para transmitir el mensaje y obligar a tu oponente a entablar un debate que de otro modo nunca habría sostenido. Para entender esta cuestión, veamos la historia del rey Vladímir Putin I de Rusia, mi monarca favorito de la modernidad.

Todos recordaremos el momento en que el rey Putin fue increpado por un grupo de agitadoras musicales, unas doce jóvenes que siempre llevaban pasamontañas y se habían puesto el originalísimo nombre de Pussy Riot, que viene a significar «motín del coño». Sus canciones eran tan discretas como su nombre y sus mayores éxitos hasta la fecha eran «Putin se mea» y «Mata al sexista». Al igual que sus predecesores los Sex Pistols, montaban conciertos exaltados y teatrales y, también como ellos, lo hacían para captar la atención de la prensa. En una ocasión entraron como una exhalación en una catedral situada en el centro de Moscú y organizaron una actuación improvisada del tema «Oración punk: Madre de Dios, líbranos de Putin», un acto que escandalizó a casi todos los rusos devotos que vieron el vídeo en Internet, pero, a diferencia de los Pistols (ellos se esforzaron sin descanso por sacar de quicio a la Corona británica, pero se dieron de bruces con una regia y perpetua impassibilidad), las Pussy Riot fueron bendecidas con el adversario perfecto, el vengativo Putin y los burócratas egocéntricos que se desvivían por ganarse el favor de su jefe. En lugar de hacer la vista gorda, los líderes rusos emprendieron una acción legal enérgica y desproporcionada con una acusación de dos mil ochocientas páginas y una sentencia de años de internamiento en una colonia penitenciaria.

En febrero de 2012, antes de iniciarse la campaña contra las Pussy Riot, en Rusia muy pocas personas ajenas al círculo de activistas habían oído hablar de ellas, pero su arresto las catapultó repentinamente a los titulares de todo el mundo. Cuanto más apretaban las clavijas los acólitos de Putin, más fama cobraban ellas. Las integrantes del grupo que seguían en libertad grabaron otra canción desafiando a Putin a alargar aún más la condena de sus compañeras. Hasta Madonna pidió su libertad en el concierto que dio en Moscú. No había duda de quién tenía la sartén por el mango: incitando al régimen de Putin a utilizar su poder con tanta saña, las Pussy Riot consiguieron demostrar al resto del mundo que Putin era un déspota y que, además, resultaba ser poco eficaz: evidentemente, no sabía gestionar la sencillísima tarea de disolver a un ruidoso grupo de rock compuesto por veinteañeras con una afición quizás excesiva al lenguaje picante. Era como un chef que no sabe cocer un huevo. Para un hombre como Putin, a quien le encantaba que le hicieran fotografías con el torso desnudo, buceando

en busca de vasijas antiguas o forcejeando con tigres, no había peor insulto que las pullas de una pandilla de jovencuelas llamadas Pussy Riot.

Si eres activista y pretendes desactivar la opresión, el truco está en identificar situaciones donde la gente utiliza la autoridad más allá del límite razonable. No hace mucho se produjo un incidente en el hermoso estado de Kansas cuando unos estudiantes de bachillerato normales y corrientes hicieron una excursión con la clase a Topeka para hablar con el gobernador, Sam Brownback. En el país comunista en el que yo estudié en los años ochenta no reinaba exactamente la libertad de expresión que los estadounidenses tienen la suerte de disfrutar, ni había teléfonos móviles con los que jugar durante las excursiones del instituto. Pero podéis estar seguros de que si aquel día me hubiera encontrado en la misma situación que Emma Sullivan, yo habría hecho exactamente lo que hizo ella. Ocurrió que Emma, una alumna de último año que no sentía especial inclinación por la política del gobernador, sacó el móvil durante la asamblea, entró en Twitter y envió a sus sesenta y cinco seguidores el mensaje «Acabo de decirle un par de cosas desagradables al gobernador Brownback, entre ellas que es un petardo, en persona #heblowsalot», que más o menos significa «un capullo integral».

En realidad, durante aquella reunión Emma no dijo nada semejante, pero como puede confirmar cualquiera que haya entrado alguna vez en Internet, la verdad no importa. Cuando vieron el comentario de Emma en Twitter, los colaboradores del gobernador consideraron sus palabras sumamente ofensivas, tanto daba si las había pronunciado de veras o sólo las había escrito. Tomaron una decisión: había que castigarla. El equipo de Brownback envió el tuit de Emma a la dirección del instituto, que también se horrorizó ante semejante muestra de impertinencia adolescente. Tras una hora de tensa reunión, el director notificó el correctivo: exigió a Emma que le escribiera una disculpa al gobernador.

Hasta ese momento, las únicas personas que sabían lo que Emma había hecho eran unos cuantos funcionarios del equipo de Brownback, un par de personas del instituto y los seguidores que hubieran leído el mensaje. Sí, de acuerdo, seguramente lo que Emma hizo está mal (los alumnos no deberían usar el móvil durante las actividades escolares), pero tal y como le gusta señalar a mi amigo el politólogo Will Dobson, la gente normal no levanta barricadas porque las cosas se tuerzan. Para que el ciudadano normal y corriente se implique de verdad en un problema tiene que pensar que algo es injusto o está mal. Una nevada que paraliza a una ciudad entera es grave, pero nadie organizaría una protesta contra la meteorología. Sin embargo, si se descubre que las calles de un barrio siguen llenas de nieve mucho después de haberse limpiado las demás sólo porque sus residentes votaron en contra del alcalde, a la gente le parece injusto. Y obligar a una adolescente a disculparse por expresar su opinión sobre un gobernador en ejercicio (con todo el poder y la autoridad que conlleva el cargo) les pareció mal.

El caso de Emma apareció enseguida en muchos medios de comunicación, y a los pocos días llegó a la CNN y otros canales de noticias importantes. En todo ese despliegue mediático, a nadie parecía importarle que Emma hubiera calificado de petardo al gobernador. A la gente no le preocupaba su mala acción, lo que realmente la soliviantaba era la severidad de los adultos en esas circunstancias. Su ejercicio de autoridad se había vuelto en su contra simplemente porque estaba mal. ¿Cómo podía un gobernador y la dirección de un instituto castigar a una joven por ejercer su derecho constitucional a expresarse? Cuando aumentó la presión popular sobre Brownback y el director, el gobernador acabó disculpándose por la manera en que su equipo había gestionado la situación, el instituto dejó el tema a un lado y Emma, resarcida, ganó casi siete mil seguidores en Twitter en sólo una semana.

Tanto si lucháis contra un consejo escolar como contra un brutal dictador, desactivar la opresión requiere una simple operación aritmética que puede hacer fácilmente incluso un tío como yo, que en el instituto aprobó las matemáticas por los pelos y necesita que su mujer calcule la propina en un restaurante. Cuando penséis en el poder, recordad que ejercerlo tiene un coste y que vuestra labor como activistas es conseguir que ese coste suba y suba hasta que vuestro oponente ya no pueda permitirse pagar tamaña cuenta. Nadie es omnipotente y hasta los gobernantes más poderosos del planeta dependen de los mismos recursos escasos y limitados que necesitamos todos. Y es que, sea lo que sea que quieran hacer, los autócratas de este mundo también deben encontrar mano de obra, tiempo y dinero, en eso no se distinguen de los demás mortales.

Aunque sea muy elemental e ingrato, os pondré un ejemplo: el tipo de opresión que caracteriza al régimen de Bashar al-Asad en Siria (la destrucción de ciudades enteras) no sólo exige una desaforada sed de sangre, sino también mucho dinero. Alguien tiene que pagar los tanques, los aviones, las balas y los salarios de los soldados para que el ejército de Al-Asad pueda salir a matar a sus congéneres. Y el coste de la opresión se multiplica porque cada vez que Al-Asad bombardea una ciudad con armas químicas, destruye negocios y barrios que ya no podrán contribuir a la economía nacional. Olvidad por un momento el coste moral de aniquilar a su propio pueblo: Al-Asad también se está cargando su base recaudatoria. Es penoso calcular cuántos contribuyentes más puede asesinar el déspota antes de que no quede nadie para pagar el impuesto sobre la renta. Como aprenden todos los dictadores antes o después, la opresión tiene un precio.

El tipo de opresión de los dictadores acaba indefectiblemente creando mártires, y a cualquier movimiento le conviene utilizar a sus camaradas caídos o encarcelados como motivo de reivindicación. En 2003, por ejemplo, cuando unos policías de las Maldivas levantaron el clamor popular por haber torturado y asesinado a un adolescente, una activista llamada Jennifer Latheef se sumó a la gran protesta que se organizó contra la policía. Naturalmente, la policía no estaba muy contenta, así que, entre otras personas,

arrestó a Latheef y la acusó absurdamente de terrorismo. Pero si las autoridades maldivas creyeron que su dureza intimidaría a los miembros del movimiento prodemocrático de la isla, se equivocaron.

Muy al contrario, los activistas maldivos decidieron cobrarse cara la opresión y atacar a la dictadura en su punto más vulnerable: el bolsillo. Sabiendo perfectamente que el régimen dependía de los dólares de los turistas, los correligionarios de Jennifer Latheef se dirigieron a los profesionales del turismo y contaron su historia al mundo entero. Como consecuencia, las guías de Lonely Planet incluyeron unas cuantas frases sobre el encarcelamiento de esta osada joven en su edición sobre las Maldivas. Además, la editorial investigó qué complejos turísticos pertenecían o estaban administrados por personas estrechamente vinculadas a la dictadura e hizo mención expresa de ellas en sus páginas. De este modo, los turistas occidentales (de los que se nutría el régimen maldivo) pudieron transmitir al Gobierno que los intentos policiales de silenciar la disensión a base de mano dura le costarían al tesoro público una considerable cantidad de dinero. Y funcionó. En 2006, Latheef recibió una oferta de indulto presidencial que, por cuestión de principios, ella rechazó. Todo el asunto resultó tremendamente embarazoso para el régimen y la envergadura de la opresión desplegada contra las protestas se consideró un error colosal.

Estudiemos también el caso de Khaled Said en Egipto, un joven alejandrino de lo más normal que la policía asesinó en 2010 sin motivo aparente en el vestíbulo de un edificio residencial. Cuando horas después su conmocionada familia acudió a la morgue a recoger el cuerpo, ninguno podía creer aquello que estaba viendo. Sí, era su querido Khaled quien yacía muerto ante sus ojos, pero en aquel cuerpo expuesto en la mesa apenas podían reconocer a su hijo o hermano porque la policía se había ensañado hasta tal punto que aquel cadáver hinchado estaba reducido a un montón de cardenales negros y azules y bultos enrojecidos. Horrorizado, el hermano de Khaled hizo una fotografía del cadáver con el móvil y más tarde la familia decidió subirla a Internet para llamar la atención sobre el caso. Entre las personas que vieron y se espantaron con aquella imagen estaba Wal Ghonim, un ejecutivo de márketing de Google que utilizó la fotografía para abrir en Facebook una página titulada «We Are All Khaled Said» [todos somos Khaled Said]. A miles de egipcios les «gustó» la página (qué forma más horrible de usar la expresión) y la indignación causada por la muerte de Khaled fue una de las chispas que Mohammed Adel y el Movimiento 6 de Abril aprovecharon para poner en marcha la revolución egipcia.

Khaled Said pasó de ser un chico anónimo de Alejandría a convertirse en un icono nacional y en el detonante de la agitación en la zona, todo porque la policía decidió asesinarlo sin razón. Al igual que el suicidio de Mohammed Bouazizi, el vendedor de fruta tunecino al que humilló la policía y se quemó a lo bonzo para protestar por la pobreza y la opresión que soportaba a diario a manos del Gobierno, el asesinato de

Khaled Said volvió a demostrar que, de vez en cuando, a los dictadores sus crímenes les pasan factura.

Y creedme, siempre hay un modo de hacérsela pagar. Cuando la República Islámica de Irán prohibió que se hablara de Neda Agha-Soltan, la joven asesinada en 2009 por los servicios secretos del régimen durante una manifestación a favor de la democracia en Teherán, muchos activistas prodemocracia buscaron la manera de mantener vivo el nombre de su compañera mártir, pero no lo tenían nada fácil. El Gobierno prohibió la asistencia pública al funeral de Neda y las calles de Teherán se llenaron de milicias favorables al régimen deseosas de buscar un lío al primero que se pasara de la raya. Visto el panorama, unos activistas iraníes me pidieron consejo. Cuando llevábamos un rato debatiendo el problema, nos dimos cuenta de que, aunque las autoridades podían fácilmente impedir que se pronunciara el nombre de Neda, les sería casi imposible evitar que se cantara.



Mujer ucraniana colocando un clavel en el escudo de un policía durante la Revolución Naranja (2003; Vasili Fedosenko, Reuters).

Neda (al igual que Carmen o María en español) es un nombre bastante común en persa y hay montones de canciones pegadizas de música pop y folk sobre «los

maravillosos ojos de mi amada Neda» o sobre «cuánto me gusta la sonrisa de la hermosa Neda». Bastaba con que los iraníes crearan y distribuyeran tonos de llamada con estos temas populares: cuando alguien recibiera una llamada en un autobús o un mensaje de texto en un café, todo el mundo a su alrededor oiría el nombre de Neda y sabría que muchas personas pensaban en ella. ¿Qué podrían hacer los ayatolás? Sí, claro, prohibir varias canciones emblemáticas de pop, pero, cuanto más se hundiera el régimen en este pozo sin fondo, más ridículo resultaría ante el público en general.

Para desactivar la opresión, os conviene saber qué pilares del poder podéis utilizar para reafirmar vuestro caso. En Birmania, la severidad de la reacción contra la marcha de Ashin Koviada le costó al régimen el apoyo del imprescindible pilar religioso. Koviada apostó con acierto que al final los monjes vencerían toda oposición y, aunque muchos fueron asesinados y muchos más arrestados, la junta demostró su impotencia contra ellos porque, al soportar la opresión con entereza y dignidad, los monjes se habían granjeado las simpatías de una población profundamente religiosa. En Serbia, hicimos una apuesta similar por los médicos de provincia: dada la corrupción del sistema de seguridad social, la gente, sobre todo en las pequeñas poblaciones, tenía que recurrir al médico de cabecera para que les tratara cualquier problema de salud que pudieran sufrir, motivo por el cual en esas zonas los serbios veneraban a sus médicos y, desde un punto de vista práctico, el régimen, sencillamente, no podía tocarlos. En esos lugares, lo único que había que hacer para desactivar la opresión era convertir a unos cuantos médicos a la causa y observar cómo la policía se las veía y deseaba para cumplir órdenes por un lado y respetar a sus queridos médicos por el otro. Todos los movimientos no violentos que han triunfado se cimientan en creer que el cambio es posible, en soñar en grande pero empezar por lo pequeño, en tener una visión de futuro, practicar el risactivismo y desactivar la opresión, pero, como pasa con cualquier edificio, no bastan los cimientos. Si no se construye una estructura sólida con calma y voluntad, lo más probable es que se venga abajo. Y lo primero que hace falta para que una casa se mantenga en pie es que todos trabajen unidos.

## ¡ES LA UNIDAD, ESTÚPIDO!

Si habéis llegado hasta aquí, supongo que, además de por mi famosísimo sentido del humor serbio, sentís un verdadero interés por las circunstancias en que la gente normal y corriente puede hacer cosas extraordinarias y cambiar su comunidad, su país y el mundo. Por eso, los próximos capítulos hablarán menos sobre qué es la acción no violenta y más sobre cómo se pone en práctica, es decir, sobre los principios sin los cuales ningún movimiento puede sobrevivir.



Activistas de Otpor! alzando el puño en Belgrado durante la primavera de 2000 (Petar Kujundzić, Reuters).

Para empezar esta sección del libro, no se me ocurre ningún lugar mejor que Bielorrusia. De algún modo, este hermoso país lindante con Rusia se perdió la caída del Muro de Berlín y en la actualidad sigue viviendo el sueño soviético, pero retrocedamos ahora en el tiempo hasta el año 2010, en vísperas de las elecciones presidenciales bielorrusas. Desde 1994, el país está sometido al yugo de un déspota despiadado y corrupto llamado Alexander Lukashenko, último dictador de Europa. Hombre de numerosos talentos, el alto y bigotudo Lukashenko es un gran aficionado al *hockey*, al esquí de fondo y a la tortura. También se ha leído de cabo a rabo el manual del tirano: a los pocos años de ser elegido por primera vez, ya había conseguido dismantelar el Parlamento, reforzar la policía secreta y levantar un régimen considerado opresivo incluso en una región donde todavía muchos recuerdan a Stalin con cariño.

Hartos del hombre en que se había convertido su amado presidente, los bielorrusos se sublevaron. En 2006, miles de ciudadanos se manifestaron en la Revolución de los Jeans, así llamada porque en Bielorrusia los vaqueros son una prenda que todavía representa la promesa de la democracia y la prosperidad occidentales. Se trató de un noble intento de derrocar al dictador, pero fracasó: los gorilas de Lukashenko eran inamovibles, el movimiento de protesta estaba demasiado desorganizado y el déspota volvió a ganar con mayoría abrumadora las elecciones de ese año. Sin darse por vencida, la oposición redobló sus esfuerzos y, cuando llegaron las elecciones en 2010, los activistas prodemocráticos bielorrusos habían logrado ejercer suficiente presión, dentro y fuera del país, para obligar a Lukashenko a celebrar unos comicios vagamente parecidos a unas elecciones libres. Acudió a las urnas más del 90 % de la población censada y la mayoría de los bielorrusos estaban convencidos de que Lukashenko se enfrentaba a una derrota inminente.

¿Y qué ocurrió?

Si la vida fuera una película de Hollywood, la noche electoral en Minsk habría transcurrido del modo siguiente. En su despacho sombrío y lúgubre, el dictador reconoce sin entusiasmo la derrota mientras sus esbirros se disponen a huir del país para no enfrentarse a las investigaciones judiciales que casi con seguridad emprenderá contra ellos el nuevo gobierno elegido democráticamente. Al otro lado de la ciudad, en algún alegre salón de banquetes atestado de seguidores ruidosos, el nuevo presidente, un hombre normal, inteligente y animoso, pronuncia un discurso alentador sobre el cambio, las esperanzas y las promesas. La celebración se prolonga durante días en todos los bares de la ciudad. La calificación crediticia internacional sube como la espuma. Anderson Cooper vuela al país para entrevistar a los héroes de aquella revolución pacífica.

Pero la noche electoral en Minsk no fue así en absoluto. Se pareció mucho más a la famosa escena de *La vida de Brian* de Monty Python en la que unos cuantos judíos están sentados en un anfiteatro sin hablar entre ellos porque cada uno representa a una secta

política disidente. En 2010, en representación del Partido Socialdemócrata, el Partido Demócrata Cristiano, la Unión Modernizadora, el Partido Cívico Unido y el Frente Popular Bielorruso se presentaron nueve candidatos contra Lukashenko. ¿Desconcertados? También los bielorrusos. Todos los candidatos de la oposición eran hombres excelentes (entre ellos había un abogado, un poeta y un economista), pero representaban demasiadas opciones. Cada uno recibió un pequeño porcentaje del voto y buena parte de la energía de la oposición se perdió en luchar entre sí por minúsculas diferencias en vez de unirse contra su oponente común. Lukashenko podía presumir de haber obtenido una victoria importante en unas elecciones más o menos libres. Para la oposición aquél fue el peor resultado imaginable.

Yo ya había vivido aquello. En Serbia, antes de unirnos en torno a Otpor!, las elecciones con Milošević seguían exactamente la misma pauta. La gente que estudia estas cosas lo llama «atomización». Milošević recababa un número considerable de votos, rapiñaba unos cuantos miles más y, después, se sentaba a esperar a que la fragmentada oposición desaprovechara la ocasión de conseguir algo peleando los unos con los otros. Discutiendo le hacíamos el trabajo al dictador, razón por la cual en Otpor! libramos dos batallas paralelas desde el principio, una para poner fin a la dictadura y otra para unir en una misma estructura común a los partidos políticos enfrentados. Metimos deliberadamente en el mismo saco la lucha por la unidad y nuestra batalla contra Milošević, y funcionó.

La unidad, eso debe tenerse en cuenta, es algo delicado. No sólo es uno de los elementos más importantes para el éxito de cualquier acción no violenta, sino también el más difícil de conseguir, y es así por buenas razones. La primera tiene que ver con la naturaleza de los regímenes opresores. En el Egipto de Hosni Mubarak (como en tantas otras dictaduras), las reuniones de más de cinco personas se consideraban ilegales, de manera que era prácticamente imposible crear asociaciones de ciudadanos. Al atomizar la sociedad egipcia en diminutos fragmentos, Mubarak seguía el milenarismo principio dictatorial de «divide y vencerás». Como otros muchos autócratas, sabía que la unidad depende de la formación de coaliciones y que éstas dependen de la capacidad de la gente para reunirse, compartir sus opiniones y limar sus diferencias. Cuando se ilegaliza esta posibilidad, es del todo improbable que pueda gestarse una oposición bien organizada y engranada.

No obstante, la unidad es un concepto difícil por otra razón mucho más fundamental: la tendencia innata, una tendencia que hasta cierto punto comparte casi todo el mundo, a creer que sabemos más que los demás. Soy el primero en declararme culpable de tamaña insensatez. Cuando eres muy joven y apasionado (como muchos activistas) y te encuentras trabajando junto a otros jóvenes apasionados, es fácil que en algún momento mires al colega que se sienta a tu lado y te preguntes cómo es posible que te hayas relacionado jamás con semejante imbécil. Porque los movimientos son crisoles candentes y concurridos, concebidos para fundir hasta el metal más resistente.

Todavía hoy, a mis amigos de Otpor! les gusta reírse de las cosas que decían cuando se enfadaban hace más de diez años, y muchas de esas peleas (las mismas que ahora nos parecen tan necias e insignificantes) fácilmente podrían haber desembocado en que alguno de nosotros abandonara el grupo con la intención de iniciar un movimiento rival «más puro».

Pero aún hay más. El problema de la unidad llega a ser todavía más espinoso porque hay muchísimas variedades de unidad. En Serbia, por ejemplo, teníamos que conseguir que diecinueve partidos de la oposición que se odiaban mutuamente trabajasen juntos. Nosotros pensábamos que nuestra baza para ganar estaba en la unidad política y, la verdad, en cierto sentido tuvimos suerte porque cuando el reto al que te enfrentas es el de la unidad política, siempre puedes recurrir al tira y afloja y a los acuerdos entre bastidores de siempre. Pero imaginaos a los activistas que necesitaban forjar la unidad racial entre blancos y negros durante la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y Sudáfrica. Qué difícil. Igualmente, el movimiento por los derechos de los gais tuvo que crear una unidad cultural entre homosexuales y heterosexuales, y Dios se apiade de los desdichados que, en lugares como Egipto y Siria, intentan crear un espíritu de unidad religiosa para luchar contra el sectarismo violento en Oriente Medio. En otras partes del mundo, desde Río de Janeiro hasta Nueva York y desde Tel Aviv hasta Moscú, hay gente que se esfuerza denodadamente por crear la unidad social intentado demostrar que los deseos de las personas de las urbes cosmopolitas no difieren tanto de las esperanzas y aspiraciones de las poblaciones rurales alejadas de los centros de poder. Una tarea nada fácil.

Aun así no hay motivo para deprimirse, porque es posible conciliar hasta a los grupos más dispares si el problema se aborda desde la perspectiva correcta: hay que tener en cuenta que estas grandes unidades estratégicas se dividen en pequeñas unidades tácticas y por ellas es por donde hay que empezar.

El primer paso consiste en entender la naturaleza de la avenencia. Cuando hace mucho tiempo le pidieron al escritor E. B. White que definiera la democracia, respondió que la democracia era la sospecha recurrente de que más de la mitad de la gente tiene razón más de la mitad del tiempo. No bromeaba, pero olvidó un componente clave, a saber, que para que un sistema así funcione, hace falta un grado importante de toma y daca. Y esto, triste es decirlo, no tiene atractivo. Nunca nadie se ha manifestado, protestado ni reunido frente a un ayuntamiento sólo para gritar: «No estoy del todo de acuerdo con vuestras ideas, pero en interés del progreso estoy dispuesto a reconsiderar las mías y cambiarlas». Por otro lado, salir en masa a la calle cada uno con sus opiniones y sus consignas favoritas es un error. Basta con preguntarles a las miembros de Femen.

Fundado en 2008 por una joven economista ucraniana preocupada por el próspero comercio sexual que sometía a muchas mujeres tanto en su propio país como en otros lugares a una vida de pobreza y violencia, este grupo activista pronto encontró una táctica muy efectiva instando a las mujeres jóvenes a manifestarse con muy poca ropa.

Quizás os sorprenda, pero su semidesnudez despertó el interés de la gente y logró que los medios de comunicación empezaran a prestar atención de verdad al mensaje de Femen. Poco después, una de las integrantes del grupo se dio cuenta de que llamaría más la atención sin ninguna prenda y salió a protestar con el torso desnudo y, al poco tiempo, éste fue el sello distintivo del grupo.

Al principio, Femen centró sus actividades en temas básicos sobre los derechos de la mujer. Cercaban las embajadas de países que oprimían a las mujeres y peleaban por políticas estrictas que prohibieran la prostitución. En aquel momento, Femen disfrutaba de unidad. Con el pecho al aire mantenían el interés de los medios de comunicación y, en cuanto los focos las iluminaban, estas valientes mujeres sabían transmitir muy bien su mensaje, pero, en cuanto el movimiento creció, también lo hizo la tentación de desviarse en todas las direcciones. En Kiev, por ejemplo, las activistas de Femen salieron desnudas a protestar por la falta de lavabos públicos en la ciudad. Otras cortaron varias cruces de madera con una motosierra en apoyo de las Pussy Riot. En Berlín desnudaron a una Barbie y la quemaron crucificada a las puertas de un nuevo museo dedicado a la famosa muñeca para protestar por la supuesta encarnación del ideal femenino. Durante los Juegos Olímpicos de Londres (2010) aparecieron untadas de sangre falsa y coronadas con guirnaldas de flores para protestar porque en las competiciones deportivas participaban «regímenes islamistas sanguinarios» sin concretar. No pretendo quitar importancia a ninguna de estas acciones. Todas se organizaron en apoyo de causas válidas y el simple hecho de haber oído hablar de ellas significa que, como poco, algún éxito tuvieron.

Pero la diversificación de metas, causas y mensajes de Femen ha desdibujado el objetivo del grupo y el mensaje que antes daba coherencia a sus acciones ha perdido rigor; actualmente, cuando los medios identifican a una activista de Femen con los pechos al descubierto en una protesta, ya no saben si se manifiesta por los derechos de la mujer, el laicismo u otra cosa completamente diferente.

Éste es el riesgo de poner en peligro la primera y seguramente también la más importante unidad táctica: la unidad de mensaje. A nosotros nos costó un tiempo entender este principio capital sin el cual muy probablemente Milošević seguiría en el poder y yo estaría muerto, en la cárcel o pasando un exilio largo y forzoso con un trabajo miserable sacando las vísceras de los pescados en California. Cuando debatíamos nuestra visión de futuro, teníamos claro que contenía infinidad de visiones: queríamos un buen sistema educativo que no les lavara el cerebro a los niños con basura nacionalista, una economía libre que no estuviera dirigida por incompetentes y maleantes, relaciones pacíficas con nuestros vecinos, una cultura sólida que permitiera el desarrollo de todas las vertientes del arte y muchos otros aspectos que, entretejidos, componen una vida normal y feliz. Si nos hubiéramos manifestado por todas esas cosas no habríamos parecido serios, habría parecido que carecíamos de objetivo, que teníamos un gran lío, que no nos aclarábamos. Para evitarlo, sintetizamos todas

nuestras ideas y esperanzas en un único eslogan («Está acabado», en alusión al dictador), lo que nos ayudó a olvidar nuestras diferencias y a unirnos con un objetivo común.

Ese simple eslogan, «Está acabado», bastó para poner de nuestro lado a todos los que querían un futuro sin Milošević y para mantenernos claramente centrados en «él» a pesar de las distintas metas que también querían alcanzar los diferentes grupos de interés. Necesitábamos un único mensaje, no las diecinueve plataformas distintas de todos los partidos de la oposición. Hay una razón por la que la empresa FedEx emplea el mismo logotipo morado y naranja en todos sus aviones, camiones, sobres, formularios, camisetas y gorras. FedEx tiene que mantener un mensaje unánime. Vosotros, también.



«Está acabado»; Otpor! produjo un millón de pegatinas como ésta entre agosto y septiembre de 2000.

Mantener la unidad de mensaje ya es de por sí bastante complicado, pero lo verdaderamente difícil es mantener la unidad del movimiento. Cuando mi compañero Slobodan, sí, ese amigo mío que parece un general fuerte y curtido en la batalla, se reúne con los activistas, le gusta abrir el tema de la unidad del movimiento con una sencilla presentación de fotografías emblemáticas. En primer lugar, enseña al público imágenes de las protestas de 2003 contra la Guerra de Irak. Se trata de fotografías conocidas, tomadas directamente de las retransmisiones de la CNN y de las páginas del *New York Times*, que retratan a las multitudes de entusiastas que faltaron al trabajo para denunciar con carteles y pancartas al presidente Bush y la inminente invasión estadounidense. Sale gente de toda condición, desde profesionales bien vestidos hasta defensores de la teoría de la conspiración algo desquiciados, todos unidos tomando la calle por una sola causa.

—¿Qué veis? —pregunta Slobo a sus alumnos.

—Protestas contra la guerra.

Sí, ésa es la respuesta.

Entonces Slobo proyecta imágenes del festival original de música de Woodstock. En ellas, jipis cubiertos de barro y vestidos con telas teñidas de colores corretean por el campo, fuman hierba y se besuquean con desconocidos.

—¿Y aquí qué veis? —pregunta Slobo.

—Un movimiento contra la guerra —responden automáticamente.

Da igual dónde exhiba Slobo estas dos presentaciones, las respuestas son siempre las mismas. Aquel grupo pintoresco de jipis embarrados estaba unido por tantas cosas que la gente adivina inmediatamente que se trata de un movimiento. Sin ninguna otra indicación (ni carteles ni lemas), conoces los gustos musicales de los jipis de Woodstock, las drogas que probablemente consumen y lo mal que huelen, sólo con verles el pelo enmarañado y la ropa estrambótica. Tampoco hay duda sobre sus ideas políticas. Defienden la paz y el amor. Porque los jipis, tanto si viven en California como en Belgrado, están unidos por una identidad común. Y es precisamente ese sentido de la identidad grupal lo que separa los grandes movimientos de las protestas aisladas.

Cualquier movimiento, ya pretenda derribar a un dictador o promocionar la agricultura ecológica, necesita una identidad de grupo. Los miembros del movimiento verde, por ejemplo, apagan todas las luces al salir de casa, reciclan el plástico y bajo ningún concepto tiran basura a la calle, y eso ocurre tanto si hablamos de mi amiga Ariane Sommer, una vegana de California, como de la mujer de Duda, mi mejor amigo, una ecologista que cultiva sus propias verduras al otro lado del mundo en la lejana Belgrado. No importa dónde estén ni qué otras preocupaciones puedan tener: forman parte de algo más grande. Eso es lo que distingue a un movimiento unido y, como demuestran los alumnos de Slobo, es evidente en cuanto lo ves.

Sin embargo, la unidad de un movimiento no sólo es cuestión de cultura, sino también de administración. El ejemplo de una organización estadounidense llamada Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS, por sus siglas en inglés) puede servirnos de advertencia. En los años sesenta, el SDS era importante. Su crecimiento fue explosivo: de dos mil quinientos miembros en otoño de 1964 pasó a tener más de veinticinco mil sólo un año después, y en 1969 contaba con unos cien mil miembros y con presencia en casi cuatrocientas universidades. El movimiento político que ayudó a crear convocó a miles de personas a manifestarse en Washington D. C., entre ellas a los seguidores de varias estrellas de rock y de otros ricos y famosos. Cabía pensar que el SDS estaba preparada para lograr sus objetivos y poner fin con éxito a la Guerra de Vietnam. Y eso era exactamente lo que pensaban muchas personas del movimiento.

Pero cuanta más notoriedad ganaba el SDS, más incómoda les parecía la noción de estructura a sus miembros. No soportaban tener un presidente y un vicepresidente, argüían que esos cargos eran propios de un banco, no de un movimiento serio que aspiraba a presentar una alternativa a un sistema que consideraban tremendamente corrupto y violento. Como consecuencia, impaciente por democratizar su propia organización, el SDS se reunió en 1967 y aprobó cambios sustanciales, como suprimir las figuras de presidente y vicepresidente e instituir en su lugar una estructura mucho más abierta. Muchos de sus miembros quedaron satisfechos, pero la medida dejó desprotegida la entidad frente a todo lo que vendría después. Dos años más tarde,

cuando la guerra causaba estragos y el país se veía azotado por disturbios raciales, asesinatos y otras calamidades, el SDS se reunió de nuevo para debatir su futuro.

Desde el primer momento, nadie dudaba de que la convención del SDS en 1969 no iba a ser como las demás. En el vestíbulo deambulaban representantes de varias facciones repartiendo documentación; si te molestabas en leerla, saltaba a la vista que todas esas personas no tenían casi nada en común. Cada facción había adoptado planteamientos ideológicos diferentes, pero en aquella caótica convención la lucha se dirimía básicamente entre, por un lado, los miembros del SDS que creían en las protestas y los procedimientos establecidos y seguían comprometidos con la acción no violenta, y, por otro, los militantes que pensaban que la única manera de detener la guerra era «traerla a casa», lo que implicaba iniciar una campaña de bombardeos y tiroteos en ciudades estadounidenses... una idea despreciable en lo moral, lo político y lo práctico. Tras muchas discusiones a voz en grito y gran cantidad de manifiestos mal escritos, el SDS se escindió en dos grupos. Aquélla fue su última convención: al inicio de los setenta, el SDS ya sólo era un nombre.

En cierta medida, la escisión podía atribuirse al atractivo embriagador de la política revolucionaria (todas las personas involucradas eran jóvenes veinteañeros), pero en mayor medida lo que le ocurrió al SDS fue algo ineludible. Sin unidad organizativa, todo se desmorona. Ésa es una de las pocas cosas que puedo asegurar en este libro. La política es, básicamente, una disputa por el poder entre grupos rivales. Cuando escribo estas líneas, por ejemplo, Yemen está rematando la victoriosa expulsión de su propio dictador, Ali Abdullah Saleh, con interminables negociaciones sobre negociaciones y con todos los partidos políticos enfrentados por la representación que deberían tener en la Conferencia para el Diálogo Nacional, el tan esperado foro donde deben configurar democráticamente el futuro de la nación. Y quién no recuerda lo que ocurrió en Egipto cuando cayó Mubarak, bueno, eso lo dejo para otro capítulo. La cuestión aquí es que los movimientos son como aviones. Sin piloto al mando, se estrellan. Y nunca se sabe quién recogerá los restos.

Entonces, ¿cómo puede garantizarse la unidad? La respuesta más sencilla es que no se puede. Nadie puede hacer gran cosa para asegurar que los seres humanos no se comporten como seres humanos y encuentren motivos para pelearse y dividirse. Ya seáis como el SDS, y dejéis mucha libertad a todo el mundo, o como los yemeníes, con una estructura muy rígida de comités, seguro que antes o después habrá tensiones. Sin embargo, lo que sí podéis hacer es aprender de la experiencia ajena. Antes he hablado de la práctica que elaboramos en Otpor! de trazar una línea en un papel y ver a cuántas personas puedes incluir en tu lado de la hoja. Es lo que llamamos la «línea divisoria». Recordaréis que al final Harvey Milk ganó las elecciones cuando se dio cuenta de que hacer campaña por mejorar la calidad de vida atraería a muchas más personas que limitarse a hablar de los problemas específicos que interesaban a la comunidad gay.

Como podéis imaginar, se trata de una buena estrategia para lograr la unidad, y, a pesar de todos los errores que cometieron después, a los revolucionarios egipcios les sirvió al principio, para desplegar la línea divisoria religiosa. Los primeros días de la revuelta de 2011 en la plaza Tahrir, por ejemplo, algunos comentaristas predijeron que sólo era cuestión de tiempo que la violencia sectaria hiciera descarrilar aquel tren de euforia. ¿Cómo respondieron los activistas a esta preocupación? Un viernes, cuando una muchedumbre de musulmanes se arrodilló para orar, sus compañeros cristianos hicieron algo inaudito en la agitada historia del país: enlazaron las manos y formaron un cordón protector para salvaguardar del hostigamiento a sus amigos musulmanes y darles espacio para rezar en paz. Dos días después, llegado el domingo, fue el turno de orar para los cristianos y de montar la guardia para los musulmanes. En un momento dado, en medio de la conmoción de la plaza Tahrir, una pareja cristiana celebraba su boda en público, y cuando se volvieron hacia la multitud los recién casados recibieron las felicitaciones de musulmanes y cristianos por igual. Conmoverido por la unidad religiosa de la plaza, el reverendo Ihab al-Kharat se dirigió a los manifestantes con una bendición increíble: «En el nombre de Jesús y de Mahoma, cerremos filas —dijo—. Seguiremos protestando hasta el fin de la tiranía». Y así fue.

Ya sé que es un ejemplo extremo, pero debería inspirar a todo aquel que se plantee emprender el camino de la acción no violenta. Triste es decirlo, pero este espíritu se pierde fácilmente y rara vez se debe a causas malintencionadas. En Rusia, por ejemplo, las oleadas de manifestaciones recientes contra la continua acumulación de poder del Kremlin han arrastrado a miles de personas a la calle. Con la ayuda de activistas creativos como las Pussy Riot, el movimiento anti-Putin cobró enseguida renombre internacional e hizo concebir esperanzas a todos los opositores al régimen del déspota, pero muy pocos periodistas se fijaron en un detalle que ha resultado ser el más importante: todos los hombres y mujeres que dieron la cara valerosamente para manifestarse en público estaban hasta cierto punto cortados por el mismo patrón y procedían del mismo sector reducido de la sociedad. Todos eran relativamente jóvenes, de treinta o cuarenta años, bien educados y de clase media, personas que viajaban al extranjero, navegaban por la red y leían las noticias de fuentes independientes. Todos eran sofisticados residentes de Moscú y San Petersburgo para quienes las excentricidades del grupo punk de nombre grosero y del colectivo de arte Voina constituían ejemplos inspirados de sátira mordaz.

Pero gran parte del resto de Rusia disentía. Para la clase trabajadora de las ciudades pequeñas o los pueblos de aquel inmenso país, las Pussy Riot habían ido demasiado lejos. Quizá sí pensaran que en Rusia había injusticia y desigualdad, pero al ver a aquellos compatriotas suyos tan cosmopolitas y tan bien vestidos apenas podían identificarse con ellos, razón por la que los esfuerzos hechos desde Moscú y otras grandes ciudades no parecían ir con ellos. Los campesinos rusos (la gran mayoría del país es campesina) no encontraban su lugar en ese movimiento moderno de protesta

urbana. Cuando llegó el verano de 2013, sólo el 11 % de los rusos expresaron su voluntad de protestar; un fuerte descenso con respecto a la época dorada del movimiento opositor.

Si les hubierais preguntado a los manifestantes de Moscú si deseaban la participación de sus remotos conciudadanos, seguramente habríais oído un discurso apasionado sobre la importancia de la unidad del pueblo ruso, pero no hubo tal unidad. No es que los moscovitas recelaran de los campesinos, sino que no actuaron como nuestro amigo Imran Zahir en las Maldivas. No salieron a escuchar a la gente por todos los rincones del país para averiguar cómo podrían convencer a personas de todas clase y condición de que se unieran a su causa. Los movimientos son seres vivos, y a menos que la unidad se planifique y se trabaje, no se materializa por sí sola. Por esa razón es tan importante que siempre pueda identificarse con el movimiento el mayor número de gente posible.

Hace un tiempo quedé con dos activistas ambientales de California, Rachel Hope y Chris Nahum, para tomar una cerveza. A Rachel y a Chris se los conoce como los «osos polares cabreados» y se hicieron famosos provocando carcajadas en las convenciones del Partido Demócrata y del Partido Republicano en 2012 disfrazados de osos polares y sosteniendo pancartas con frases como «¿Y a mí me dejáis que haga una pregunta?».

Rachel y Chris son divertidos, inteligentes y buenísimos anfitriones. Su objetivo era atraer la atención sobre el calentamiento global y la desaparición de los casquetes polares, y, sí, tuvieron éxito, pero por más que los osos polares y su hábitat menguante despierten ternura y compasión entre los veganos y ecologistas de California y otros lugares de ambas costas, en el interior de Estados Unidos no parece importar mucho el drama de estos animales exóticos del Ártico. Aparte de algún reportaje de National Geographic, la mayoría de la gente del Medio Oeste no debe de haber dedicado más de cinco minutos de su vida a pensar en los osos polares. ¿Qué ocurriría, les pregunté a Rachel y a Chris, si en lugar de disfrazaros de osos polares aparecierais en los próximos caucus de Iowa vestidos de mazorcas de maíz secas, víctimas del aumento de las temperaturas y la frecuencia de las sequías? Al fin y al cabo, el calentamiento global tiene graves efectos en la agricultura y seguro que los granjeros de Iowa reaccionarían más favorablemente ante algo que apelase a su propia experiencia. En Nebraska, por ejemplo, Rachel y Chris podrían vestirse de vacas hambrientas con las costillas marcadas, y así sucesivamente.

Los manifestantes de Brasil están aprendiendo bien esta lección. Sus revueltas sociales son los primeros movimientos de masas iniciados únicamente por miembros de la clase media acomodada, la misma que, a lo largo de la historia, se ha preocupado por cómo disponer la mejor vajilla de porcelana en la vitrina mientras ricos y pobres se enfrentaban en ciclos repetitivos de violencia. Resulta alentador que ahora se hayan interesado por la política en lugar de quedarse en casa viendo la televisión o comprando por Internet.

Pero al tener poca experiencia en este tipo de activismo, los participantes de la llamada Revuelta del Vinagre suspendieron el examen inicial de la línea divisoria porque limitaron sus demandas y su forma de protestar y sólo atrajeron a urbanitas como ellos, dejando de lado zonas enormes de compatriotas menos cultos y menos acaudalados pero igualmente descontentos que podrían haberse unido a la lucha. Los activistas no tardaron en aprender de estos primeros errores y en descubrir cómo crear un fuerte sentimiento de unidad social. Entre los más interesantes destacaba el conocido chef David Hertz, una versión más encantadora de Jamie Oliver. Utilizando la comida para sentar a la gente a conversar, Hertz lanzó un movimiento llamado Gastromotiva con el que reunió a miembros de las clases medias y de las más pobres en seminarios y actos culinarios a los que asistían importantes políticos brasileños. Hertz y otros activistas de Brasil demostraron, animando a todos a trabajar codo con codo, que es posible unirse y exigir concesiones del Gobierno. Y, en 2013, como respuesta a las demandas populares, la presidenta de Brasil prometió destinar el cien por cien de los ingresos petrolíferos del Estado a la educación.

Es importante observar que, aunque las figuras públicas como Hertz pueden aumentar la influencia que puede ejercer un movimiento y aglutinar a más gente alrededor de su figura, hay una forma correcta y una incorrecta de utilizar a las celebridades para respaldar una causa. Las figuras carismáticas pueden dar unidad a un movimiento, pero el carisma conlleva responsabilidad: demasiadas cosas dependen de una sola persona. Esa persona puede morir asesinada, como Benigno Aquino en Filipinas, ser encarcelada o sometida a arresto domiciliario, como Aung San Suu Kyi en Birmania, o, como en el caso de Morgan Tsvangirai en Zimbabwe, simplemente cometer una serie de estupideces y terminar siendo manipulado por sus oponentes. Y los famosos, por más que les guste implicarse en causas y cruzadas de toda naturaleza, suelen ser recursos difíciles de aprovechar. Para dejar más clara la cuestión, considerad el movimiento Ocupa Wall Street. He aquí una lista breve y muy incompleta de las estrellas que lo apoyaron en su momento: Kanye West, Russell Simmons, Alec Baldwin, Susan Sarandon, Deepak Chopra, Yoko Ono, Tim Robbins, Michael Moore, Lupe Fiasco, Mark Ruffalo, Talib Kweli y Penn Badgley de *Gossip Girl*. No hace falta ser crítico cultural para darse cuenta de que estos artistas atraen a un sector muy concreto de la población, el sector que escucha rap, defiende una política de izquierdas y sigue programas de televisión muy elogiados pero muy poco vistos como *30 Rock* y películas como *Los chicos están bien*.

Ahora imaginad a alguien que vive, por ejemplo, en Indiana y que escucha a Brad Paisley, juega al fútbol en la universidad y tiene una visión del mundo más conservadora. Es bastante posible que esa persona, al diablo con los estereotipos, también considere que el sistema actual no acaba de funcionar y que a Estados Unidos le vendría bien un poco más de justicia social. Pero la identidad cultural y grupal de Ocupa nunca resultó atractiva para este tipo de personas, lo cual, si os detenéis a

pensarlo, habría sido muy fácil: habría bastado (y aquí estoy simplificando un poco, pero no mucho) con invitar a músicos que nadie considerase «los de siempre». Por ejemplo, ¿qué tal si, en lugar de Talib Kweli liderando a la multitud con una exaltada consigna de rap, hubiera aparecido alguien como Lee Greenwood, cuya fama se debe, sobre todo, a su «God Bless the USA», cantando a pleno pulmón unas cuantas melodías patrióticas? Los espectadores del centro del país habrían percibido el movimiento como una fuerza unificadora, un intento sincero de mantener una conversación entre varios, no como un mero arrebató reformista.

E imaginad qué ocurriría si los activistas de Ocupa, en lugar de tomar plazas simbólicas en grandes ciudades, hubieran intentado ir allí donde vive y trabaja el estadounidense medio para divulgar su mensaje en lugares como el imaginario South Park y los pueblecitos tranquilos del cinturón industrial. Para ello sólo tendrían que volver a trazar la línea divisoria y lograr que se acercara más gente al movimiento. A fin de cuentas, entre «somos un movimiento progresista de gente que desea practicar sus ideas» y «somos un movimiento progresista de gente que cree que los ciudadanos normales y corrientes de este país merecen un respiro» no hay tanta distancia como pueda parecer. El primer lema es excluyente, el segundo da cabida a distintas clases de personas, intereses y puntos de vista. Siempre me he preguntado qué habría sucedido si Ocupa hubiera descartado ese nombre («ocupar» implicaba que la única manera de unirse a ellos era dejarlo todo y ponerse a ocupar algo) y se hubiera bautizado con uno como «El 99 %». Si alguien me preguntase: «Srdja, ¿te sientes parte del 99 %?», quizá respondería: «Bueno, mi mujer y yo vivimos en un apartamento de cincuenta metros cuadrados y tengo un coche de casi diez años, así que, sí, me siento igual que el 99 %». Hasta es posible que me pusiera una chapa con ese distintivo. ¿Por qué no? Pero si me preguntaran: «¿Te apetece ocupar Zuccotti Park?», no creo que me apuntase.

Con sólo cambiar de nombre, el movimiento Ocupa podría haberse abierto a muchas personas: gentes de ciudad y gentes de campo, conservadores y progresistas, altos y bajos, conductores y peatones. Me habría encantado ver algo así.



«Ocupa la calle Sésamo»; acción de Ocupa Wall Street en el otoño de 2011 (Arman y Arsh T. Riahi).

En definitiva, la unidad consiste en mucho más que alinearse todos juntos detrás de un candidato o un tema en particular: la unidad consiste en crear un espíritu de comunidad, construir los elementos de una identidad de grupo, contar con una organización cohesionada, no dejar a nadie en el camino y ceñirte a tus valores. Consiste en hacer un montón de cosas para que los demás sientan que tu lucha también es la suya. A menudo consiste ni más ni menos que en darse la mano en una plaza concurrida o en cantar la canción adecuada. Y su importancia es inconmensurable.

Pero después de ponerme todo lo sensiblero que se le permite por ley a los serbios, me gustaría hablar de algo igualmente importante y mucho más concreto, el principio que crea o rompe movimientos: el sagrado principio de planificar.

## PLANIFICA EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

No soy buen profeta. Cuando los iPhone salieron al mercado, a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharme le decía que Apple estaba predestinada a la quiebra inminente porque quién demonios querría que lo atormentaran las llamadas con música o con mensajes de Internet. Cuando el equipo de fútbol serbio se clasificó para el Mundial de Sudáfrica en 2010, tenía el claro presentimiento de que aquél podría ser nuestro año. Terminamos vigésimo terceros. Me avergüenza confesarlo, pero mis amigos suelen pedirme opinión sobre un nuevo producto o servicio sólo para hacer exactamente lo contrario. Y la primera vez que pasé unas cuantas horas reunido con un grupo entusiasta de activistas de Ocupa Wall Street —ocurrió en una de las impresionantes aulas de la Universidad de Nueva York con vistas a Washington Square Park—, pensé que se estaban preparando para una dura batalla y que sus perspectivas de ganarla eran escasas.



La multitud se prepara para tomar pacíficamente el Parlamento serbio el 5 de octubre de 2000 (Ígor Jeremić).

Este capítulo versa exclusivamente sobre la planificación y nada de lo que apunto en él pretende ser un juicio de valor de ninguna clase. Podéis pensar lo que queráis sobre los individuos que se tiraron al suelo en Zuccotti Park e intentaron cambiar así el diálogo nacional. Podéis creer que son un puñado de *hipsters* sin rumbo o, como yo, compartir su hambre de justicia en un mundo implacable. Pero sea cual sea vuestra opinión sobre la gente de Ocupa, estudiar su planificación, o su improvisación, constituye una valiosa enseñanza para los activistas de todas partes.

Entonces, ¿por qué era yo tan pesimista sobre las perspectivas del movimiento cuando las encuestas de opinión señalaban que casi la mitad de la población estadounidense coincidía con sus ideas? Es fácil: no tenéis más que fijaros en el nombre. En lugar de llamarse «El 99 %», algo que habría dado a entender que el movimiento se basaba en una identidad de grupo, esos activistas eligieron el nombre de una sola táctica. Y aunque los activistas no violentos llevan años ocupando toda clase de sitios, desde cafeterías de estados donde había segregación racial hasta la plaza de Tiananmén, ocupar es sólo una de las muchas armas del enorme arsenal de protestas pacíficas, y,

además, esa arma tiende a convocar únicamente a cierto tipo de personas entregadas. Como ya hemos visto, los movimientos, siempre librando arduas batallas, necesitan atraer más participantes esporádicos si quieren triunfar. Ocupa, eso es cierto, lanzó muchas campañas de sensibilización para todo tipo de personas, pero el mensaje de su movimiento, que puede intuirse simplemente por su nombre, era que su único objetivo era la ocupación de Zuccotti Park.

Ésa es otra de las cosas que me inquietaban sobre Ocupa. Una manifestación multitudinaria, como puede corroborar cualquiera que alguna vez haya organizado una buena campaña, es el último paso, no el primero. Animas a las multitudes a manifestarse en las calles cuando sabes que ya hay suficiente gente de tu lado y cuando ya has hecho todos los preparativos necesarios para llevar la campaña a buen término. La gran concentración no es la chispa que pone en marcha el movimiento, sino más bien una señal de victoria. Nuestros amigos de Egipto se dieron perfecta cuenta de ello: se estuvieron organizando durante casi dos años, repartieron montones de folletos y montaron muchísimas representaciones de teatro callejero, ganaron muchas pequeñas batallas y sólo reunieron las tropas en la plaza Tahrir para clamar por la dimisión de Mubarak cuando estuvieron seguros de que había llegado el momento. Como consecuencia del éxito extraordinario, aunque breve, de lo que mi colega Sloba llama «*blitzkrieg* no violento» de la plaza Tahrir, algunos creyeron que la victoria obedecía simplemente a la ocupación en apariencia espontánea de un espacio destacado frente al museo nacional y las oficinas del Gobierno, no a los dos años consagrados a elaborar una visión de futuro y trazar una estrategia.

Muchos extranjeros pensaron que con la táctica mágica de ocupación de los egipcios no hacía falta nada más, y activistas de todo el mundo se afanaron por reunir el mayor número posible de personas para manifestarse «a la egipcia». La apasionada cobertura mediática había distorsionado la historia desde El Cairo hasta Madrid y desde Fráncfort hasta Damasco, y, al parecer, todo el mundo se había llevado una impresión completamente equivocada de lo ocurrido. Según ellos, sólo tenías que ocupar una plaza importante durante el tiempo suficiente y Santa Claus te traería del Polo Norte el regalo que hubieras pedido, ya fuera la dimisión de Bashar al-Asad o mayor regulación financiera.

Por eso me inquietaba Ocupa. Parecía haber sacado conclusiones erróneas de la Primavera Árabe y otros acontecimientos. Y no sólo se estrenó con una concentración multitudinaria sino que enseguida perdió la débil unidad organizativa que tenía con toda suerte de discusiones internas, puntualizaciones e irremediables luchas intestinas. Como resultado, su filosofía se volvió confusa y ya sólo podía caer en picado.

«¿Qué otras cosas podríamos haber hecho?» es la pregunta que late en el corazón de toda campaña no violenta fallida. Me gustaría responder en términos generales con una anécdota personal antes de pasar a hablar del coronel, un hombre cuyas dotes organizativas le han servido muy bien a él y a su país en tiempos de guerra y de paz.

El primer principio de la planificación es elegir el momento adecuado. Como en el caso de la comedia, los deportes y el sexo, para el activismo el momento lo es todo y lo es por los mismos motivos. La gente cambia de parecer, se distrae con facilidad y es bastante irracional. Pídele algo cuando está pendiente de otra cosa y los mejores planes se irán al garete, pero sorpréndela en el momento justo y la victoria está garantizada.

Por supuesto, los dictadores hacen todo lo posible para asegurar que ningún momento sea adecuado para la resistencia. Acallan siempre cualquier oposición. Pero ni siquiera ellos están por encima del transcurso natural de la vida humana y a menudo ese mismo transcurso es el mejor amigo del activista. En Serbia lo aprendimos en la Nochebuena ortodoxa del 13 de enero del año 2000.

Ni siquiera en un país como Serbia, aplastado por Milošević, envuelto en numerosas guerras y agitado por crecientes manifestaciones y malestar social, podría nadie impedir que celebráramos la Nochebuena por todo lo alto. Y como en Otpor! estábamos los más juerguistas de la ciudad, todo el mundo esperaba que nos dejáramos de rollos activistas por una noche, participáramos del jolgorio y nos divirtiéramos. Aquí es donde entran los Red Hot Chili Peppers.

Quizá con este detalle esté delatando mi edad, pero los Peppers son uno de mis grupos favoritos. Me encantaban al principio, cuando tocaban música punk y se paseaban desnudos con un calcetín cubriendo sus partes, y me siguen gustando ahora que tocan un rock más melódico y sentimental. A principios del año 2000, justo después de *Californication*, vivían su mejor momento. Y unas semanas antes de Nochebuena empezamos a anunciar a todos nuestros conocidos que sabíamos de buena tinta que los Peppers se sumarían a Otpor! en la Plaza de la República en una fiesta sorpresa que se celebraría a medianoche.

Las primeras semanas de diciembre ningún joven de Belgrado pudo pensar o hablar de otra cosa que no fuera el rumor del concierto organizado por el grupo más guay de la ciudad con una banda internacional. Los amigos discutían las canciones que elegirían los Peppers, cuánto tiempo tocarían, si vendrían acompañados de otras estrellas de rock o qué grupos serbios tendrían la suerte de tocar como teloneros. Y si os parecen demasiado ingenuos, recordad que a principios del año 2000 se creía que Otpor! estaba a punto de destituir a Milošević, una tarea infinitamente más complicada que traer a unos cuantos músicos.

Cuando por fin llegó la Nochebuena, miles de personas abarrotaban la plaza, muchas vestidas con sus camisetas de los Red Hot Chili Peppers. Subió al escenario un elenco estelar de grupos de rock serbios, cada uno mejor y más popular que el anterior. Todo el mundo bailaba, se abrazaba y se besaba. Y a las doce menos cuarto, se sentía impaciencia. Entre la gente crecía la inquietud. Querían ver a sus estrellas.

Cuando faltaba un minuto para la medianoche, las luces se apagaron. Descendió una enorme pantalla y la gente murmuró entusiasmada que los Peppers, como acostumbran

los roqueros auténticos, aparecerían atravesándola. Comenzó la cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Y entonces sonó una melodía triste y en la pantalla se proyectaron las fotografías de soldados y policías serbios muertos, todos ellos asesinados durante los diez años de guerra. En el escenario no estaban Anthony Kiedis, Flea y los demás, pero sí uno de mis amigos, Boris Tadic. Menos de cinco años después, Boris fue investido presidente de Serbia, pero esa noche se quedó a un lado, oculto detrás de la pantalla, micrófono en mano.

«No tenemos nada que festejar —dijo Boris al público estupefacto—, así que os invito a dejar esta plaza y esta celebración para mostrar a todo el mundo que éste ha sido un año de guerra y opresión. Pero no tiene por qué ser siempre así. Hagamos todo lo que podamos hacer para celebrar por todo lo alto la Nochevieja del año que viene. Porque el año 2000 es el año. Este año en Serbia triunfará por fin la vida.»



«Éste es el año»; campaña de Otpor! posterior al concierto celebrado en enero de 2000.

A nadie se le escapó el mensaje: el año siguiente era año electoral. Durante dos minutos, quizá tres, la gente se quedó inmóvil, en silencio, perpleja, enfadada y confusa, pero entonces unas cuantas personas empezaron a sonreír, y después unas pocas más, y a los cinco minutos muchas más empezaron a cantar «Hagamos todo lo que podamos hacer». Los cánticos se convirtieron en un coro. La energía que se respiraba en la Plaza de la República con toda la gente de pie frente al escenario vacío jamás podrá reproducirla ningún grupo de rock. Todo el mundo sentía que había algo importante que hacer. Se había transmitido el mensaje y se habían sentado las bases para una última confrontación con Milošević. «Éste es el año» se convirtió en el nuevo lema del movimiento y todos los presentes sabían que ese objetivo era del todo alcanzable, que había bastantes probabilidades de que en octubre nos libráramos de Milošević y sus horrores. Los Chili Peppers no aparecieron por allí, pero aun así aquél fue el mejor concierto al que los asistentes habían ido en toda su vida porque quien estuvo allí aquella noche sintió que la estrella era él.

Esto es lo que se consigue con una buena planificación. Coges un acontecimiento cualquiera pero inexorable, ideas una táctica y la ejecutas a la perfección. Pero no os creáis toda esta palabrería militar sólo por decirla yo; aparte de maldecir los planes invisibles de la OTAN desde el tejado de mi casa en 1999, lo más cerca que he estado en mi vida de entrar en batalla fue leyendo las escenas de combate de *El Señor de los Anillos*, razón por la que a la hora de planificar delego en mi querido amigo y mentor Bob Helvey, un coronel retirado del ejército de Estados Unidos a quien considero mi propio Yoda.

Oficial de carrera, Bob luchó en Vietnam y después desempeñó diversas funciones en la región, incluida la de agregado de defensa estadounidense en Rangún. Cuando se hartó del combate y ya no le cabían más corazones púrpura ni estrellas de plata en el pecho, solicitó y obtuvo una beca en el Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard.

Imaginad la llegada del coronel al campus de Cambridge: Bob Helvey ya rondaba la treintena y tenía el aspecto y el porte de un militar de carrera, nada que ver con los chavales melenudos y ojipláticos que lo rodeaban. Para ellos, una mala noche quería decir una copa de más en el bar de la esquina, mientras que para él significaba yacer en el lodo de la selva bajo el fuego de una emboscada del Vietcong.

Así que cuando Bob vio el anuncio de un programa sobre «sanciones no violentas», no se pudo resistir. Supuso que nada sería más divertido que sentarse entre un montón de milikakas, todos apestando a pachuli, y aterrorizarlos con alguna batallita especialmente jugosa. El primer día del semestre llegó a clase con un bastón de mando, como si entrara en una sala de reuniones del Pentágono. Y entró dispuesto a asediar y a acorralar a esos jipis hasta someterlos, pero el sorprendido fue él. Todos sus compañeros eran de lo más normales: ni pachuli ni melenas, sólo unos cuantos estudiantes curiosos

y un profesor sin pelos en la lengua, de frente ancha y mirada penetrante llamado Gene Sharp.

Ya he mencionado antes a Gene Sharp, tres veces aspirante al Nobel de la Paz, galardonado con casi todos los demás premios importantes del mundo y considerado por muchos el padre de la lucha no violenta contemporánea. Sharp estaba muy lejos de ser el bobo balbuceante con el que Bob esperaba toparse. Todo lo contrario, Sharp hablaba con contundencia, justificando su reputación de ser, como indica perspicazmente uno de sus apodos, el Maquiavelo de la no violencia.

«La no violencia estratégica —empezó Sharp— gira en torno al poder político, a cómo hacerse con él y negárselo a otros.» Hacerse con el poder y negárselo a otros... Sí, ése era un lenguaje que el coronel Bob Helvey entendía bien. Prestó muchísima atención y cuanto escuchó le pareció perfectamente razonable. Recordó su frustración durante los largos años de la Guerra de Vietnam, cuando intentaba una y otra vez vencer con las mismas estrategias militares sin que ninguna pareciera funcionar, deseando encontrar alguna otra forma de vencer al enemigo. Y Sharp hablaba precisamente de eso, hablaba de una guerra sin armas.

Bob Helvey se convirtió en discípulo de Gene Sharp. Y, de Birmania a Serbia pudo trabajar en lo mismo que siempre se le había dado bien, pero con manifestaciones y folletos en lugar de bombarderos y tanques. Desde que conocí a Bob en el año 2000, me ha enseñado muchas cosas, pero quizá nada tan valioso como el huevo de ganso.

El huevo de ganso, según Bob, es lo que uno quiere. La expresión viene del ejército, donde los oficiales que estudian mapas nunca rodean el blanco con un nítido círculo negro, sino que trazan rápida y enérgicamente una silueta que recuerda mucho a un huevo de ganso. El huevo de ganso es el objetivo último, y antes de empezar a planificar tienes que saber exactamente qué es eso.

Y eso es mucho más difícil de lo que parece.

Nuestros amigos en Egipto, por ejemplo, se equivocaron por completo de huevo de ganso. Para ellos, también para sus compañeros de Túnez, Yemen y otros lugares del mundo árabe, el huevo de ganso consistía en derribar al dictador, y cuando alcanzaron su objetivo, estos audaces activistas pensaron que su labor ya había terminado. Pero el objetivo elegido era erróneo: Mubarak, Ben Alí y Saleh habían caído, pero crecía el islamismo radical, el ejército parecía nervioso, la economía se encontraba al borde del colapso, la comunidad internacional vacilaba en su apoyo, en las calles reinaba el caos y nadie sabía realmente qué hacer ni cómo hacerlo. El huevo de ganso, me dijo Bob cuando analizamos la situación cuando la Primavera Árabe pareció desvanecerse, no fue nunca acabar con esos dictadores. El huevo de ganso era la democracia, pero no habían sabido verlo.

Éste es el momento perfecto para hacer una pausa y dar una pincelada de autoayuda al estilo serbio. Cuando Sloba imparte clase en la universidad, a veces, al terminar el semestre, algunos estudiantes universitarios se acercan a él y le piden consejo sobre

cómo conseguir un objetivo u otro. Normalmente él los interrumpe y les pregunta secamente: «¿Pero tú en realidad qué quieres? Si tuvieras una varita mágica que te llevara justo donde deseas estar dentro de cinco años, ¿qué lugar sería?». Os sorprendería saber cuántos no tienen ni idea. Y, para ser justos, no podemos culparlos: toda su vida les han enseñado a pensar únicamente en el paso siguiente. Cuando están en el instituto, les dicen que pongan sus miras en la universidad; cuando están en la universidad, los animan a pensar en las prácticas de verano; durante las prácticas, se obsesionan con buscar trabajo; luego consiguen un trabajo y se preocupan por el ascenso. Todo un círculo vicioso, pero no por ser una carrera vertiginosa. Seguro que hay gente a la que le gusta correr. Lo descarnado de este modo de vida tiene poco que ver con su ritmo acelerado y tremendamente exigente, sino más bien con el hecho de que apenas deja tiempo ni espacio para pensar en lo que queremos de verdad. Y, como me dijo una vez sin rodeos un amigo al que le apasiona navegar, el capitán que no sabe adónde quiere ir nunca encontrará un barco que lo lleve allí.

Sin embargo, cuando ya sabes adónde quieres ir, sólo hay una manera de llegar, un método en el que Bob tiene fe ciega. Se llama «planificación secuencial inversa».

Para ayudaros a entender a fondo la genialidad de esta herramienta de planificación, me pondré a mí mismo como ejemplo. Imaginemos que toco la guitarra bastante bien y que sé cantar una o dos canciones. Supongamos ahora que he dado carpetazo a este asunto del activismo no violento y que busco una nueva profesión. Quiero ser músico de rock. ¿Cómo elaboro un plan para lograrlo?

Lo que probablemente hace la mayoría de los músicos en ciernes (y en otra época frecuenté a muchas, muchísimas personas que encajan en esta descripción) es adentrarse en una gran ciudad, empezar a tocar en conciertos, formar un grupo, promocionarlo y esperar que la suerte se haga cargo del resto. Y quizás algunos principiantes especialmente disciplinados trabajen duro, ahorren algún dinero para grabar una maqueta o, si conocen de verdad cómo funciona ese mundillo, contraten un agente, pero, como sabe cualquier beatle en formación que haya pasado una hora con el coronel Bob Helvey, eso no basta. Hay una buena explicación de por qué la mayoría de las personas que quieren ser músicos no lo consiguen nunca, y la razón no es porque se trate de un mercado restringido y difícil.

Total, que no sólo empiezo imaginándome como músico de rock, sino que además voy concretando. La secuencia de planificación inversa consiste en comenzar por el objetivo que he imaginado y deshacer paso a paso el camino hasta el presente. Por ejemplo, Bob me contó que, incluso en los oscuros días de lucha de la década de los noventa, todos los partidarios de la disidente birmana condenada, Aung San Suu Kyi, imaginaban su reaparición triunfal tras más de quince años de arresto domiciliario, pero los birmanos no la imaginaban sólo abriendo la puerta de su casa y saliendo a la calle en libertad, sino también dónde tendría lugar la fiesta de bienvenida, a qué dignatarios invitarían y dónde se sentarían. Quizá parezca que así se empieza la casa por el tejado,

pero el sentido de una planificación tan detallada es que te permite entender mucho mejor qué quieres en realidad. Pensando en la disposición de los asientos para la fiesta de Suu Kyi, por ejemplo, sus partidarios enseguida se dieron cuenta de que querían a la prensa y a unos cuantos políticos simpatizantes de la oposición en primera fila, lo que dio pie a otra conclusión mucho más importante: no querían que la fiesta fuera una mera celebración de la libertad de su líder, sino el anuncio de que pronto desafiaría a sus carceleros y se presentaría como candidata a la presidencia.

Por tanto, cuando imagino mi futura profesión no sólo veo anunciado el apellido Popović, sino también el escenario donde estoy tocando, los miembros de mi grupo y el público que me gustaría que gritara nuestro nombre, y con esta fantasía no tardo ni dos minutos en darme cuenta de que no sólo pretendo ser músico de rock, sino un tipo de músico de rock muy concreto. No imagino a hordas de chavales vociferantes abarrotando todos los rincones de un estadio de fútbol, sino a grupos de personas de mi edad, de aspecto normal, que acuden a un club un martes lluvioso para oír buena música. Ahora sé que no quiero convertirme en un Justin Bieber ni en un Timberlake. No, prefiero formar parte de algo mucho más próximo a los Pixies, por ejemplo, o a los Fall. Con eso claro, mi camino es mucho más fácil porque también sé que hay muchos públicos de los que puedo prescindir sin problema. Por ejemplo, sé que no perdería el tiempo colgando vídeos llamativos en YouTube porque mi público no va de ese rollo. También sé que sería muy importante tocar en el circuito de clubs locales, y, de hecho, ahí es donde me imagino actuando.

Así que después de convencer a los amigos que tocan mejor que yo de que se unan al grupo y de suplicarle a mi mujer que ella sea la solista, hago una relación de todos los clubs que me interesan, desde el más grande hasta el más pequeño, y estudio qué se precisa para ser el artista estelar de todos ellos. Quizás en algunos deba empezar tocando únicamente las noches en que se animan a subir al escenario los espontáneos, pero a otros deberé garantizar un número mínimo de entradas vendidas. Si ése es el caso, el siguiente paso será reunir a otros grupos que estén empezando y comprometernos a asistir unos a los conciertos de todos los otros. Bien, ya tengo público y local. Sigo sin ser músico de rock, pero ya estoy mucho más cerca. Tras desglosar el sueño estratégicamente en distintos pasos y estudiar las demandas logísticas de cada uno de ellos, las posibilidades de hacerlo realidad son muchísimo mayores, pero hay que empezar imaginando el producto final y, entretanto, no olvidar jamás aquello que dijo Winston Churchill: «Por hermosa que sea la estrategia, de vez en cuando hay que comprobar los resultados».

En los años noventa y la primera década del siglo XXI, Bob Helvey dedicó gran parte de su tiempo a ayudar a jóvenes birmanos a materializar su versión de convertirse en músicos de rock, es decir, a librarse de la junta militar que había tomado el poder en su país y que reprimía toda tentativa de oposición. Cuando el coronel conoció a sus nuevos estudiantes, vio que eran guerrilleros de la selva cuya idea de victoria consistía en

derribar un puesto del Gobierno o volar por los aires una torre de radio, pequeñeces para las que no hacía falta reflexionar sobre procesos o secuencias, pero a estos valientes les hacía sentirse bien sostener un arma en las manos y hacer estallar explosivos porque así participaban en la resistencia. Siendo como era un militar tremendamente pragmático, Bob de inmediato sentó a sus soldados y les puso un examen básico de matemáticas.

—¿Cuántas tropas tiene el ejército?

Sus jóvenes discípulos escribieron una cifra que justo superaba los doscientos mil.

—¿Y con cuántos efectivos —continuó Bob— cuenta la resistencia?

—Exactamente con la décima parte.

Y entonces hizo una tercera pregunta, una pregunta decisiva:

—¿Cuánta gente vive en Birmania?

—Más de cuarenta y ocho millones.

No se trataba de un vano ejercicio aritmético. Lo que el coronel estaba impartiendo era la primera y más importante lección para cualquier fuerza de combate: la necesidad de inventariar tus recursos.

—Hay cuarenta y ocho millones de hombres y mujeres —bramó el coronel— esperando a que los movilicen. Pueden organizarse para combatir a la junta desde su huerto, su puesto en el mercado y su asiento de conductor de autobús. Si la oposición no logra aprovechar tamaño recurso, si siempre se limita a veinte mil tíos sudorosos corriendo por la selva con un AK-47, el fracaso es seguro.

Sus estudiantes, por supuesto, reconocieron que tenía mucha razón, pero no sabían cómo reclutarlos para el movimiento. Bob rápidamente recurrió a la consabida secuencia de planificación inversa.

—Si la población pudiera participar de algún modo —preguntó—, ¿cómo imagináis que lo haría?

Los guerrilleros se pusieron a hablar con entusiasmo de protestas multitudinarias, pero pronto reconocieron que el ejército aplastaría al instante esas expresiones de libertad. Por un momento se desalentaron, pero, entonces, a uno se le iluminó el semblante.

—Si los monjes abrieran camino —dijo—, el ejército no se atrevería a disparar, y si lo hiciera, las consecuencias serían tan nefastas hasta para la temible dictadura que no las podría soportar mucho tiempo.

Así que el primer paso consistía en atraer a los monjes. A partir de ahí, quizá las abuelas y los abuelos podrían hacer protestas pequeñas e inofensivas delante de sus casas, y en los colegios los niños podrían empezar a organizarse contra el régimen. Lo importante, recordó Bob a sus estudiantes, era que la no violencia es mucho más poderosa que la violencia porque permite que cualquiera, independientemente de dónde viva o de lo frágil que sea, combata al enemigo. La guerrilla había contado con veinte mil jóvenes para luchar contra el ejército en la selva, pero estaba

desaprovechando a cuarenta y ocho millones de birmanos que podían enfrentarse a la dictadura allí donde estuvieran. Era obvio que tenían que pasarse a una campaña no violenta.

Aprendí mucho de Bob Helvey y de Gene Sharp, pero sé que quizás este capítulo no los satisfaga del todo. Gene y Bob, como ya he dicho, son combatientes, y nada les gusta más que ver una página estructurada en categorías, diferentes apartados y caracteres en negrita para dejar absolutamente claro lo que hay que hacer. En su honor, me gustaría terminar con algunas conclusiones precisas, y como hasta ahora me he contenido admirablemente para no agobiaros con mi pasión por *El Señor de los Anillos*, pondré ejemplos del mayor enfrentamiento no violento de la historia, la noble cruzada de unos cuantos hobbits desarmados para destruir a un dictador loco y restablecer la paz.

Antes de sentaros a planificar, antes de preocuparos por las secuencias de planificación inversa y por el momento oportuno y todo eso, coged una hoja de papel e identificad las tres categorías siguientes.

**GRAN ESTRATEGIA.** Gene Sharp define este importantísimo principio como el «concepto general que sirve para coordinar y dirigir todos los recursos apropiados y disponibles (económicos, humanos, morales, políticos, organizativos, etcétera) de la nación u otro grupo para alcanzar sus objetivos en un conflicto». Parece complicado, pero Sharp lo simplifica perfectamente llevándolo a un plano más humano y señalando que la gran estrategia incluye «el análisis de la rectitud de la causa, la evaluación de lo que influye en la situación y la selección de la técnica de acción que debe utilizarse», así como la valoración de «cómo se conseguirá el objetivo y las consecuencias a largo plazo».

Así que tú eres un pacífico hobbit que vive tranquilamente en la Comarca y un día aparece un mago extraño y te habla de un anillo rarísimo que al parecer está en tu poder, un anillo que amenaza tu seguridad y la de tus seres queridos. Está claro que hay que destruir el anillo (perdonad que me salte un montón de detalles importantes del argumento), y ahora empiezas a pensar en la gran estrategia. ¿Es justa tu causa? Sin duda: si el Anillo Único no es destruido, el malvado Sauron, el señor oscuro, lo encontrará y lo utilizará para aniquilar el mundo. ¿Qué más cosas influyen en la situación? El susodicho señor oscuro y sus muchos secuaces diabólicos. ¿Qué técnica debe emplearse? Como eres un hobbit y mides entre cincuenta centímetros y un metro, un método que no exija blandir todo el rato una espada. ¿Cómo alcanzar el objetivo? Encontrando el camino que lleva a Mordor, el funesto reino de Sauron, y lanzando el objeto maldito a la Grieta del Destino, a pesar de su desafortunado nombre (bueno, como todo el mundo, Tolkien también tenía sus momentos malos). Si lo consigues, tus amigos y tú disfrutaréis de un mundo de paz y prosperidad. Con estos objetivos definidos, te pones a considerar el paso siguiente.

**ESTRATEGIA.** Ésta, explica Sharp, es «la búsqueda de la mejor manera de alcanzar los objetivos en un conflicto... La estrategia consiste en averiguar si hay que luchar, cuándo

y cómo, así como el modo de lograr la máxima efectividad para obtener determinados fines. La estrategia es el plan de distribución, adaptación y aplicación práctica de los medios disponibles para conseguir los objetivos deseados». Aquí nuestro héroe, el hobbit Frodo Bolsón, tampoco se queda atrás. Una vez definida la gran estrategia, se da cuenta de que la mejor opción para lograr la máxima efectividad implica unirse a personas que sepan dar tortazos, o sea, elfos. Y cuando finalmente llega al reino de los elfos (no os aburriré con los nombres, leed los libros si os interesan), evalúa de nuevo su situación y se sienta un momento a pensar en la distribución práctica, es decir, a seleccionar los mejores compañeros que dadas las circunstancias pueda reunir, cada uno con un papel que desempeñar en la inminente batalla, lo cual le vendrá muy bien cuando llegue el momento de elegir sus...

**TÁCTICA.** No hay necesidad de molestar a Gene Sharp para definir este término, ya que las tácticas simplemente son los planes limitados de acción que uno traza en un momento dado. ¿Que el Paso del Cuerno Rojo está vigilado por el ojo cauteloso y malvado de Saruman? Prueba las Minas de Moria. ¿Boromir ha muerto a manos de los orcos? Alíate con su hermano pequeño, Faramir. ¿Está cerrada la Puerta Negra? Entonces intenta entrar en Mordor por el camino secreto de Minas Morgul. A diferencia de las estrategias, la planificación táctica suele ser inmediata, puede cambiar constantemente y exige un buen entendimiento de la realidad sobre el terreno e imaginación para aprovechar al máximo todos los recursos disponibles.

Si habéis prestado atención hasta aquí, os habréis dado cuenta de que las estrategias y las tácticas parecen necesitar actitudes muy distintas. Los estrategas son personas sabias y pacientes que piensan a largo plazo y proyectan muchos pasos por delante. Igual que los artistas, elaboran sus planes como mosaicos en los que cada pieza encaja perfectamente con la pieza de al lado y sólo ellos saben cómo será la creación final. Por su parte, los tácticos son individuos volubles, maestros del ahora, muchas veces dependientes de sus instintos y poseedores de la misteriosa habilidad, si la situación así lo exige, de abandonar su plan a medio camino y adoptar otro mejor sobre el terreno. A veces un movimiento tiene la fortuna de contar con ambos tipos de personas, las que saben diseñar estrategias y las que dominan las tácticas. Menos frecuente todavía es que estas dos virtudes se den en una misma persona, así es como surgen los napoleones y los alejandros (magno). Sin embargo, lo más habitual es que confundamos ambos conceptos y, como Ocupa Wall Street, por poner un ejemplo, afirmemos que nuestra táctica es nuestra estrategia, o viceversa. Con una buena planificación y aplicando el indispensable principio de la secuencia de planificación inversa, algunos de estos problemas se pueden resolver; pero si eso no funciona, hay que tener en cuenta una cosa más: el ímpetu.

Si preguntáis al coronel Helvey, a Frodo Bolsón o a cualquier otra persona que haya combatido en una guerra, el ímpetu lo es todo. Te pasas la primera mitad de la lucha acumulándolo y la segunda conservándolo. Aun no disponiendo de ningún plan en

absoluto, aun siendo alérgico a los apartados, los organigramas y todos los demás sistemas de pensar con un método, aun contentándote perfectamente con improvisar, al menos debes intentar que todo lo que hagas sirva para mantener el ímpetu.

En mi opinión, ésta fue la auténtica razón del éxito de Otpor! A veces estábamos más desorganizados de lo que me gusta reconocer, pero siempre supimos llevar la delantera en el juego porque sabíamos que cuando jugáramos a la defensiva, nuestra derrota estaría garantizada. Así que encadenamos una broma con un concierto, un concierto con una manifestación, una manifestación con unas elecciones, y un fraude electoral con huelgas y desobediencia civil. Tratamos el activismo como si fuera una película de acción, comprendiendo que ésta tiene que avanzar constantemente hacia algo más grande, más provocador e interesante para que el público no se aburra. Planteadlo así y la planificación casi os saldrá sola, con todas las piezas encajadas entre sí.



Celebrando la caída de Milošević en la plaza Slavija de Belgrado (Ígor Jeremić).

De todas formas, el ímpetu es algo vivo, y aunque una sola acción puede lanzar el movimiento a la estratosfera, también puede hacer que se estrelle contra el suelo en el vuelo de regreso. Hay cosas para las que te puedes preparar, como el fraude electoral en Serbia, Georgia o Ucrania, pero otras, incluido el sangriento asesinato de los líderes de la oposición en Filipinas o en el Líbano, no son tan fáciles de prever. Y para las personas que desempeñan nuestro tipo de trabajo, el trabajo delicado y peligroso de reivindicar la libertad y devolver el poder a la gente por vías pacíficas, la mayor amenaza es la opinión (por desgracia, nada rara entre los nuestros) de que es más ventajoso apuntar con una pistola cargada que gastar otra broma divertida. La violencia es una amenaza real no sólo porque con mucha frecuencia cuesta la vida a personas inocentes, sino porque con

la misma frecuencia garantiza la total desaparición de un movimiento y el fracaso deplorable de sus causas. Por eso, ahora hablaremos de los demonios de la violencia.

## LOS DEMONIOS DE LA VIOLENCIA

En 1961 había en Sudáfrica un joven negro desesperado. Admirador de Gandhi, durante años había intentado poner en práctica todo tipo de métodos no violentos para combatir el régimen del *apartheid*. Junto a un amigo, abrió un próspero despacho de abogados especializado en denunciar la brutalidad policial. Amenazado por el éxito, el Gobierno los obligó a trasladarse a un barrio remoto de la ciudad, un traslado que prácticamente acabó con el negocio. Ayudaba a dirigir un partido, el Congreso Nacional Africano, de trayectoria similar: ese partido había ido creciendo rápidamente, pero en cuanto consiguió reunir a miles de manifestantes en sus protestas, el Gobierno impuso la ley marcial y de la noche a la mañana ilegalizó todas las reuniones públicas. Pronto este joven fue también arrestado y enviado a la cárcel.



Celda de Nelson Mandela en la cárcel de Robben Island (Paul A. Mannix).

De allí salió transformado. Atrás quedaron los libros de Gandhi, sustituidos ahora por las obras de Mao y el Che. Ya no hablaba de la no violencia, sino que enaltecía a Fidel Castro y su victoriosa revolución. Es la hora de las armas, decía, es la hora de luchar. Con un puñado de amigos formó una nueva organización, Umkhonto we Sizwe [la Lanza de la Nación] y se convirtió en su primer comandante. Sería un ejército y lucharía contra el *apartheid*.

Como era un líder carismático, el joven fundó su nuevo grupo con un discurso apasionado. «A principios de junio de 1961 –rugió–, tras una larga y angustiosa evaluación de la situación sudafricana, algunos compañeros y yo llegamos a la conclusión de que, dado que en este país la violencia es inevitable, sería poco realista y erróneo que los líderes africanos siguiesen predicando la paz y la no violencia cuando el Gobierno ha respondido a nuestras pacíficas demandas con la fuerza... En la vida de toda nación llega una hora en que sólo quedan dos opciones: someterse o luchar. Para Sudáfrica ha llegado esa hora. No nos someteremos y no nos queda otra opción que devolver el golpe con todos los medios a nuestro alcance en defensa de nuestro pueblo,

nuestro futuro y nuestra libertad.» Dado que el régimen había abolido todas las vías legales de resistencia, el joven declaró la guerra a su país y dejó meridianamente claro que no tenía miedo a morir.

Como primer blanco de ataque eligieron una subestación eléctrica. Un día de diciembre de 1961, al estallar los potentes explosivos las estructuras de metal que sostenían los cables se derrumbaron por los laterales como elefantes abatidos y dejaron ciudades enteras en la oscuridad. Aquél fue el primer asalto de la guerra; a continuación, volaron por los aires puestos del Gobierno, sabotearon infraestructuras y quemaron las cosechas. El joven, que ahora lucía una barba de aspecto revolucionario, se ocultaba en una choza con techo de paja en la ciudad de Rivonia. Bajo su liderazgo, la Lanza de la Nación inició casi doscientos ataques y llegó a convertirse en el enemigo más temido del Gobierno.

El 5 de agosto de 1962, el joven guerrillero fue apresado por la policía. En el juicio, asumió la responsabilidad de los actos de sabotaje y fue condenado a prisión en la tristemente famosa penitenciaría de Robben Island. Su celda medía cuatro metros cuadrados y por todo mobiliario contaba con una estera de paja. Pasaba los días convirtiendo rocas en gravilla y soportando con estoica tranquilidad el maltrato físico y los insultos verbales de sus vigilantes blancos. El contacto con el mundo exterior estaba estrictamente limitado y sólo se le permitían una carta y una visita cada seis meses.

Para los extranjeros, aquel revolucionario violento se convirtió en un símbolo de resistencia y sus admiradores mantuvieron vigiliyas en todo el mundo clamando por su liberación. Llegado un punto, P. W. Botha, el presidente sudafricano, le ofreció a este hombre la libertad si renunciaba incondicionalmente al uso de la violencia como arma política. Él rehusó. Pero al final reflexionó y acabó moderando su discurso porque comprendió que, para avanzar, Sudáfrica no necesitaba más derramamiento de sangre, sino el perdón y la reconciliación. Y cuando veintisiete años después de su detención por fin lo pusieron en libertad, Nelson Mandela fue aplaudido con toda la razón como el adalid de la no violencia: después de haber probado la lucha armada, Mandela sabía mejor que nadie que la violencia sencillamente no podía lograr el tipo de futuro que su pueblo y él deseaban disfrutar. No traigo esta historia a colación para empañar el prestigio de un hombre al que admiro profundamente, sino para demostrar que, enfrentado con una terrible opresión, hasta un hombre justo como Mandela puede caer en la desesperanza y convencerse de tomar el camino de las armas.

Porque las armas (y a un tío no violento como yo le resulta muy difícil admitirlo) molan. Puedes ser el mayor amante de la paz del mundo. Puedes ser vegano, meditar ocho veces al día y no vestir nada más que ropa de cáñamo reciclado. Puedes oponerte a la violencia en todas sus formas. Y, sin embargo, cuando coges un arma es imposible no sentir, en algún lugar oscuro de tu alma, que no hay retos que no puedas afrontar ni problema que no puedas resolver. Hay algo en las armas que cambia a las personas. Se sienten poderosas. Recuerdo que un policía me metió la pistola en la boca en diciembre

de 1998, cuando me arrestaron de camino a una concentración de Otpor! En la comisaría, ese matón y sus compinches me sentaron en una silla, me esposaron y me estuvieron pegando durante una hora entera, pero fue al desenfundar la pistola cuando empezó a entornar los ojos y a endurecer el tono, como si fuera Harry el Sucio o algo así. Era como si el tipo aquel estuviera viviendo en un sueño mientras yo me encogía delante de él, y todo por la pistola. Igual que las motos o los chupitos de *bourbon*, las pistolas parecen otorgar un poder instantáneo, razón por la cual tantas películas de Hollywood, videojuegos y otras formas de ocio popular están plagadas de esas armas. Hay un motivo por el que las estatuas de los grandes hombres los representan con el arma en la mano o en el cinto, y es porque el común de los mortales cree que una persona con un arma tiene capacidad de resolución.

Y, sin embargo, en materia de cambio social la persona con un arma es la que fracasa de manera más estrepitosa.

Antes de hablaros de unos estudios empíricos de gran relevancia, quiero dejar algo absolutamente claro: yo no decidí dedicar mi vida a la acción no violenta porque creyera que la violencia no es nunca aceptable. Si tienes los pies en la tierra, más pronto que tarde aprendes que hay situaciones en que la violencia es inevitable. Seguramente la única manera de pararles los pies a las hordas nazis, por poner un claro ejemplo, fue con la intervención de los ejércitos de Estados Unidos, Reino Unido y Rusia, y agradezco profundamente los esfuerzos de las valientes guerrillas yugoslavas, los partisanos, que combatieron a los alemanes en nuestra tierra natal. Y, siendo sinceros, fueron los partisanos y su puño en alto los que inspiraron el logotipo de Otpor!

Y aunque algunos pacifistas comprometidos se opusieron a la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de la humanidad comprendió que la lucha contra el fascismo era un mal necesario. Incluso Gandhi, al que veneramos como la encarnación misma de la resistencia no violenta, inició su carrera política haciendo un llamamiento público a los jóvenes indios para que tomaran las armas y se unieran al ejército británico en la Primera Guerra Mundial, una muestra de lealtad que en su opinión podría acelerar la independencia de la India. «Tenemos que ser capaces de defendernos, de llevar armas y utilizarlas —escribió durante el verano de 1918—. Si queremos aprender a hacer uso de las armas lo antes posible, es nuestro deber alistarnos en el ejército.»

Por tanto, mi oposición a la violencia no se sustenta sobre una base puramente moral, aunque me parece obvio que todas las personas decentes coinciden en que es preferible resolver los conflictos pacíficamente. Mi mayor objeción a la violencia reside en que, sencillamente, o no funciona o en que no funciona tan bien como la resistencia no violenta. Dejaré que lo expliquen los expertos.

En una obra excelente titulada *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict* [¿Por qué funciona la resistencia civil? La lógica estratégica del conflicto no violento], Erica Chenoweth y Maria J. Stephan, dos brillantes profesoras universitarias de Estados Unidos, hicieron algo que ningún otro estudioso había hecho

hasta entonces: reunieron todos los conflictos que pudieron encontrar entre 1900 y 2006, trescientos veintitrés en total, y los analizaron meticulosamente para ver cuáles habían tenido éxito, cuáles habían fracasado y por qué. Sus conclusiones fueron asombrosas. «Las campañas de resistencia no violenta tuvieron casi dos veces más probabilidades de conseguir el éxito total o parcial que sus equivalentes violentos.» O, si sois aficionados a la exactitud de las cifras, éstos son los resultados: alzáte en armas y tienes un 26 % de posibilidades de triunfar; practica los principios que acabas de leer en este libro y el porcentaje asciende al 53 %. Si sólo consultamos las estadísticas de las dos últimas décadas (sin ninguna Guerra Fría espoleando la financiación de conflictos armados en todo el mundo), no puede sorprendernos que la proporción aumente más radicalmente a favor de la no violencia.

Pero eso no es todo. Los movimientos armados, como averiguaron Chenoweth y Stephan, suelen tener una magnitud de unos cincuenta mil participantes. Y eso es perfectamente comprensible: afortunadamente, son contadas las personas dispuestas a llevar armas, acampar para dormir en la selva o matar y morir por una causa, por muy noble que ésta sea, pero, cuando el movimiento consiste en pasarlo bien, ser creativos y desplegar la esperanza para aplastar el miedo, es previsible que las cifras crezcan vertiginosamente.

¿Aún no estáis convencidos? Veamos qué ocurre a largo plazo. Según las observaciones de Chenoweth y Stephan, los países donde la resistencia fue no violenta registran más de un 40 % de posibilidades de seguir siendo democracias cinco años después del fin del conflicto. Por su parte, en los países que optaron por la vía violenta, la probabilidad de convertirse en democracias efectivas es inferior al 5 %. Si eliges la no violencia, te encuentras con un 28 % de posibilidades de recaer en una guerra civil en menos de diez años; si eliges la violencia, la cifra es del 43 %. Los números son constantes y lo que indican es irrefutable: si quieres un cambio democrático estable, duradero e inclusivo, la no violencia sí funciona y la violencia no.

La primera vez que me reuní con activistas sirios fue más o menos cuando comenzó el levantamiento contra Bashar al-Asad y les rogué que compartieran los resultados del estudio de Chenoweth y Stephan con sus compatriotas. En aquel momento parecía que la facción no violenta del movimiento contra Al-Asad podía arrebatarse el control del país a los grupos armados que empezaban a dominar el debate, nosotros creíamos que podría prevalecer la cordura. Pero lamentablemente los pacifistas fueron acallados a gritos por los que afirmaban que era un error hacer frente al brutal régimen baasista con métodos no violentos, que Al-Asad sólo comprendía el lenguaje de la fuerza. Muy pronto, en Siria empezó a entrar un flujo constante de armas y soldados, y, ahora, dos años después, mirad adónde ha llevado a los rebeldes la vía violenta. El Ejército Libre Sirio, diezmado y desacreditado, tiene todas sus esperanzas en la intervención extranjera, una intervención que, si nos guiamos por la experiencia reciente, sólo conducirá al desastre de todas las partes involucradas.

La violencia de los rebeldes sirios no sólo ha sido incapaz de provocar el cambio que deseaban, sino que, de hecho, ha servido para reforzar la determinación de Al-Asad. Ello se debe a que forma parte de la naturaleza humana trabajar en comunidad, una característica heredada de tiempos prehistóricos, cuando nuestros rudos antepasados se cubrían con pieles de leopardo en vez de llevar pantalones vaqueros y pasaban el día protegiendo la cueva, no las prestaciones de la seguridad social. Imagino que por aquel entonces, aunque discreparan alguna vez, se juntarían si un oso, un mamut o cualquier otra bestia enorme empezaba a rugir y a armar jaleo delante de la cueva. En esas situaciones, los primeros hombres se verían obligados a encontrar la manera de unirse hasta neutralizar el peligro exterior y sólo después continuarían discutiendo sobre a quién le tocaba ir a cazar o quién tendría la suerte de casarse con el bellezón peludo de la tribu. Las épocas posteriores pueden haber retocado los detalles, pero aquel principio prehistórico ha permanecido invariable.

Cuando la OTAN empezó a bombardear Serbia en la primavera de 1999, algunos de los oponentes más implacables al despotismo de Milošević (incluidos unos cuantos miembros de Otpor!) se vieron apoyando a un presidente genocida que desafiaba a Occidente. Aquello fue como un ramalazo de tribalismo primario. Durante un discurso de Milošević, justo después de que empezaran a caer las bombas, uno de los líderes de Otpor! se sorprendió incluso vitoreando al dictador: «¡A por ellos, Slobo!». (Para su vergüenza, instantes después.) Pero aquella fue una reacción normal: cuando la cueva está en peligro, apoyas al jefe aunque éste sea un cerdo.

Esto sirve para explicar por qué todas las formas de violencia (tanto si hablamos de las matanzas que vemos en Siria como de la quema de hamburgueserías que llevan a cabo los ecologistas en Estados Unidos) son mucho menos eficaces que las medidas pacíficas para provocar un cambio social duradero. La violencia asusta, y cuando la gente está asustada busca un líder fuerte que la proteja. Y esto tiene que ver, como todo en este libro, con los pilares del poder. Como dice mi amigo Slobo, en las luchas violentas la gente siempre intenta demoler los pilares a empujones, pero en las campañas no violentas se esfuerza por llevar los pilares a su terreno. Con la acción no violenta procuras ganar convirtiendo a la gente a tu causa (ya se trate de gente normal, como los guardias de tráfico, o de tíos importantes, como los columnistas de prensa), intentas que libren tus batallas. Creas identidades de grupo y comunidades nuevas que con suerte alcanzarán la multitud suficiente para hacer que la gente gravite hacia tu causa. Y como no ahuyentas a nadie con violencia, tus amigos y vecinos no sienten la necesidad instintiva de que los proteja un autócrata. A la larga, éste es el único modo de conseguir que la gente abandone a la bestia grande y fea que guarda la cueva.

Sin embargo, para montar con éxito una campaña no violenta tienes que ser agradable. Todos los movimientos sean cuales sean sus fines, existen principalmente para despertar las simpatías de las masas. Los hombres con barba y pistola no son personajes muy simpáticos. Sin necesidad de ver imágenes escabrosas de víctimas y

ataques, la gente cambia de acera para evitar a un tipo que lleva un AK-47 y camina como Terminator. Pero una mujer joven y sonriente con un mensaje desenfadado e ingenioso es otra historia. A ella sí que te unirías, porque resulta difícil no dejarse arrastrar por su energía, compromiso y entusiasmo. No hay más que echar un vistazo en YouTube a los vídeos de Manal al-Sharif, la valiente saudí que se grabó aprendiendo a conducir para desafiar la prohibición nacional de que las mujeres se pongan al volante. Cuando los ves, de pronto quieres ir de copiloto con ella en el coche. Por eso también muchos de nosotros, incluso los que no podíamos localizar El Cairo en un mapa por mucho que lo intentáramos, nos entusiasmos cuando vimos en televisión las imágenes de los jóvenes egipcios entrando en 2011 en la plaza Tahrir: caminaban desarmados y sonrientes, irradiando confianza. Si Mubarak hubiera sido derrocado por una pequeña milicia armada o por el cuerpo de oficiales de su ejército, seguramente nos habríamos desentendido, habríamos recomendado precaución o ambas cosas.

Lo cual me lleva a la segunda razón, íntimamente relacionada con la primera, del elevado índice de éxito de la no violencia. Si en un lado tienes metralletas y tanques, y en el otro, a miles de personas manifestándose con banderas, pancartas y flores, nadie puede confundir quién es la bella y quién la bestia. Martin Luther King Jr. entendió muy bien este principio. «Las masas organizadas socialmente y en movimiento tienen más poder que las armas de unos cuantos hombres desesperados —escribió—. Nuestros enemigos preferirían enfrentarse a un pequeño grupo armado que a una multitud de gente desarmada pero decidida.» Cuando abren fuego contra muchedumbres de gente desarmada y decidida (como ocurrió, por ejemplo, en Birmania), los dictadores advierten muy pronto que la opresión empieza a volverse en su contra.

Además, con la resistencia armada hay que tener cuidado porque es un arma de doble filo. Un filo dispara, bombardea y mata, pero el otro dispara, bombardea y mata también... y ponte a averiguar quién tiene la culpa y quién actúa en defensa propia. Hay un peligro real en un movimiento que se vuelve violento, y es que la violencia impide distinguir a buenos y malos. Y si no tienes cuidado, hasta la acción no violenta planificada con más esmero puede ponerse fea con mucha rapidez.

Tomemos un ejemplo hipotético. Imaginad que estáis a cargo de una protesta pacífica. Está bien organizada y parece una fiesta. Vosotros y vuestros compañeros activistas habéis dedicado horas, días y meses a alentar a la gente a manifestarse y siempre habéis sido recompensados con una gran concurrencia de asistentes pacíficos identificados visiblemente con el logotipo y los mensajes de vuestro movimiento. Hoy la multitud, siempre entusiasta, canta y reparte flores a los policías y todos, desde los más jóvenes hasta los ancianos, participan en la acción. De pronto, salidos de la nada, descubrís a unos idiotas borrachos que disfrutan de la tarde a su manera. Primero empiezan lanzando piedras a la policía y después rompen el escaparate de una peluquería cercana. Vosotros y yo sabemos que puede haber unas cinco mil personas cantando y recitando consignas y sólo unos cinco idiotas buscando problemas. Pero

adivinado quiénes encabezarán mañana los titulares de los periódicos. Desgraciadamente, los idiotas.

En breve vuestra reputación quedará dañada y probablemente perdáis credibilidad ante padres con niños pequeños y personas mayores. Es una pena porque eran colectivos a los que os costó convencer. Seguro que no les encantan las situaciones en que se tiran piedras y se queman coches. A continuación, los medios de comunicación que antes disfrutaban publicando historias de vuestras inteligentes proezas, no tardan en acusaros de ser violentos y ahora sus comités de redacción consideran vuestra causa bajo sospecha. En cuestión de una semana, el ímpetu se ha perdido, los pilares del poder que tanto tardasteis en poner de vuestro lado se muestran reacios a pronunciarse y la gente de vuestra comunidad os considera unos alborotadores. Y todo porque no habéis sabido mantener la disciplina no violenta en el movimiento.

Entonces, ¿cómo podríais haber resuelto la cuestión? En el transcurso de la última década, mis amigos y compañeros de CANVAS han trabajado con personas de casi cincuenta países, muchos de los cuales podrían rivalizar por el primer puesto en la lista de lugares más violentos del planeta. Sin embargo, lo que hemos aprendido es que, por cruenta que sea su cultura o su entorno, los grupos tenaces pueden crear, aplicar y mantener una disciplina no violenta si se lo proponen. Se requiere habilidad y práctica, pero, en realidad, no es más difícil que conducir un coche. Y, como nos dicen en la autoescuela, el truco está en empezar despacio.

El primer paso puede sonar bastante gandhiano, pero funciona. Hay que predicar la no violencia dentro del movimiento o, para los menos religiosos, hay que convertirla en su ideología. A los serbios esto nos resultó fácil. Durante la dictadura de los años noventa, el ejército y la policía tenían todo menos sangre fría, por lo que el tipo de violencia que practicaban cobró un cierto estigma negativo entre los jóvenes de entonces. Tampoco a la sociedad budista de Birmania le costó mucho entender la idea de la no violencia ni su importancia, lo cual no quita el horror causado en ese país por las sanguinarias patrullas paramilitares budistas, pero en general su cultura no puede compararse con focos de conflicto como Egipto o Yemen. Con todo, incluso en esos países, los activistas han logrado convencer a otras personas de los méritos de la no violencia a base de contar historias de movimientos pacíficos que han triunfado, de impartir formación para aprender a aplicarlos y de utilizar técnicas para ganar autoridad moral, como abrazar policías en la plaza Tahrir o repartirles flores en las calles de Saná. Quizá penséis, como yo, que todo el mundo conoce a Martin Luther King Jr. y a Nelson Mandela, pero hay muchas personas en muchos sitios que sólo conocen una manera de resolver los problemas espinosos (la violencia), y, por tanto, la educación es un primer paso para difundir una práctica no violenta.

En segundo lugar, debéis formar a vuestros compañeros activistas para que sepan reconocer las posibles fuentes de fricción. Como les gusta señalar a mis amigos Sinisa y

Misko de CANVAS en los grupos con los que trabajamos, los estallidos de violencia siempre se dan en los encuentros entre «vosotros» y «ellos», tanto si «ellos» son las fuerzas de seguridad como si son los miembros de un partido político contrario. Imaginad que estáis en una manifestación con miles de personas y los antidisturbios vigilan nerviosos la escena. Se respira tensión y sabéis que en ambos bandos hay personas esperando a que se produzca el más mínimo incidente para desencadenar una confrontación. Naturalmente, aquí la clave está en que la gente mantenga la calma. Con ese fin, en los años sesenta, el líder de los derechos civiles Jim Lawson organizó talleres para activistas en las iglesias de Nashville justo antes de que ocuparan las cafeterías con segregación racial de la ciudad. Los formadores de Lawson pinchaban a los activistas con las burlas y los actos denigrantes que éstos podían esperar en la calle. Los insultaban, les escupían y les pegaban chicle en el pelo para que supieran responder a esas mismas provocaciones en el mundo real. Les enseñaron cómo sentarse correctamente en las cafeterías, qué cantar en los coches de la policía si los arrestaban y cómo seguir siendo no violentos incluso en las circunstancias más humillantes.

Durante las campañas de Otpor!, los serbios fuimos suficientemente listos para darnos cuenta de que si se colocaban a las jóvenes más guapas al frente de las manifestaciones disminuían las probabilidades de que la policía nos sacudiera desde el principio, ya que incluso las sádicas fuerzas de seguridad eran reacias a empezar abatiendo mujeres. Y al concentrar a tantas muchachas en la primera fila de los manifestantes, formábamos un amortiguador físico entre los agentes y los jóvenes pendencieros más proclives entre nosotros a tener un altercado con la policía. Los miembros de Otpor! también tocaban instrumentos, bailaban al son de la música de los altavoces y constantemente pedían a los agentes que se unieran a nuestro movimiento para demostrar que no estábamos allí para amenazarlos. De hecho, en nuestras protestas cantábamos canciones en honor de la policía, en general las mismas cursiladas patrióticas que dedicamos a nuestra bien amada aunque pésima selección nacional de fútbol. Y convertimos a estudiantes voluntarios en «policías de protesta» identificados con lazos rojos en la manga para que aislaran a los posibles alborotadores antes de que pudieran ponerse violentos con la policía o los unos con los otros.

Dicho esto, claro está, llegamos al tercer paso que hay que dar para afianzar el movimiento contra el avance de los demonios de la violencia: defenderlo de los provocadores que ineludiblemente intentarán colarse en la fiesta. Es triste, pero en todas las sociedades hay grupos marginales a los que nada gustaría más que intervenir en una confrontación violenta, tanto si persiguen una guerra racial, un enfrentamiento de grandes proporciones con el Gobierno o algo aún más alarmante. Desde aficionados al fútbol hasta anarquistas radicales, todos los países cuentan con sus propios «sospechosos habituales», tipos que queman coches, se cubren con pasamontañas y arrojan cócteles molotov a la policía con la menor excusa. Y como a estas personas les encantan las reuniones multitudinarias (allí es donde pueden ocasionar mayores

tumultos), estarán más que satisfechas de participar en cualquier protesta o manifestación que convoquéis. Aquí la solución radica en fijar una clara distinción entre el movimiento pacífico y esos grupos tóxicos, independientemente de si estáis o no de acuerdo con la plataforma que afirman respaldar, sea cual sea. Evitadlos a toda costa. Haced siempre todo lo que esté en vuestra mano para dejar clarísimo que esas personas no forman parte de vuestro mundo.

Afortunadamente, las nuevas tecnologías pueden ponerlo más fácil que nunca, como demuestran las fotografías tomadas en 2011 por los activistas italianos que se manifestaron en apoyo de Ocupa Wall Street cuando el bloque negro anarquista intentó acaparar la protesta. Identificando a los provocadores y subiendo sus imágenes a las redes sociales, los manifestantes de Ocupa trazaron una línea clara entre los suyos y los que habían ido a Roma a montar un espectáculo de violencia. Así consiguieron que nadie confundiera a los miles de manifestantes pacíficos con los pocos bloques negros que pretendían robar el protagonismo.

Es importante señalar que toda esta disciplina no violenta funciona de puertas adentro para mantener el movimiento pacífico y de puertas afuera para demostrar a los demás que puedes ser un buen líder. Por todos los motivos mencionados anteriormente, las campañas no violentas tienen muchas más posibilidades de inspirar lealtad incluso entre los funcionarios de alto rango del régimen opresor; como veremos en el siguiente capítulo, el movimiento estudiantil que desembocó en los famosos enfrentamientos de la plaza de Tiananmén contó con el apoyo de altos cargos militares dispuestos a desobedecer las órdenes y a cambiar de bando. Lo mismo sucede con la comunidad internacional, cuya miríada de organizaciones, desde gobiernos extranjeros hasta oenegés, prefieren secundar la resistencia pasiva antes que las insurgencias armadas.

Eso es exactamente lo que ocurrió en Filipinas, una historia que le gusta contar a Cecilia, la más joven formadora de CANVAS y nuestra única filipina. En 1969, Ferdinand Marcos, que se había distinguido como guerrillero antijaponés durante la Segunda Guerra Mundial, fue reelegido presidente. Respondiendo a una oleada de manifestaciones estudiantiles promovidas por los comunistas, Marcos se apresuró a declarar la ley marcial. «Quizá sea más fácil y cómodo buscar consuelo en un pasado conocido y mediocre –dijo en uno de sus escalofriantes discursos–, pero el momento es demasiado grave y nos jugamos demasiado para hacer las habituales concesiones a los procesos democráticos tradicionales.»

A nadie sorprendió que la oposición se alzara en armas y se ocultase en la selva. Con el nombre Nuevo Ejército del Pueblo, al principio, los comunistas lograron mantener una guerra de guerrillas contra el Gobierno, pero no despertaron las simpatías de los filipinos y el Gobierno estadounidense los tachó de terroristas.

Al mando de la oposición estaba un senador llamado Benigno Aquino Jr. que en 1983 aceptó volver de un largo exilio para competir contra Marcos por la presidencia. Sin embargo, la comitiva militar enviada para recibirlo en la pista de aterrizaje no esperó

mucho para dar cuenta de él y lo asesinó en el aeropuerto mismo. Las manifestaciones se multiplicaron con rapidez y Marcos, ya casi sin opciones, acordó convocar unas elecciones que inmediatamente amañó.



Monumento a la no violencia del escultor Carl Frederick Reuterswård (MHM55).

Aquél era el momento perfecto para Corazón Aquino, la viuda del senador asesinado. Consciente del impulso que había generado la muerte de su marido, organizó una marcha en Manila a la que acudieron dos millones de personas. Al día siguiente de la investidura de Marcos, anunció la campaña Triunfo del Pueblo: a instancias suyas, la mayoría de los filipinos fueron a la huelga general, retiraron en masa sus fondos de los bancos para desestabilizar esas instituciones corruptas que dirigían los cómplices del dictador, boicotearon los medios de comunicación estatales y trasladaron su confianza a los periódicos y emisoras de radio que regía la Iglesia Católica, un pilar de poder que

no había mostrado inclinación alguna por Marcos. En todo el país, millones de personas abrigaron esperanza y otros tantos millones de observadores de todo el mundo tomaron partido sin vacilación. El 25 de febrero de 1986, Aquino juró el cargo de presidenta y formó un gobierno paralelo. Esa misma tarde, helicópteros militares estadounidenses escoltaron a Marcos, a treinta miembros de su familia y su séquito a una base militar próxima y desde allí a Hawái, donde el dictador viviría el resto de sus días.

Vemos, por tanto, que la resistencia no violenta funcionó en Filipinas allí donde la violencia había fracasado, como ha ocurrido en tantos otros lugares del mundo. Pero aunque la práctica no violenta (que forma con la unidad y la planificación una sagrada trinidad de la lucha pacífica eficaz) es de vital importancia, hay otras cosas necesarias para garantizar el éxito. Tan importante como esta trinidad es saber cómo (y cuándo) terminar lo que hemos empezado. Para ello haríamos bien en observar a los arrojados jóvenes que en 1989 se enfrentaron a los tanques en Pekín.

## TERMINAD LO QUE EMPECÉIS

Si habéis llegado hasta aquí, debéis saber que estáis cerca del final. La conclusión se vislumbra y quizá ya estéis pensando en otros libros más interesantes que leer a continuación. Y por eso éste puede ser un buen momento para abordar un aspecto fundamental pero tristemente infravalorado de la lucha no violenta, a saber, cómo identificar el momento crucial de cualquier campaña en que habéis conquistado vuestro «huevo de ganso» y habéis logrado el objetivo que os habíais propuesto. Porque ése es el momento en que vosotros, como activistas, tenéis que proclamar la victoria y largaros o, al menos, pasar a la siguiente batalla que podáis ganar.

Quizá parezca muy sencillo, pero proclamar la victoria es delicado. Es un poco como la repostería, porque aquí también los tiempos son decisivos: no quieres que el bizcocho se queme ni que se quede crudo. Si proclamas el éxito del movimiento demasiado pronto y envías a los activistas a casa cuando queda un montón de tareas difíciles por hacer, quizás acabes enfrentándote a una situación similar a la que se vive ahora mismo en Egipto, donde los revolucionarios, creyéndose vencedores al caer Mubarak, se encontraron con que primero los Hermanos Musulmanes y después las poderosas fuerzas armadas se hacían con el control del país. Aun ahora, con los Hermanos Musulmanes en fuga y el ejército en el poder, Egipto no es precisamente la democracia que soñaba mi amigo Mohammed Adel.



El Corán y la cruz cristiana en la plaza Tahrir de El Cairo el 6 de febrero de 2011 (Dylan Martínez).

En retrospectiva, parece obvio que el error de los egipcios estuvo en considerar la revolución un éxito tras la detención del dictador. En cualquier situación caótica (como el vacío que siguió a la apresurada marcha de Mubarak), los grupos más organizados son los que están en mejores condiciones para hacerse con las riendas del poder. Y en Egipto nadie estaba más organizado que los Hermanos Musulmanes y el ejército. Los activistas no violentos que tanto éxito habían tenido movilizándolo a la gente en las calles de El Cairo y logrando una unidad real entre los egipcios no previeron la capacidad de esos grupos para ocuparse del desorden que causó la renuncia de Mubarak, con lo que ellos mismos se aseguraron el fiasco. Por eso en CANVAS nos gusta recordar que el presidente Kennedy no sólo prometió enviar astronautas a la Luna, sino que también prometió traerlos de vuelta a la Tierra. Devolver a aquellos hombres a casa, no sólo lanzarlos al espacio, era el huevo de ganso de la NASA. Para los egipcios, el huevo de ganso tenía que haber sido la democracia, no sólo el fin de Mubarak.

Y por eso es importante que los activistas no violentos terminen lo que empiezan. La fascinante hazaña de derrocar una dictadura sólo cuenta como victoria si se ha llevado a cabo la tarea no tan fascinante de consolidar la democracia. Y aunque el estudio de

Chenoweth y Stephan mencionado antes concluye que la acción no violenta es la que ofrece más probabilidades de instaurar un cambio social duradero (un 42 % en el transcurso de cinco años), sigue quedando un 58 % de posibilidades de que tus briosos esfuerzos terminen tristemente. Por tanto, para que no os vayáis con las manos vacías, ahora estudiaremos algunos escollos con los que a veces tropiezan hasta los movimientos más eficaces.

Como hemos visto en el caso de Egipto, uno de esos escollos es lanzar las campanas al vuelo demasiado pronto y dejar la puerta abierta a que otros grupos malintencionados se aprovechen de tu trabajo. Pero también es peligroso esperar demasiado tiempo para cantar victoria. Ya he mencionado antes que el ímpetu es algo complejo y no conviene despilfarrarlo. Eso es lo que les ocurrió a los intrépidos activistas que ocuparon la plaza de Tiananmén en 1989. En uno de los momentos más emocionantes de la historia moderna, los estudiantes organizaron una protesta pacífica multitudinaria y obligaron al Gobierno comunista de China a proponer concesiones y reformas tangibles, pero el tiro les salió por la culata cuando rechazaron las pequeñas ofertas de negociación del Gobierno. En lugar de aceptarlas, los estudiantes (poco realistas) exigieron la sustitución del sistema chino por una democracia total y verdadera. Cuando los activistas se negaron a aceptar las victorias menores pero significativas que habían obtenido del partido, el Gobierno temió que se repitieran los disturbios y aplastó la revuelta. Como resultado, el movimiento social en China retrocedió dos décadas.

Como en toda la historia china, lo que ocurrió en la plaza de Tiananmén está relacionado con numerosos procesos históricos, algunos de los cuales se remontan a varias décadas atrás. Yo no soy politólogo, pero resumiré lo ocurrido en términos sencillos, aunque espero que no demasiado simplistas. El 15 de abril, Hu Yaobang, secretario general del Partido Comunista y considerado reformista, murió repentinamente de un ataque al corazón. Los estudiantes de Pekín, un puñado de demócratas que llevaban años soñando, como otros muchos aficionados a Guns N' Roses, con la democracia china, lloraron al hombre que consideraban defensor de su causa, se congregaron en la plaza de Tiananmén, erigieron altares a Hu y escribieron versos que criticaban al Gobierno muy sutilmente por no ser lo bastante progresista.

No obstante, escribir versos sólo anima el interés de unos jóvenes febriles por tiempo limitado y pronto las fragmentadas manifestaciones cuajaron en un movimiento con líderes, música, consignas y una lista de siete demandas. Veinticinco años después, recordamos el movimiento de Tiananmén como un alzamiento a favor de la democracia y en contra de la opresión. La determinación de sus protagonistas quedó patente en la famosa fotografía de un desconocido bloqueando el paso de una columna de tanques. Pero lo cierto es que el movimiento estudiantil nunca fue tan radical, al menos, no al principio. Las demandas que presentaron al Gobierno eran claras y sensatas, como aumentar los fondos para la educación, eliminar las restricciones para manifestarse en

Pekín y relajar la censura en la prensa, sobre todo en asuntos estudiantiles. Podemos afirmar con certeza que todas eran batallas que podrían haberse ganado.

Al principio, el Gobierno parecía tener poco o ningún interés en ceder. El 26 de abril, el periódico oficial del partido, el *Diario del pueblo*, publicó en primera página un editorial sobre las protestas titulado «Es necesario adoptar una postura clara contra los disturbios» que dejaba poco margen para la duda sobre el planteamiento de los líderes del partido. Casi de manera inmediata, miles de estudiantes inundaron la plaza atravesando las barreras policiales y rápidamente ganaron el apoyo de los obreros y de otros ciudadanos. Si hubierais sido un mandamás del Partido Comunista, habríais empezado a temblar. Montones de pilares del poder comenzaban a tambalearse y a realinearse en su contra. Parecía estar gestándose una revolución.

Al darse cuenta de que el Estado comunista corría un peligro real, el Gobierno anunció sin dilación que estaba dispuesto a negociar. En repetidos discursos, Zhao Ziyang, el nuevo secretario general del partido, afirmó que los estudiantes tenían razón cuando señalaban la corrupción como un problema importante y prometió actuar con prontitud para resolver la cuestión. Zhao también añadió que el movimiento de los estudiantes era de naturaleza patriótica, una declaración que para todo el mundo significó que no se castigaría a más líderes estudiantiles. Tanto en el tono como en el contenido, los discursos de Zhao invalidaban la línea dura anterior del Gobierno y daban a entender que el Partido Comunista deseaba escuchar y actuaría de forma razonable. Cuando llegó el mes de mayo, la mayoría de los estudiantes chinos tenía la sensación de haber obtenido una gran victoria.

Si éste fuera el videojuego *Punch-Out!!*, los estudiantes acabarían de tumbar a Glass Joe, alias «Mandíbula de Cristal». Si fuera *Angry Birds*, estarían en uno de los niveles requetefáciles. Tendrían que haberse detenido un momento a evaluar su situación y darse cuenta de que no estaban preparados para noquear a Mike Tyson. Lo que habían conseguido ya era asombroso. Después de todo, el Gobierno chino no era de los que hacen concesiones, y mucho menos a un puñado de chavales. El simple hecho de que el Partido Comunista considerase algunas de sus propuestas ya constituía una gran gesta para los activistas y, a continuación, la mejor jugada habría sido pregonar sus logros a diestra y siniestra y proclamar que acababan de someter al poderoso Gobierno chino, lo cual era bastante cierto. Casi inmediatamente habría empezado el segundo nivel del juego, en el que los estudiantes utilizarían su influencia y las técnicas adquiridas durante la primera ronda de confrontaciones para presionar un poco más y mejorar su posición. Cabía pensar que la segunda temporada de su dramática miniserie sería aún más emocionante que la primera, al fin y al cabo, tenían potencial y un historial de buenos resultados.

Pero la mayoría de los líderes del movimiento no razonaron así. Generalizando, no les interesaba dialogar. Eran jóvenes e idealistas y querían todo o nada. En lugar de

negociar, anunciaron una ronda de tácticas todavía más radicales para retomar impulso y atraer a las masas de nuevo a su causa: harían huelga de hambre.

La huelga comenzó el 13 de mayo. La fecha no era casual, ya que el líder soviético Mijaíl Gorbachov tenía previsto aterrizar en Pekín dos días después para una visita que, sin duda, incluiría el epicentro de la ciudad, la plaza de Tiananmén. Y otra vez se puso de manifiesto que el Gobierno estaba muy interesado en alcanzar un acuerdo: los medios de comunicación estatales hacían la vista gorda y cubrían la huelga de hambre, la censura se había relajado y unos cuantos intelectuales recibieron autorización para expresar sus críticas en un periódico de tirada nacional. Todo ello distaba mucho de la libertad de prensa que apreciamos en Occidente; pero, para los cánones de los partidos comunistas de todo el mundo, era una concesión importante. Llevando un poco más lejos el ánimo apaciguador, un representante gubernamental llamado Yan Mingfu se presentó en la plaza y se ofreció como rehén voluntario. El Gobierno, dijo, estaba interesado en pactar.

Los líderes estudiantiles se negaron a cambiar ni un milímetro su postura. O democracia o nada. *Game over*, en la analogía del juego. Pero ni los gobiernos ni los videojuegos funcionan así. Cuando aterrizó al día siguiente (para inaugurar la primera cumbre chinosoviética en más de treinta años), Gorbachov fue recibido en una ceremonia organizada en el aeropuerto, no en la plaza. La suerte del movimiento ya estaba echada: sus objetivos eran puros, pero su incapacidad para entender el reto como una sucesión de actos pequeños y no como un dramático enfrentamiento redujo sus posibilidades. Aun cuando se impuso la ley marcial y, en un último esfuerzo desesperado por proteger a los jóvenes, varios militares de alto rango arriesgaron su carrera y su seguridad para tender una mano al movimiento estudiantil, el movimiento mantuvo su obstinación. No supo jugar. Esperó demasiado para proclamar la victoria y lo aplastaron.

Y aunque los activistas hagan todo bien y tengan el don de la oportunidad, el movimiento todavía puede derrumbarse. Muchos han empezado poco a poco, han obtenido grandes victorias y han proclamado el éxito en el momento preciso, pero después han visto con horror cómo todo se hundía ante sus ojos. Eso suele ocurrir cuando la gente se siente demasiado segura de la victoria, como un corredor que encabeza la competición y decide saborear el triunfo casi en la línea de meta, pero, de repente, ve a un rival adelantándolo y llevándose el primer premio. Esto es más o menos lo que ocurrió en Ucrania tras la Revolución Naranja de 2004.

En los meses que la precedieron, los serbios tuvimos el honor de trabajar con varios activistas ucranianos, todos ellos jóvenes y audaces, llamados colectivamente Pora, que viene a significar «Es la hora» y que expresaba la misma urgencia que las campañas «Está acabado» y «Éste es el año» de Otpor! Los líderes de Pora eran un grupo fantástico y supieron unir a la gente no sólo detrás de un símbolo (el color naranja), sino también de un único candidato para la presidencia, Víktor Yúschenko, un hombre de

buena presencia que se dirigía a los votantes vestido con un simbólico jersey naranja. Pora hizo cosas estupendas en Ucrania, como poner los pilares de su lado y organizar concentraciones multitudinarias de carácter festivo. Se aseguraron de contar siempre con muchas jóvenes guapas en sus protestas que se dedicaban a repartir flores naranjas a perplejos policías antidisturbios, tocaban música y atraían a todo el mundo con una prometedora visión de futuro centrada en una Ucrania libre y defensora de la democracia, la transparencia y los derechos fundamentales.

Por supuesto, al régimen poscomunista gobernante le estaba costando manejar todo aquello. La élite política ucraniana, íntimamente relacionada con Putin y Rusia, necesitaba hacer algo (cualquier cosa, lo que fuera) para salvar su propio pellejo porque a medida que se acercaba el debate electoral con Víktor Yanukóvich, el oponente de Yúschenko respaldado por el Kremlin, Pora hacía grandes progresos. Yúschenko representaba un futuro luminoso, él era encantador y gustaba a los votantes que querían sacar a Ucrania de la frialdad postsoviética. Yanukóvich, por su parte, era un criminal convicto que había pasado cuatro años en la cárcel por robo con asalto.

Pero entonces, de camino al foro de debate, sucedió algo extraño. Al principio, Yúschenko pensó que había contraído un virus estomacal. No se encontraba bien, pero tampoco parecía nada grave. Sí, aquel malestar le resultaría molesto en los actos de la campaña (y, como puede corroborar cualquiera que haya padecido una intoxicación alimentaria, hasta un poco embarazoso), pero no pasaba nada de envergadura nacional. Lo que quiero decir es que hasta los líderes más fuertes se resfrían de vez en cuando. Pero entonces la cosa se puso fea. La cara se le empezó a hinchar y a llenar de llagas y después la piel se le tornó verduzca como la de un reptil. Muy pronto, ante los horrorizados ojos del mundo, el fotogénico político de la oposición y favorito de los activistas prodemocracia se transformó en algo parecido a Godzilla.

Por fin llegaron los resultados de los análisis: Yúschenko había sido envenenado con dioxina. Igual que la metanfetamina azul que prepara Walter White en *Breaking Bad*, la sustancia que se utilizó con el candidato de Pora era tan pura que sólo podía haberla producido alguien con conocimientos increíblemente especializados de química. En realidad, los síntomas habían empezado después de que Yúschenko cenara con uno de los responsables del servicio secreto ucraniano. Los ucranianos empezaron a preguntarse si no estarían viviendo una película de espías de serie Z protagonizada por los mismos villanos de la KGB que recordaban de la época soviética. Los activistas de Pora estaban furiosos y las gentes confiaban en seguir teniendo un candidato vivo y no un mártir beatificado para cuando llegaran las elecciones.

No hay de qué preocuparse, decían los oponentes políticos de Pora. El problema, decían con sonrisas taimadas, era que Yúschenko, siguiendo la moda capitalista, había cenado sushi y coñac en lugar de platos más patrióticos, como grasa de cerdo y vodka. Según los desalmados partidarios de Yanukóvich, el único culpable era Yúschenko. Fue entonces cuando Pora vio la ocasión de atacar. Aquello era opresión pura y dura y la

desactivaron de forma espectacular. El rostro desfigurado de Yúschenko se convirtió en el nuevo símbolo del movimiento y la energía y el entusiasmo de Pora, junto con el abanico de técnicas no violentas que ya habían empleado para llamar la atención sobre la causa de la democracia ucraniana, garantizaron la organización de marchas, concentraciones y protestas constantes en apoyo de Yúschenko. A pesar de los denodados esfuerzos de Yanukóvich por amañar las elecciones, Yúschenko, con cicatrices irreparables pero en proceso de recuperación, fue finalmente proclamado nuevo presidente de Ucrania.

Para todos los observadores era evidente que Pora había ayudado a traer la democracia a Ucrania y quedó claro que el movimiento había logrado una victoria importante manteniendo unidos todos los pilares del poder detrás de un único candidato válido. Son buenos elementos para un buen relato y quisiera poder contaros que hoy Ucrania está bien encauzada para asegurar el respeto por la libertad y los derechos humanos en la región. Lamentablemente, no es así. Aunque los activistas de Pora tuvieron la habilidad de unir a la gente durante la tumultuosa elección presidencial, dejaron de utilizar ese talento en cuanto Yúschenko llegó al poder. Cuando éste juró el cargo y se acabó la diversión, todo el mundo se dio la vuelta y se fue a su casa. En cuanto se apagó el fervor revolucionario, los activistas de Pora desatendieron la unidad política y bastaron unos cuantos meses tras el nombramiento de Yúschenko para que la coalición gobernante empezara a mostrar importantes fisuras. Casi inmediatamente, el presidente ucraniano discutió con su primera ministra, una mujer también de enorme carisma llamada Yulia Tymoshenko. Como no había manera de que se pusieran de acuerdo en nada, sus aliados políticos eligieron bando y las fuerzas prodemocráticas se desmoronaron.

Y siguieron desmoronándose. Se desmoronaron cuando la fragmentada coalición de Yúschenko finalmente se rompió, allanando así el camino para que el mismísimo Víktor Yanukóvich se hiciera con el poder una vez más. Se desmoronaron un poco más cuando el envalentonado Yanukóvich se erigió en una especie de Putin en miniatura, y ya se desmoronaron del todo cuando Tymoshenko fue encarcelada por supuestos delitos de corrupción. Si vieseis la Ucrania de 2011 o 2012, no se os podría culpar por pensar que Pora había fracasado calamitosamente y que la libertad era imposible.

Pero el poder de la gente es como un genio: cuando lo dejas salir de la lámpara, nunca vuelve a entrar. Ucrania es buena prueba de ello. Tras el resurgimiento de Yanukóvich, el país cayó en tamaña depresión política que casi nadie tenía la energía o los recursos necesarios para hacer nada al respecto. Los ucranianos mostraban apatía incluso ante el gigantesco sistema de clientelismo y corrupción que presidía Yanukóvich. Suspiraban cuando el dictador suprimía libertades civiles y maldecían mientras él (un funcionario que ganó el equivalente a dos mil dólares al mes la mayor parte de su vida) se construía una residencia de setenta y cinco millones de dólares con lámparas de cien mil dólares cada una y montaba en sus terrenos un zoo privado bien

surtido. Todo aquello estaba muy mal. Pero cuando Yanukóvich comunicó que iba a romper con la Unión Europea en favor de las propuestas de Moscú, el genio se enfureció. Los ucranianos estaban dispuestos a convivir con la corrupción y, aun a regañadientes, podían perdonar las extravagancias, pero que les arrebataran el sueño de unirse a Occidente, de ser una nación normal y formar parte del mundo libre, de vivir bien, prosperar y tener esperanza, el sueño de todas las cosas que Pora había descrito diez hacía años y que componían la «visión de futuro», eso era ir demasiado lejos. Así que, una vez más, la gente tomó las calles.

Esas protestas, conocidas como Euromaidán, fueron verdaderamente impresionantes. Sus participantes lucharon y fueron asesinados en las calles de Kiev por esa visión de futuro. ¿Quién iba a imaginar que el primer pueblo de la historia en morir por ondear con orgullo la bandera de la Unión Europea sería el de Ucrania, un país que ni siquiera es miembro de la misma? Ése es el poder de una visión y ésa es la causa de que el movimiento Euromaidán fuera tan fascinante. Haciendo caso omiso de la fuerza que empleó el Gobierno, de los decretos que publicó para mantener a la gente oprimida y de los discursos que pronunció Moscú en sus canales oficiales de propaganda y en las televisiones de todo el mundo (acusando a los manifestantes de toda clase de motivos siniestros), la gente perseveró. La razón es muy simple y tiene mucho que ver con el supuesto fracaso de Pora: cuando la gente normal y corriente siente su propio poder, durante bastante tiempo no suele tener ganas de recuperar la actitud dócil y complaciente que había mantenido hasta entonces: esa gente quiere avanzar y ser libre. Aún queda por ver si los activistas de Kiev han escarmentado de sus errores pasados y ahora son capaces de unir a la gente a largo plazo.

Ojalá aprendan de la historia lo fundamental que es mantener la unidad del movimiento aun después de obtener lo que parece ser la gran victoria. Tras la caída de Milošević en Serbia, a pesar de haber logrado lo que muchos consideraban nuestro gran objetivo, Otpor! siguió presionando al sistema. Vale, Milošević había sido derribado, pero sus seguidores (aunque diezmados) estaban vivitos y coleando. Y también sabíamos que existía la posibilidad de que los nuevos líderes de Serbia encontraran muy cómodo el viejo trono de Milošević e intentaran arrogarse algún tipo de poder presidencial, pero en Otpor! estábamos preparados. Teníamos claro que nuestro huevo de ganso era la democracia y que todavía nos quedaba un largo camino por delante antes de alcanzar la meta. Así que llenamos el país de carteles para informar al Gobierno recién elegido democráticamente de que las mismas personas que habían derrocado a Milošević vigilaban ahora a los nuevos gobernantes y de que todo intento de restaurar el viejo sistema desataría el mismo movimiento popular que se había cobrado la cabellera del régimen precedente. Los antiguos letreros y grafitis de Otpor! fueron sustituidos por carteles con buldóceres (se habían convertido en un símbolo de la revolución serbia) y las leyendas «Hay veinte mil buldóceres en Serbia y cerca de dos millones de posibles conductores» o, simplemente, «¡Os estamos vigilando!». Dicho de otra

manera, nuestra labor no finalizó con la caída de Milošević. Nosotros estábamos luchando por la democracia y nuestra intención era terminar la batalla que habíamos empezado.

Tanto si uno planifica un movimiento pacífico como si practica el *swing* con un palo de golf, hay pocas cosas más importantes que llegar hasta el final. Como es lógico, prevenir golpes contrarrevolucionarios, establecer un gobierno democrático, celebrar elecciones libres y justas y erigir instituciones duraderas es mucho menos atractivo que enfrentarte a un dictador iracundo o a un alcalde del que resulta fácil mofarse con una animada protesta en las calles de una gran ciudad. Sin embargo, los movimientos que triunfan han de tener la paciencia de continuar trabajando aun cuando los focos y las cámaras buscan el siguiente titular.

Tras casi dos décadas sin Milošević, Serbia no es Disneylandia, pero sigue siendo una democracia que funciona de manera bastante aceptable y el país por el que luchaba Otpor! Y es así porque desde el principio de la existencia de nuestro movimiento sabíamos lo que queríamos y teníamos una visión de futuro que definía con bastante claridad nuestro huevo de ganso. Reclamábamos la democracia, un país que viviera en paz con sus vecinos y pertenecer a la Unión Europea. Y hoy casi estamos ahí. Nadie censura nuestros medios de comunicación ni golpea a los manifestantes en las calles de Belgrado, mantenemos relaciones cordiales con los que antes eran acérrimos enemigos, y nuestros políticos se han comprometido, sobre el papel, a lograr que nos incorporemos a la Unión Europea.

Todo ello se debe a que, aunque Milošević estuviera acabado, los activistas serbios nunca dejaron de librar las pequeñas batallas que podían ganar. Zoran Djindjic, gran amigo mío y mi mentor, llegó a ser primer ministro y se comprometió a revocar poco a poco las leyes opresivas de la era Milošević. Introdujo progresivamente pequeñas reformas, pues sabía que por naturaleza un nuevo gobierno posrevolucionario es una flor delicada y no quería dar a nadie la ocasión de arrancarla mientras se abría. Así pues, caminó con paso firme, pero lentamente. Como en Egipto, había muchísimas personas leales al antiguo régimen esperando a que se extralimitara o cometiera alguna estupidez, y aunque en Serbia no había Hermanos Musulmanes con los que lidiar, sí había numerosos negocios ilegales intentando aprovechar el vacío de poder que había dejado nuestra victoria contra Milošević. Al final, Djindjic pagó el precio supremo por sus esfuerzos y murió asesinado en un presunto atentado de la mafia. Aquel día, 12 de marzo de 2003, fue el más oscuro de mi vida; pero aunque el país perdió a un gran hombre, nuestra democracia y las instituciones que Djindjic ayudó a reforzar prevalecieron. Los serbios habíamos creado algo con entidad suficiente para sobrevivir incluso a la catástrofe que nos sobrevino y eso, para mí, es el auténtico logro de nuestra revolución.

Si recordáis la marcha por la sal, recordaréis que Gandhi trabajó dando pasos graduales y proclamando sus pequeñas victorias a medida que se producían. Lo hizo así porque comprendía de forma instintiva el juego de la no violencia. Cuando ya no pudo ganarse el favor del Imperio británico poniendo de relieve la lealtad de la India a la Corona, necesitó otra fórmula. Sabía que anunciar una revolución provocaría una represión enérgica y apenas generaría un despliegue momentáneo de entusiasmo patriótico seguido de una opresión todavía más rigurosa, exactamente la suerte que corrieron los activistas de la plaza de Tiananmén. Lo que Gandhi necesitaba era una oportunidad fácil para que sus seguidores aprendieran lenta y cómodamente las reglas de la desobediencia civil, perfeccionaran su técnica y reafirmaran su valor. Encontró todo eso en la sal.

Claro está que el éxito de la marcha por la sal no culminó en el objetivo último que perseguía Gandhi, la independencia de la India, e hicieron falta otros diecisiete años de desobediencia civil para que los súbditos de su majestad cedieran el control de su colonia más lucrativa a sus habitantes, pero esos años fueron cada vez más fáciles para Gandhi porque con la campaña por la sal ya se había destacado como un líder capaz de acabar lo que había empezado y de obtener resultados. Por todo ello disfrutaba de un prestigio sin precedentes entre los indios. No era sólo un defensor de buenas ideas y un excelente orador, sino que era, además (y perdonadme el tecnicismo), un hacha de la resolución.

Y ahora que ya domináis los conceptos básicos (definir la causa, encontrar los símbolos, identificar los pilares del poder, desactivar la opresión, etcétera) toca aprender a ser resolutivo, lo cual, al más alto nivel de la acción no violenta, significa saber cuándo proclamar la victoria y pasar página.

Éste es un arte en el que sobresale Anna Hazare, un activista indio discípulo espiritual de Gandhi con una carrera insólita. Nacido pobre, un familiar se lo llevó a Bombay, donde estudió hasta que se acabó el dinero y tuvo que dejar el colegio con once años. Cuando volvió a su pueblo, encontró trabajo como boticario, organizó un grupo de autodefensa para proteger a los agricultores de sus terratenientes crueles y a menudo violentos y, finalmente, se sumó al ejército; pero siempre creyó en la no violencia, y tras regresar de nuevo a su pueblo emprendió una cruzada incansable para mejorar su vida y la de sus vecinos. Luchó para prohibir el alcohol (sí, ya lo sé, a mí eso tampoco me gustaría, pero debemos recordar que las únicas personas que saben realmente lo que funciona o no en una sociedad son las que viven en ella) porque los efectos de la bebida causaban graves problemas en su pueblo. Hazare también abrió un banco de cereales para asegurar que los agricultores necesitados no pasaran nunca hambre. Ayudó a crear una fundación benéfica para empoderar a otras personas, y con sus esfuerzos mejoró muchísimo la enseñanza en la región, impulsó la construcción de nuevas escuelas y, aún más increíble, ayudó a lanzar con éxito una campaña en favor de la abolición del sistema de castas, lo que mejoró drásticamente la vida de los considerados

«intocables». Estas victorias enseñaron a Hazare una lección importante: al igual que en *Punch-Out!!*, *Angry Birds* o cualquier otro videojuego, los combates pequeños y fáciles de ganar con objetivos claramente definidos te preparan para los retos de mayor envergadura que quedan por delante.

En 2011, Hazare, ya anciano, estaba listo para la mayor batalla de su vida: se atrevería a luchar contra la corrupción, un problema enorme y descontrolado que paraliza constantemente la economía y la sociedad indias. En 2005, por ejemplo, un estudio realizado por Transparency International descubrió que más del 62 % de los indios reconocían pagar sobornos para asegurarse servicios públicos básicos. Hazare quería poner fin a todo eso. Su plan exigía medidas punitivas más duras contra los funcionarios culpables de corrupción y un poderoso sistema de defensores del pueblo a nivel local, regional y nacional que actuaran con rapidez en representación de los ciudadanos.

El Gobierno rechazó el plan de Hazare (le parecía demasiado complicado políticamente para poder ponerlo en práctica), razón por la que el 5 de abril de 2011 inició una huelga de hambre. «Ayunaré –dijo en una rueda de prensa– hasta que se apruebe el proyecto de ley (anticorrupción).»



«Os estamos vigilando»; Otpor! responsabiliza al nuevo gobierno de cualquier involución tras el derrocamiento de Milošević.

Cientos de personas ayunaron con Hazare y cientos de miles enviaron tuits y publicaron mensajes de apoyo en Facebook. Rápidamente se sumaron a la lucha varios personajes famosos, desde estrellas de Bollywood hasta jugadores de críquet. El mensaje de Hazare era bien sencillo: no pedía el fin inmediato de la corrupción, simplemente insistía en que la Cámara aprobara un proyecto de ley. Hazare era un hombre disciplinado y sistemático e, igual que Gan-dhi, un venerable caballero completamente comprometido con su causa, capaz de obtener resultados porque ya había salido victorioso con anterioridad y la gente lo sabía. Al poco tiempo, miles de simpatizantes se manifestaron en las ciudades más grandes de la India. Cinco días después, el Gobierno claudicó y prometió aprobar el proyecto de ley.

Hazare se apresuró a proclamar la victoria, una iniciativa inteligente por su parte, pero hizo algo aún más decisivo. Se dio cuenta de que ganar la batalla no significaba ganar la guerra y de que, con el tiempo, era fácil que el decadente sistema político recayera en el caos. Consciente de este peligro, Hazare mantuvo la presión aun después de su gran victoria. «El verdadero combate comienza ahora —les dijo a sus partidarios—. Nos queda mucha lucha por delante para redactar la nueva ley. En sólo cinco días hemos demostrado al mundo entero que estamos unidos por la causa de la nación. En este movimiento, el poder de la juventud es un signo de esperanza.»

Él fue fiel a su palabra y el Gobierno a su naturaleza. Cuando pocos meses después, el Gobierno presentó una versión desleída del proyecto de ley, Hazare la tachó de «chiste cruel». Prometió otra huelga de hambre, esta vez hasta morir si era necesario. En cuestión de horas, miles de personas enviaron faxes al Gobierno en apoyo del llamamiento de Hazare. En Bombay, todos los taxis organizaron un día de huelga en solidaridad con sus demandas. Sin embargo, antes siquiera de poder iniciar la huelga de hambre, Hazare fue arrestado por las concentraciones ilegales y enviado a prisión.

En cuanto inició la huelga de hambre en la cárcel, el respaldo fue multitudinario y en pocas horas el Gobierno acordó liberarlo. La opresión se le había vuelto en contra. No obstante, dominando la táctica como lo hacía, Hazare se negó a salir de la celda a menos que le permitieran continuar la huelga en el espacio público que había seleccionado previamente para aquella ocasión. Varios días y reiteradas declaraciones después, Hazare venció de nuevo y fue escoltado al lugar elegido para proseguir su ayuno. Mientras se consumía, los miles de personas que habían acudido a apoyarlo en aquellos momentos pudieron constatar la contradicción entre la debilidad de su cuerpo y la determinación de su espíritu. Manifestaba una y otra vez que moriría si era necesario, pero que sus partidarios y él nunca renunciarían a la lucha.

En toda la India, los jóvenes empezaron a llevar el *topi*, el tradicional gorro blanco característico de Hazare. Sus seguidores también compusieron una breve tonada con las palabras «Yo soy Anna», que prometieron cantar en voz alta y en público siempre que un policía u otro funcionario les pidiera descaradamente un soborno.

Por fin, doce días después, con casi ocho kilos menos, deshidratado y frágil, Hazare recibía la noticia de que el Gobierno capitulaba una vez más ante sus demandas y de que revisaría debidamente el proyecto de ley. Sentado en una silla contra una pancarta enorme que mostraba el rostro de Gandhi, Hazare proclamó su victoria final. «Creo que éste es el triunfo de todo el país», afirmó. Y así fue porque supo declarar sus victorias en el momento adecuado y mantener la presión hasta terminar la lucha que había emprendido.

Los cambios sociales como los que Hazare obtuvo en la India y los que nosotros logramos en Serbia no son fáciles de conseguir. Causas tales como la democracia, los derechos humanos y la transparencia son cultivos de crecimiento lento que exigen mucho trabajo, estrategias claras e instituciones civiles fuertes para florecer y sobrevivir. En calidad de activistas, es responsabilidad vuestra finalizar lo que hayáis empezado porque, como vemos por todo el mundo, las revoluciones que no están bien resueltas pueden ser tan perniciosas como el régimen que las precedió. Debéis aseguraros de que cualquier cambio conseguido sea duradero y estable. Hay algunas obviedades con las que tenéis que tener cuidado, como proclamar *game over* demasiado pronto, no reconocer las victorias cuando os las otorguen o perder la unidad que tanto ha costado conseguir por riñas «familiares» y poses políticas. Y, aunque pueda ser tentador, tened cuidado de no enamoraros con demasiada facilidad de las nuevas élites y los héroes a quienes el movimiento conceda un lugar prominente. La corrupción y el abuso del poder recién estrenado pueden malograr las conquistas de las revoluciones pacíficas mejor organizadas, y muchas veces los nuevos habitantes del palacio del dictador encuentran cómodos sus viejos zapatos. Diez años después de que los activistas georgianos de Kmara adoptaran el logotipo del puño de Otpor! y comenzasen la Revolución de las Rosas en 2003, Mijeíl Saakashvili (el joven prometedor que había llegado al poder decidido a encarrilar el antiguo Estado soviético por la vía de los derechos humanos y la democracia), tras ser acusado de emplear las mismas tácticas autoritarias que habían aplicado los dictadores anteriores, fue derrotado en las elecciones presidenciales.



Activistas de Otpor! el 11 de noviembre de 1999 (Ígor Jeremić).

Pero, por haber formado parte de un movimiento que sí consiguió producir un cambio real en mi país, os puedo asegurar que es posible lograr transformaciones duraderas en este mundo. ¿Es Serbia el mejor lugar del mundo para vivir hoy en día? Rotundamente no: atravesamos graves dificultades económicas, tenemos un sistema educativo viejo y disfuncional, hábitos ecológicos absolutamente medievales y, gracias a los crímenes de Milošević contra la humanidad, cargaremos con una reputación horrorosa en la comunidad internacional durante mucho tiempo. En Belgrado y en otros lugares, hay un alto índice de paro y de corrupción. Pero tenemos esperanza en el futuro, medios de comunicación relativamente abiertos e instituciones democráticas que nos permiten elegir a nuestros líderes y hacerlos responsables de las promesas que cumplen e incumplen. Y, sobre todo, por haber llevado a buen término una revolución no violenta, tenemos confianza en nosotros mismos. La capacidad de mejorar la vida de toda la sociedad genera una enorme sensación de suficiencia, un sentimiento que comparten todos los buenos activistas y que, además, emana de una idea sencilla y afortunada, una idea que en un momento u otro ha movido a muchas personas a defender algo en lo que creían: la conciencia de que cambiar la situación dependía de ellas. Sabían, y espero que vosotros también sepáis, que es cosa vuestra.

## ES COSA VUESTRA

Como sabe quien haya disfrutado de un buen *thriller* o que de pequeño haya engullido a toda prisa un plato de brócoli blando y pollo correoso para llegar al postre, es buena idea guardarse lo mejor para el final. Y, por eso, después de recordar a Gandhi y a Martin Luther King Jr., de analizar las revueltas de Egipto, Birmania y las Maldivas y de compartir con vosotros mis propias experiencias para contribuir al derrocamiento del sanguinario Slobodan Milošević, quisiera hablaros de otro tipo de héroe, humilde pero no menos ejemplar. Nuestra hipotética protagonista se llama Kathy y, para ser sincero, no tiene nada de especial. Podría existir en cualquier ciudad de Estados Unidos y su historia se compone de anécdotas y ejemplos que me han contado numerosos ciudadanos de clase media que se dedican al activismo a tiempo parcial en ese país.

Kathy es una persona perfectamente normal y corriente, una mujer agradable con un buen trabajo, tres hijos y un dúplex, la típica persona encantadora que pasa casi desapercibida. Procura llevar una vida normal y corriente, una vida feliz y equilibrada y hasta hace poco jamás habría considerado siquiera (ya no digamos participar en) ningún tipo de activismo. Demasiado joven para formar parte de la generación de los sesenta, creció creyendo que la política es algo sucio, que los sistemas están corruptos y que la gente está más o menos indefensa y a merced de la maquinaria gubernamental y las grandes empresas, así que lo mejor que podía hacer era ocuparse de sus propios asuntos y dedicarse a cosas que pudiera controlar. Como muchos de nosotros, siempre intentaba eludir a los pesados que distribuyen panfletos a la puerta del supermercado a favor de alguna causa o de algún candidato. Kathy admiraba su pasión, pero no quería tener nada que ver con ellos. Sólo quería que la dejaran en paz.



«¿Quién si no nosotros?»; activistas de Ocupa Wall Street frente a la policía durante el otoño de 2011 (Arman y Arsh T. Riahi).

Y entonces se produjo la recalificación.

Como suele ocurrir con la mayoría de los asuntos que competen a la Administración local, muchos de los vecinos de Kathy ni sabían que el Ayuntamiento había aprobado dicha resolución. Kathy tampoco, pero a las pocas semanas, nadie hablaba de otra cosa; ella se enteró en la gasolinera, donde lo discutían los compañeros de trabajo de su marido, y por todas partes aparecieron carteles en contra de ésta. Gracias a una imaginativa recalificación, el gran solar situado al final de la calle del colegio de sus hijos pronto pasaría a manos de un gigantesco centro comercial. Estas cosas pasan en poblaciones de todo Estados Unidos y no hace falta ser urbanista para saber que la construcción de un centro comercial junto a un colegio implica más tráfico, más posibilidad de accidentes y toda clase de influencias y distracciones perjudiciales que deben mantenerse alejadas de las escuelas por buenos motivos. Pero el Ayuntamiento, con el respaldo entusiasta de unos cuantos promotores inmobiliarios, se encogió de hombros ante estos razonamientos y despejó el camino para iniciar las obras.

Preocupada, Kathy hizo todo lo que pensaba que debía hacer. Llamó a algunos concejales y les dejó un mensaje a través de su secretaria: por supuesto, jamás le devolvieron la llamada. Escribió una carta a un periódico local: sí, la publicaron, pero no pasó nada. Habló con sus amigos del consejo escolar y juntos escribieron una dura misiva al alcalde: recibieron una amable respuesta en la que éste prometía estudiar la cuestión, cosa que nunca hizo. Si alguna vez habéis participado en acciones de barrio, seguro que todo esto os suena bastante.

Pronto el centro comercial se convirtió en el único tema de conversación de Kathy y sus amigos. Ya no se trataba únicamente de un problema de seguridad, pues el aumento de tráfico presentaría inconvenientes que quizá pudieran solucionarse con unos cuantos badenes o semáforos bien ubicados. El verdadero problema era la terrible sensación de que en el ayuntamiento campaban a sus anchas personas con un montón de pasta y de contactos que hacían y deshacían a su antojo sin tener en cuenta a los ciudadanos normales y corrientes como ella, familias que compartían el coche todas las mañanas para llevar a los niños al colegio, organizaban ventas de bizcochos para mantener el colegio en buenas condiciones y consideraban la comunidad escolar una parte importante de su vida. De forma callada al principio y más airada con el paso de las semanas, Kathy y compañía convinieron que era hora de adoptar medidas más serias. Como todas las batallas que merece la pena librar, su batalla costaría tiempo y precisaría diversas tácticas. Por ejemplo, el grupo observó que a la Administración municipal no le interesaba escuchar a los padres de los niños que asistían a ese colegio. Quizás el alcalde no los consideraba suficientemente importantes y creía poder despacharlos con tanta facilidad como despachaba a los típicos vecinos que sólo se oponen a algo si les queda cerca; una molestia tan habitual en los barrios residenciales como las palomas en el centro de la ciudad. Pero Kathy era inteligente. Sabía identificar los pilares del poder.

Ella y los demás padres sabían que la suya era una ciudad temerosa de Dios, llena de buenos practicantes que se tomaban la religión tan en serio que las iglesias hacían las veces de centros cívicos. En el círculo de Kathy ya se habían resignado al desinterés del alcalde por la opinión de los vecinos, y sabían que, mientras hubiera dinero que ganar, los promotores no darían su brazo a torcer. Pero hay algunas fuerzas que ni el gobierno más firme puede ignorar, razón por la que Kathy recabó el apoyo del clero de su ciudad para poner la ira de Dios de su parte: convenció al cura de que escribiera una enérgica carta al alcalde. Éste no era estúpido y, en cuanto presintió que se estaba formando una coalición celestial en su contra, respondió a las protestas y prometió estudiar la recalificación. La carta señalaba el cambio de postura de uno de los pilares del poder más importantes para el alcalde, por lo que fue más efectiva que todas las conversaciones en corro, que todos los carteles en los jardines y que todos los encendidos mensajes de preocupación que habían enviado los padres por correo electrónico.

Desde la primera vez que el alcalde ignorara a Kathy habían transcurrido tres meses, a partir de entonces empezó a dar marcha atrás y prometió celebrar otra audiencia pública para reconsiderar el plan. Como parecía que Kathy obtenía resultados, enseguida todo el mundo quiso formar parte de su equipo de activistas, y hasta los ciudadanos más apáticos sentían que su batalla, que comparaban con la de David contra Goliat, era justa. La tarde en que tuvo lugar la audiencia pública, la sala estaba abarrotada. La mayoría de los asistentes sólo había acudido por no perderse la ocasión. Kathy y sus amigos no los decepcionaron: sus discursos no fueron modelos de oratoria (a pesar de todas sus virtudes, Kathy no era Churchill), pero fueron emotivos, sinceros y tremendamente conmovedores. Cuando terminó la reunión, quedó claro que la recalificación tenía que anularse, y, de hecho, así fue pocas semanas después. Consciente de la importancia de proclamar la victoria, Kathy y sus cómplices escribieron una carta muy amable al alcalde, le dieron las gracias por haber hecho lo correcto y lo invitaron a visitar el colegio. Por supuesto, él aceptó: al fin y al cabo, Kathy ya era un personaje influyente en el municipio y había obtenido un gran triunfo para su ciudad.

En mis viajes por Estados Unidos he conocido a muchas personas como Kathy y sus historias son invariablemente las que más me alegran el corazón. Ciertamente, expulsar a Mubarak o a Milošević es un logro increíble, pero no hace falta vivir bajo el peso de una dictadura para aplicar los principios del poder de la gente, esos principios son universales y funcionan sin importar quién eres ni cuál es el problema.

Si todavía albergáis dudas sobre el poder de los hobbits normales y corrientes como nuestra buena amiga Kathy, pensad en los residentes de Kibera, el mayor suburbio de Nairobi, la capital de Kenia, y, según dicen, del mundo entero; un lugar en el que viven cinco millones de personas hacinadas en la miseria. Kibera exponía a sus vecinos a todas las amenazas que cabe esperar de uno de los lugares más infernales del planeta. El paisaje era aterrador. Por un lado, con sus tupidos matorrales y la sombra permanente de los árboles, Jamhuri Park era el rincón preferido de los violadores. A continuación, la presa de Nairobi era el Holyday Inn de los ladrones, y si recorrías la céntrica Karanja Road el día en que habías cobrado algo, seguro que te desplumaban. A ello había que añadir los retretes voladores. Como en Kibera no había un sistema de alcantarillado generalizado ni eficaz, muchos residentes se veían obligados a hacer sus necesidades en zanjas cavadas en la calle; pero de noche, cuando era demasiado peligroso salir corriendo siquiera un minuto para aliviarse, los vecinos se limitaban a evacuar en una bolsa de plástico, hacían un nudo y la arrojaban por la ventana: un retrete volador. Huelga decir que había bolsas de plástico por doquier. Como podéis imaginar, Kibera no era un lugar donde fuera fácil vivir, y para subsistir tenías que saber verdaderamente qué terreno pisabas.

Varias oenegés quisieron ayudar, pero su trabajo no sirvió de nada. Allá que iban con sus mejores intenciones, pero solían enviar a extranjeros o a keniatas más favorecidos, y

aunque su ayuda fue bien recibida, no resolvió ningún problema real. Sí, instalaron algunas letrinas y redujeron el número de retretes voladores, pero el fondo de la cuestión no se abordó de forma eficiente. Las cosas sólo empezaron a cambiar cuando los vecinos decidieron trabajar juntos, empezando por tareas sencillas. La primera de ellas consistió en elaborar un mapa de la barriada, una herramienta útil que ayudaría a la gente a compartir sus conocimientos y a alertarse mutuamente de los peligros que los rodeaban e informarse de las oportunidades que podían tratar de aprovechar, así como de poner en común sus habilidades de supervivencia. Y aquello no les resultó demasiado complicado. Como actualmente la tecnología ha simplificado la representación cartográfica, y siendo como es mucho más accesible para los jóvenes, un grupo de adolescentes provistos de GPS salieron a recopilar datos, recorrieron el vecindario y registraron todo lo que veían en cuatro categorías: seguridad/vulnerabilidad, servicios de salud, formación no académica y agua/saneamiento. Cuando terminaron, imprimieron el mapa en papel barato y lo distribuyeron entre los vecinos con lápices y papel de calco. Para su satisfacción, mucha gente empezó a añadir al mapa sus propias localizaciones y pronto la base de datos alcanzó quinientos puntos de referencia y después centenares más. En cuanto tuvo conocimiento del proyecto, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia decidió participar y destinó a ello una cantidad de dinero. Al poco tiempo, todos los habitantes de Kibera recibían alertas a través de SMS enviados directamente a sus teléfonos móviles; un servicio que los ayudó a mantenerse alejados de la delincuencia y los estallidos de violencia cotidianos. Manzana por manzana, distrito por distrito, los vecinos estaban recuperando su sentido de comunidad.

Los jóvenes de Kibera ilustran a la perfección lo que significa aprovechar bien el poder de la gente. Esos chicos, a diferencia de muchos otros ejemplos de este libro, no tenían enemigos corruptos que desbancar ni libertades que conquistar. Simplemente trabajaron en cooperación para que sus amigos y familiares se sintieran seguros. Ésa es siempre una poderosa visión de futuro.

Los vecinos de la barriada de Kibera estaban decepcionados con el Gobierno y con sus instituciones, pero tenían fe en su capacidad para introducir cambios positivos por sí mismos. Impulsaron su visión y eligieron las batallas que podían ganar, despertaron entusiasmo y se sirvieron de la creatividad para ganar adeptos. Trazar un mapa no es tan trascendental como deponer a un dictador, y seguramente tampoco salga en las noticias; pero, al comprometerse los unos con los otros, los vecinos mejoraron el día a día de todos los residentes. Y si los activistas de un suburbio miserable de África pueden cambiar las cosas, vosotros también.

Cuando iniciéis vuestra propia cruzada, tendréis que aceptar que no vendrá la caballería al rescate. No bajará nadie más importante, más atrevido ni más guapo que vosotros del monte Olimpo para resolver vuestros problemas. Ésta es otra lección que aprendí de Tolkien: todo es cosa vuestra. Cuando el movimiento está todavía

formándose, no habrá sabios, paladines, enanos cabezotas ni bellos elfos dispuestos a ayudaros. Estaréis solos. En Serbia, un país donde se ve que aprendemos despacio, tardamos casi diez años en asimilar esta lección y darnos cuenta de que Otpor! tenía que encargarse de Milošević por su cuenta. Los políticos nos habían fallado, la comunidad internacional no sabía para dónde tirar y la oposición era un desastre. Ni Gandalf ni E. T. nos librarían de la dictadura, y el problema no se resolvería solo. Nos tocaba a nosotros forjar la sagrada trinidad de unidad, planificación y disciplina no violenta para confrontar al dictador.

Y, sin embargo, más que por eso, Otpor! tuvo éxito porque le sobraban entusiasmo y creatividad; dos características que deben albergar vuestro corazón y vuestra mente y el corazón y la mente de todos los que trabajen con vosotros. En CANVAS, a los activistas que nos piden consejo o directrices les decimos de entrada que no podemos hacer nada por ellos. Aunque les enseñemos los principios básicos y algunas técnicas no violentas que han funcionado en otros casos, las soluciones creativas a cualesquiera que sean los problemas de una sociedad deben gestarse en esa sociedad. A nuestros activistas les aconsejamos que escuchen «la rebeldía de su propio corazón» y que aprendan a confiar en sí mismos. Los asesores extranjeros (y de vez en cuando me considero uno de ellos) tienen fama de actuar, según las memorables palabras del coronel Bob, «como hijos de puta forasteros con maletines lujosos». En última instancia, la gente normal y corriente como la hipotética Kathy y los muy reales habitantes de Kibera tienen más posibilidades de cambiar el mundo que cualquier consultor externo.

Y, por tanto, ahora que el libro se acerca a su fin, os diré algo que no os gustará: hay una forma correcta de leerlo y otra incorrecta. La incorrecta es tomárselo como una novela de aventuras cualquiera, disfrutando de las andanzas de seres intrépidos y admirables en lugares remotos e imaginando ser un héroe y no una persona normal y corriente sin causas importantes que defender. La correcta es considerar los principios que aquí describo como consejos vitalicios e intentar aplicarlos en todas las circunstancias de la vida. Espero que durante la lectura hayáis pensado en los problemas que os interesan. Ya se trate de cuestiones importantes que afectan a todo el mundo, como la injusticia social, o de conflictos que afectan únicamente a unas cuantas personas del barrio, como las cacas de perro por las aceras, confío en que ya estéis dándole vueltas a cómo mejorar la sociedad con un activismo no violento y comprometido.

Si soltáis este libro sin más, al menos recordad esto: la vida tiene mucho más sentido (y también es mucho más divertida) cuando tomas las riendas y actúas. Es triste darse cuenta de la cantidad de cosas de la vida moderna concebidas para adormecernos en una cómoda insensibilidad, se espera que hagamos lo que nos dicen porque es fácil. Pero si en algo os parecéis a Duda, Ana, Mohammed Adel, Sandra, Cecilia, Sloba, Sinisa, Misko, Breza, Rasko, Imran Zahir, Harvey Milk, Itzik Alrov, Andy Bichlbaum, Rachel Hope, Chris Nahum, Manal al-Sharif, nuestros jóvenes amigos de Kibera o

nuestras camaradas georgianas Nini o Georgi, seguro que os costará muchísimo quedaros de brazos cruzados. Y aunque hoy tenemos la suerte de contar con tecnologías asombrosas con las que cualquiera puede subirse sin dificultad al carro del activismo (teléfonos móviles, redes sociales y cámaras omnipresentes), es importante recordar que hubo muchos movimientos antes de que nadie soñara siquiera con estas herramientas y que numerosas causas han fracasado estrepitosamente por depender demasiado de ellas.

Si buscáis en Google «revoluciones en Facebook y Twitter», comprobaréis que los medios de comunicación han cubierto los últimos años de protestas (desde la Primavera Árabe hasta Ocupa Wall Street) como si el activismo contemporáneo no fuera más que una nueva función de un *smartphone* o una aplicación molona que hay que descargar. Por esa razón hay personas como el primer ministro turco que salen tan campantes en televisión explicando a su pueblo que las manifestaciones en las calles de Estambul son sólo una acción instantánea organizada a través de Twitter; una interpretación falsa pero bastante frecuente. Por desgracia, esta obsesión enfermiza por la tecnología lleva a algunos a pensar que para cambiar el mundo basta con un grupo de Facebook y una desenfadada protesta sin cabecillas. Lo malo, como hemos visto, es que ésa no es la manera de ganar. El vídeo «Kony 2012» colgado en YouTube se ha visto millones de veces, pero Joseph Kony sigue causando estragos en las selvas de África. Nada ha cambiado en ese sentido.

Lo que los activistas deben saber es que todo recae en la población. Lo que cuenta son las personas. Este libro establece un marco práctico, pero sus ideas son inútiles sin la determinación de cambiar las cosas y la fe en que ese cambio es posible. Con mi experiencia y en nombre de todos los desconocidos que siguieron esta vía razonable y obtuvieron resultados espectaculares, os aseguro que no hay ningún modo de vivir más gratificante ni feliz que defendiendo algo que crees correcto. Las criaturas más pequeñas tienen poder para cambiar el mundo.

Sólo quedan unas páginas y, si me lo permitís, me gustaría contaros una última historia. En los años ochenta, cuando no era más que un torpe adolescente, mucho antes siquiera de pensar en política, en los pilares del poder ni en las teorías de Gene Sharp sobre activismo no violento, pasaba los días tocando la guitarra e idolatrando a Igor, mi hermano mayor. Y no es difícil averiguar por qué: yo era un mocoso y él era guay, tenía un grupo de rock y sus gustos musicales eran respetados en los círculos que por aquel entonces importaban. Con once años más que yo, con su pinta y su manera de moverse, mi hermano era como el Jim Kerr de un Simple Minds local. Por supuesto, todas las jóvenes de la modernidad belgradense lo adoraban, y yo me moría por ser igual que él. Igor suponía acertadamente que yo imitaba su música y su estilo porque quería ser tan admirado como él, así que un día me llamó y me dio una charla sobre la auténtica razón de que la música sea tan importante en el mundo. No, aquello tampoco fue una charla; mi hermano se limitó a darme un disco de Peter Gabriel y me pidió que

escuchara «Biko», una canción sobre un activista sudafricano negro que dio la vida luchando contra el *apartheid*. «He aquí —me dijo Igor—, por qué tienes que hacer música. No por las chicas ni por el público, sino por la oportunidad de tener una influencia positiva.» Cuando puse el disco y oí a Peter Gabriel desgranar el nombre de Biko en una especie de gemido lastimero, supe que Igor tenía razón. Eso era más importante que todo lo demás. Era algo de lo que yo quería formar parte. Quería mejorar las cosas para los demás.



Peter Gabriel levanta el puño durante su gran concierto de Belgrado (5 de octubre de 2013; Tony Levin).

El 5 de octubre de 2013, más de treinta años después del lanzamiento de «Biko» y cuando se cumplía el aniversario de la revolución serbia contra Slobodan Milošević, Peter Gabriel vino a Belgrado a tocar en su gira europea. Mi hermano Igor vive ahora en el extranjero, así que no pudo asistir, pero ni mi mujer, Masha, ni Duda, ni el resto del equipo de CANVAS, ni yo nos lo habríamos perdido por nada del mundo. El concierto fue alucinante. Éramos cinco mil personas pendientes de cada nota, escuchando hechizados cada palabra. En mis años de trabajos y durante mis viajes, he tenido la suerte de conocer personalmente a algunos de mis héroes y puedo decir con orgullo que soy más que capaz de mantener la calma ante los grandes personajes de este mundo. He trabajado con personas que llegaron a ser líderes elegidos democráticamente en países por fin libres, y tengo muchas fotografías colgadas en la pared con gente a la que siempre he admirado, pero no estaba preparado para lo que ocurrió aquella noche al final del concierto de Peter Gabriel en Belgrado.

Cuando terminó el repertorio y saludó al público, volvió al escenario bañado en una luz roja etérea. Todos los músicos del grupo habían desaparecido excepto Manu Katché, el batería, que se había quedado en su puesto y tocaba lentamente. Nadie sabía en realidad de qué iba aquello, pero entonces Peter Gabriel, el hombre cuya música había encaminado mi vida, se acercó al micrófono y se dirigió a la multitud.

«Hoy mismo hace trece años —comenzó—, en este país, unos jóvenes tuvieron la osadía de defender los derechos de la gente y, desde entonces, a través de CANVAS, han enseñado a personas del mundo entero todo aquello que aprendieron y todas las técnicas que utilizaron. Pero, ahora, en muchos otros países hay jóvenes que todavía tienen que encontrar el valor para defender aquello en lo que creen, para combatir lo que saben que está mal y para defender los derechos de su pueblo. Uno de esos jóvenes hizo exactamente eso en Sudáfrica y le costó la vida. Su nombre es Steven Biko.»

Y, a continuación, el grupo volvió y tocaron aquella canción. Yo me quedé estupefacto, completamente mudo, las rodillas temblando. Masha me apretó contra ella, debía de intuir que estaba a punto de desplomarme en el suelo. Sabía mejor que nadie el significado que tenían para mí esa canción y las palabras de Peter Gabriel. Al final, cuando llegó a la frase «and the eyes of the world are watching now» [y ahora observan los ojos del mundo], alzó el puño lo más alto que pudo e hizo el viejo saludo de Otpor! Todo el mundo enloqueció y se puso a cantar a coro también con el puño en alto. Cuando acabó el tema, justo antes de dejar el escenario, Gabriel dirigió al público un último mensaje: «Lo que pase a partir de ahora depende de vosotros».

Y entonces giró el micrófono hacia la multitud y se fue.

# ANTES DE DECIR ADIÓS

Si habéis leído este libro de principio a fin, sólo veo dos posibilidades. La primera es que sois mi mujer, en cuyo caso, Masha, te quiero mucho y te doy las gracias por tu apoyo y por aguantarme todas mis payasadas. La segunda es que os interesa introducir cambios positivos en vuestra sociedad; si ése es el caso, creo que hacen falta unas últimas palabras.

Normalmente, los libros como éste terminan con una explosión de optimismo, frases de aliento pa-ra que el lector emprenda el camino de su propio movimiento, su propia causa, su propio desafío. Pero yo soy serbio, y los serbios no somos optimistas, nos cuesta decir palabras alentadoras porque somos un pueblo cuya historia se divide en largos periodos de guerra separados por breves épocas a la espera de la guerra siguiente; así que me despediré con algunas conclusiones que me ha enseñado la dura experiencia.

La primera es que la suerte importa. Los principios descritos en este libro, desde las grandes estrategias hasta las tácticas más pequeñas, se han utilizado y son auténticas, pero somos seres humanos y eso significa que puede acontecer algo completamente azaroso, disparatado e impredecible que te catapulte a la gloria o que por el contrario deje obsoletos tus elaborados planes. Yo lo he visto muchas veces: una manifestación perfectamente organizada que sólo atrae a unos pocos activistas porque coincide con un partido de fútbol importante, por poner un ejemplo, o un movimiento por el que nadie daba un duro hasta que sus mensajes o sus dirigentes captan por algún motivo la atención del público. Si os morís de ganas de poner en práctica los principios expuestos aquí, recordad que el más grande pensador de todos, un tipo llamado Murphy, observó con acierto que todo lo que puede ir mal va mal. Para no ser víctimas de la ley de Murphy, seguid dos reglas bien sencillas. Primero, haced los deberes y sed tan meticulosos como podáis: elaborad listas y gráficos mentales y, si es posible, no dejéis nada al azar. Segundo, mantened la serenidad y aprended a aceptar los reveses como parte de los vaivenes de cualquier cambio.

Pero aunque no sea posible controlar la suerte, sí se puede controlar la comunidad o, como poco, intentar reformarla. Y esta tarea se centra precisamente en la gente. Tanto si es ante una sala llena de desconocidos defendiendo con pasión vuestras ideas, distribuyendo folletos baratos en un campus o caminando por la calle bajo la mirada amenazadora de la policía (siempre que corráis riesgos, os enfrentéis a la opresión y

entréis en combate no como observadores, sino como participantes), en un momento u otro pasaréis mucho mucho miedo. Aun siendo los tipos más duros del planeta, podéis estar seguros de que llegará el día en que también vosotros os sintáis asustados, tristes o abrumados. Así es la naturaleza de las bestias: cuando asumes riesgos audaces e intentas introducir cambios radicales, encuentras una resistencia firme. Si intentas enfrentarte a ella tú solo, si nunca compartes tus frustraciones y alegrías con tus amigos, nunca conseguirás gran cosa. Llevo más de diez años conociendo agitadores y revolucionarios, individuos de lo más duro, a los que he visto derrumbarse por intentar hacerlo todo solos. El poder de la gente es un deporte de equipo.

Y, como tal, un equipo necesita jugadores de todas las clases. Sería una pena terminar este libro sin recurrir de nuevo a mi querido *El Señor de los Anillos*, una historia construida con un puñado de personajes comprometidos que se aventuran a una cruzada peligrosa e insólita y que, en parte, es tan interesante por ser todos distintos entre sí. Si yo hubiera escrito el libro, lo habría plagado de espadachines altos y ridículamente atractivos, una especie de equipo fantástico de madelmanes que cruzaría la Tierra Media partiendo la cara a un montón de orcos; pero Tolkien era más listo que yo. Su cuadrilla incluye a personas fuertes y débiles, también a criaturas que ni siquiera son personas, como elfos y enanos. Sí, su cuadrilla está formada de pequeños y grandes, de obstinados y leales. El autor comprendió que las tareas más complejas (luchar contra un mago poderoso y malvado o contra un dictador serbio) exigen muchas aptitudes y talentos y que esa variedad de atributos raramente se encuentra en una sola persona. Por tanto, igual que sucede con una cartera de valores, con el poder de la gente, la clave está en diversificar. En lugar de buscar únicamente a personas que sean como vosotros, a gente que os parezca guay o que responda a un determinado punto de mira, intentad prever las necesidades y reclutad una plantilla que las pueda satisfacer. Por ejemplo, si se os ha ocurrido hacer *performances* en la calle para sensibilizar a la gente, quizá sea hora de entablar amistad con malabaristas, mimos y titiriteros. Si estáis pensando en alguna clase de acción en la web, preparad un termo de café y hacedles la pelota a unos cuantos programadores. Si queréis triunfar en las redes sociales, convenced a algún amigo con experiencia en redacción y en periodismo. Encontrad a diseñadores gráficos con talento como mi amigo Duda y escuchad sus ideas. Cuanto más grande y ecléctica sea la coalición, más sólidas serán vuestras probabilidades de éxito.

Tengo la esperanza de que este libro no sea una mera guía para activistas no violentos, sino también la prueba de que las criaturas pequeñas, los sencillos hobbits, pueden plantar cara a las fuerzas poderosas, y a base de creatividad, dedicación y valentía mejorar el mundo. A diferencia de la Tierra Media, en la vida real el viaje no termina nunca. Años de trabajo con activistas de todo el mundo me han enseñado que los cambios siempre se producen gradualmente. ¿Has organizado una bufonada y has conseguido captar la atención de algunas personas? Todavía tienes que montar un

movimiento. ¿Has montado un movimiento popular multitudinario? Aún te queda un dictador que combatir. ¿Has derrocado al dictador? Es el momento de remangarte y ponerte a trabajar para consolidar la democracia.

Por tanto, las ideas de este libro no son tanto las instrucciones para una campaña aislada como las directrices para una vida entera de compromiso cívico y social. Están pensadas no sólo para daros las herramientas, sino también, y más importante, la confianza para abordar la vida de una forma diferente y la conciencia de que los cambios más grandes, los más trascendentales y duraderos, nunca se logran con ejércitos, tanques y misiles de crucero, ni con asesores tan bien pagados como trajeados que lucen maletines de piel. Los cambios perdurables vienen más bien de la mano de una mujer cansada que se niega a ceder su asiento en el autobús, del sagaz propietario de una tienda de videocámaras que logra ocupar un cargo en el ayuntamiento o de un indio calvo, bajito y escuálido que pasa hambre por defender su causa y lleva ropa sencilla que teje él mismo. Estos héroes (Rosa Parks, Harvey Milk, Gandhi y otros muchos) no son venerados por ser especiales, sino por ser tan normales y corrientes como nosotros. No hicieron nada que no podamos hacer los demás. La única razón de que estén en los altares de la historia es porque, a diferencia de muchos de nosotros, tuvieron valentía para actuar e inteligencia para hacerlo bien.

Existe la falsa idea de que sólo importan las élites de la sociedad y de que todo cambio, progreso o contratiempo brota por arte de magia de su alma oscura y codiciosa. La reverencia y el respeto por los poderosos se advierten fácilmente al pasar junto a un puesto de revistas. ¿Quiénes llenan todas las portadas? Siempre son los empresarios más acaudalados, los actores más famosos, los coches más veloces y las mujeres con las tetas más grandes. Y no hablemos de las revistas dedicadas al culturismo. El mundo donde vivimos rinde culto y respeto al fuerte y al poderoso. Es una realidad deplorable que nadie da suficiente credibilidad a los débiles y a los humildes. Pero, como hemos visto, incluso la criatura más pequeña puede cambiar las cosas.

Viajando conoceréis a mucha gente que cuestiona la capacidad de una sola persona para marcar la diferencia. Hay quienes prefieren depositar su fe en ejércitos fuertes, líderes carismáticos y grandes empresas. Otros (incluida la mayoría de los dictadores y muchas personas de extrema izquierda) que ven conspiraciones a cada paso y creen que la CIA, la NSA, la OMC o los *illuminati* están siempre detrás de todo lo que ocurre en el planeta. Estos individuos nos han tachado a CANVAS y a un servidor de ser títeres de Estados Unidos, una herramienta de George Soros y del Grupo Bilderberg, agentes serbios y cosas mucho peores. Tanto si quienes os critican son usuarios de Twitter como si son medios de difusión estatales de las autocracias del mundo (canales como Russia Today del Kremlin o las agencias de noticias saudíes, iraníes o venezolanas), intentad tener paciencia sabiendo que todo eso forma parte del juego.

El problema es que muchas personas, sea cual sea su opción política, creen profundamente que aquí sólo pintan algo los gobiernos o las grandes instituciones. En

vuestra carrera como activistas, la gente pondrá en duda que podáis conseguir cosas o, si ven que tenéis éxito, insistirán en que sois la marioneta de fuerzas mayores y más siniestras. En ambos casos, lo que realmente están diciendo es que no creen en su propia capacidad para cambiar las cosas. Hacedles un favor y demostradles que se equivocan.

Espero que este breve libro haya logrado transmitir algunos de los principios y ejemplos que desde hace décadas compartimos quienes nos dedicamos a la acción no violenta. El coraje, sin embargo, lo tenéis que poner vosotros. No puedo deciros cómo ser valientes, pero sí que nunca estaréis solos. Mi dirección de correo electrónico (la personal que yo mismo compruebo periódicamente) es [psrdja@gmail.com](mailto:psrdja@gmail.com), y si en algún momento queréis enviarme una nota, hacerme una pregunta, pedir consejo a CANVAS o incluso decir hola, aquí estaré.

Así que a por ello, tomad las riendas y sabed que, incluso si fracasáis, al menos estaréis entre los pocos afortunados que, como los intrépidos hobbits de Tolkien, salieron de la Comarca e intentaron hacer lo que debían. Al fin y al cabo, alguien tiene que llevar ese anillo a Mordor. Bien podéis ser vosotros.

Sed prudentes, soñad a lo grande y manteneos en contacto.

# AGRADECIMIENTOS

En los grandes proyectos resulta a la vez difícil y gratificante reconocer como se merecen a las personas que han dedicado su tiempo a echar una mano o a prestar oídos. Dicho esto, quiero enviar mi más sincero agradecimiento a mis amigos y compañeros de todo el mundo, personas con las que he compartido retos, riesgos y buenos momentos de toda índole. Mi amor y mi gratitud a nuestro equipo de CANVAS en Belgrado (Boka, Breza, Marcella, Natasa, Sloba, Jelena, Sandra, Misko, Rasko y Sinisa) y también a mis queridos amigos Ana, Duda, Imran, K2, Giorgi, Nini, Cecilia, Sara, Maxim, Husam y todos los demás cuyos nombres no puedo mencionar y que trabajan a diario para hacer del mundo un lugar mejor para ellos mismos y para sus vecinos.

Podría llenar el libro entero con la cantidad de personas y organizaciones que han contribuido a divulgar el mensaje de la lucha no violenta y que me han servido de inspiración, así que perdonadme por la relativa brevedad de esta lista. Un millón de gracias al maestro Gene, al coronel Bob, Zoran Djindjic, Jamilla, Ricken, Tina Rosenberg, Jannine Di Giovanni, Will Dobson, Luiza Otriz, Dough y Charlie, Lorraine y Jared, Thor y Alex, Andrew y Emma, los hermanos Riahi, John Jackson, Liel, John Gould y Muneer. Es una bendición tenerlos a todos en mi vida. Y, por soportar a Matt durante este proceso, *muchas gracias*, [5] Paz. En todos sus viajes nunca se ha tropezado con una criatura más extraña ni adorable.

A Masha, cuyo apoyo, buen humor y paciencia durante los largos días y noches de preparación de este libro fueron fundamentales: te querré siempre y te agradezco que no me echaras de casa.

Desde que emprendí este viaje literario, Anne Edelstein, mi agente literaria, ha sido una defensora y guía incansable, y estas páginas no serían lo que son si no fuera por Cindy Spiegel, mi editora, cuya atenta mirada e increíble sentido común me ayudaron a darles forma. Gracias a ambas por vuestra indulgencia y, sobre todo, por vuestra fe en este proyecto.

Por último, me enorgullece rendir honores a los valientes que ahora mismo libran combates no violentos, grandes o pequeños, en todos los rincones del mundo. Tengo presente en mis pensamientos a Mohammed Adel, el líder del Movimiento egipcio 6 de Abril que permanece en la cárcel desde que organizó las protestas prodemocráticas en el invierno de 2013.

Martin Luther King Jr., parafraseando a un pensador estadounidense, dijo que el arco del universo es muy largo, pero al final se inclina hacia la justicia. Que siempre sea así.

# NOTAS

- [1]. En el juego del béisbol, el *umpire* (árbitro) marca los tantos jugados por el bateador. El *out* tiene por efecto la retirada del jugador de la ofensiva. El béisbol es el deporte más popular en Venezuela. (N. de las T.)
- [2]. *Milk* significa «leche» en inglés. (N. de las T.)
- [3]. Juego de palabras con *soul* [alma] y *soles* [suelas]. (N. de las T.)
- [4]. En su campaña de 1977, Milk acuñó la expresión *silly hall* [casa tonta] para referirse al ayuntamiento o casa consistorial (*city hall*).
- [5]. En español en el original. (N. de las T.)

© Matthew Miller, Srdja Popović 2015  
© Spiegel & Grau, an imprint of Random House  
© Malpaso Ediciones, S. L. U.  
c/ Diputación, 327 Ppal. 1. <sup>a</sup>  
08009 Barcelona  
[www.malpassoed.com](http://www.malpassoed.com)

Título original: *Blueprint for Revolution: How to Use Rice Pudding, Lego Men, and Other Non-Violent Techniques to Galvanise Communities, Overthrow Dictators, or Simply Change the World*

Traducción: Ana Nuño, Pilar García-Romeu  
ISBN: 978-84-16665-06-8  
Depósito legal: 5832-2016  
Primera edición: mayo 2016

Imagen de cubierta: © Banksy, Love is in the Air

Impresión: Novoprint  
Maquetación y corrección: Àtona Víctor Igual, S. L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

· ALIOS · VIDI ·  
· VENTOS · ALIASQVE ·  
· PROCELLAS ·

# Descargo de responsabilidad

La licencia de este libro se ha otorgado a [marti@nova.cat](mailto:marti@nova.cat),  
[marti@nova.cat](mailto:marti@nova.cat)

Este libro no tiene limitaciones técnicas DRM y puede leerse en varios ordenadores, lectores de libros electrónicos, tabletas y teléfonos inteligentes por [marti@nova.cat](mailto:marti@nova.cat), [marti@nova.cat](mailto:marti@nova.cat)

Queda prohibida la reventa, carga a internet o cualquier otra vía de distribución digital.

Este libro electrónico contiene varias marcas de agua visibles e invisibles, como nombre, dirección de correo electrónico y código de transacción, mediante las cuales puede seguirse el rastro de su distribución ilegal.



# Cómo hacer la revolución

Instrucciones para cambiar el mundo

## Srdja Popović

«Srdja recurrió a la imaginación, la astucia y el humor para crear un movimiento que derribó a una dictadura brutal y se convirtió en el modelo para las insurgencias pacíficas de todo el mundo. ¡Srdja es increíble!»

Peter Gabriel



Traducción  
Ana Nuño y Pilar García-Romeu

